María Zambrano

De la Aurora

Alianza editorial

María Zambrano

De la Aurora

Introducción de Victoria Clemente Legaz

Alianza editorial

Índice

Introducción

María Zambrano, *La Aurora*

Igual que Plotino *trataba de conducir lo divino que había en él a lo divino que hay en el Universo,* María Zambrano lo hace convirtiéndose en aurora que guía con su palabra, tal vez, en la persona a la que quisiéramos consultar en las conversaciones cruciales de la vida. Porque llegar a ella es comprender que vivir es sentirlo todo, desde el silencio de la profundidad del océano, hasta el danzar en el cielo junto a Eos, la diosa que anuncia la llegada del sol. Leerla es una invitación continua a atravesar la superficie de la razón para llegar a la pureza de una filosofía basada en las raíces de la vida. Luminosa e intelectual, filósofa, poeta y escritora, María Zambrano (1904-1991), supo ser fiel a la irremediable vocación que atesoraba en el orden del corazón: «Tampoco he podido renunciar a una especie de sentir radical, de que aquello que he hecho ha nacido dentro de mí». Y dando un paso más allá de lo filosófico y escribiendo como sentía, desde la experiencia, se convirtió en una pensadora de razón apasionada siendo referente en una época en la que la mayoría de los intelectuales eran hombres. Una singularidad que la define como lo es también el tono que adquiere su escritura, que de una forma personal y poética, y siendo favorecedora de aquello que no se ha dicho, desde la metáfora, va pasando por el corazón la experiencia para hacer de ella un verbo capaz de atravesarnos la piel. En este tiempo, aproximarnos con lentitud y atención a la pensadora quizá sea uno de los mejores homenajes que podamos rendir a la filosofía, a la poesía, a la política y a la religión. En definitiva, a la cultura o a aquellos saberes hambrientos de los principios que orientan el sentido del obrar humano.

Perteneciente a grupos intelectuales desde su formación universitaria, profesora y partícipe de grandes proyectos literarios, M. Zambrano encauza su inquietud política al

ámbito de la observación y del pensamiento. Una mirada que le llevaría a vivir, más tarde, un exilio durante más de cuarenta años (1939-1984), haciendo de la condición de exiliada su vida. La filósofa sufrió un destierro que se convertiría en «patria» y «resplandor», marcando de por vida su tiempo y reforzando con ello el deseo de rescatar el pasado de la desfiguración. En general, su obra completa es una profunda reflexión sobre la *persona* y el sentido de la existencia. Centrada en la cuestión moral, nos aproxima a ampliar la mirada hacia lo experiencial como destino, a la importancia de la fidelidad al «sentir originario» y también, a la necesidad de aceptar la «certeza del alba», o lo que es para la filósofa «la representación más adecuada que al hombre se le da de su propia vida». Ya que el ser, para Zambrano, «siempre alborea», debiendo ser capaz de devolver a la historia y a la *persona* su dimensión auroral.

Su fuente de conocimiento proviene esencialmente de Platón, Aristóteles, Séneca, Plotino, Agustín, Juan de la Cruz, Cervantes, Spinoza, Kierkegaard, Nietzsche, Husserl, Unamuno o Machado. También de su cercanía a García Morente, Xavier Zubiri y a Ortega y Gasset, –a quien reconoce como maestro hasta el final de sus días a pesar de haberse sentido distanciada de su mesura política–. Y tal vez, como consecuencia de una intensa trayectoria literaria y de la indómita necesidad por entender la vida, puede que emerja en ella la importancia de acoger a cuanto permanece vivo en la ocultación. Pues sin negar a aquello que existe, va haciendo del pensamiento algo inclusivo y libre. Lo encontramos en su modo de escribir que, desde otro lugar y con estilo propio y atemporal, materializa coherencia mientras se desliza hasta la «entraña de la vida» que ha sido negada por la razón. O dicho de otro modo, al lugar donde se esconde la verdad para la filósofa andaluza[1] que entiende que: «llegar a ser lo que se es no es ningún juego de palabras, sino la esencia misma de la vida humana»[2].

María Zambrano logró encontrar la adecuada fórmula de expresión desde una palabra mediadora. Y en reconocimiento a una obra única que no solo no abandona la tradición filosófica, sino que guía, además, al conocimiento mediante la pregunta,

recibió los dos máximos galardones literarios de España. El Premio Príncipe de Asturias, en 1981, y el Premio Cervantes, en 1988, siendo la primera mujer en recibir este último.

De la Aurora

Dentro de la colección dedicada a la filósofa, Alianza Editorial presenta una nueva edición de *De la Aurora,* «el libro de la vida», como así lo define Zambrano. Lo conforman textos nacientes de un irrenunciable destino, fruto de una composición de ensayos, notas y esquemas que atraviesan al tiempo ocupando lugares esenciales en la biografía y bibliografía de la autora. En conjunto, el libro está estructurado desde una armónica selección de reflexiones culturales, filosóficas, espirituales y políticas pertenecientes a una época madura y reflexiva de su vida, escritas –principalmente– entre 1960 y 1983. Aunque, para entender la génesis de *De la Aurora,* antes hemos de remontarnos a la labor de algunos nombres que hicieron posible el acercamiento de la obra literaria de la pensadora exiliada. Señalamos la del poeta y filósofo Jesús Moreno Sanz, quien se dedica al estudio y difusión de la obra de la pensadora, ofreciendo todo el cuidado a la que sería la primera edición de *De la Aurora,* y finalizando su versión definitiva en 1985. También es labor fundamental la del pedagogo y ensayista Rogelio Blanco, quien en la década de los ochenta se responsabiliza, con empeño e intensidad, y por recomendación de los amigos de la filósofa, de la edición de sus textos inéditos y de la reedición de los títulos agotados.

La primera edición del libro incluye –principalmente– los textos creados por la filósofa entre 1974 y 1983, y estando al cuidado de José Miguel Ullán y Jesús Moreno, fue editada en Turner, en 1986, contando con dos reimpresiones posteriores en 1998 y 1999. Años más tarde, en 2004, tras considerar la necesidad de incluir nuevos textos y respetando la estructura y contenidos de la anterior, J. Moreno y Rogelio Blanco se encargarían de una segunda edición en la editorial Tabla Rasa. Y más reciente, en 2018, una tercera edición de *De la Aurora* se

recogería en el tomo I del Libro IV de las Obras Completas que Galaxia Gutenberg edita, también al cuidado de J. Moreno Sanz.

De la Aurora nos invita a entrar en la interioridad de la vida de una forma metafórica. Su lectura nos hace atravesar la corteza del pensamiento filosófico clásico con el fin de descubrir, tras lo aparente, aquella esencia que atesora uno de los escritos más auténticos, maduros, simbólicos y silenciosos de la escritora. La mayoría de los ensayos nacen de la *razón poética*[3], del concepto que da sentido a su mirada del mundo. Y casi todos están creados en estrecha relación con la naturaleza, en diversos momentos en los que la filósofa supo sentir, desde un reposo solitario y tardío, aquello experimentado años atrás. «La vida necesita la palabra, que la aclare», «darse in extenso», «un sostenido palabrear», señala Zambrano. Y así lo hace en *De la Aurora* mientras «da vida al verbo», en La Pièce, en el Jura francés, cerca de la frontera con Suiza, que es donde principalmente está escrita una de las obras más profundas del pensamiento español del siglo XX.

El libro nace de la más pura contemplación y está dividido en cuatro partes a las que se le añadieron apéndices con esquemas que aproximan al entendimiento. Su lenguaje es filosóficamente distinto al de la época mostrándose inclusivo con los sentidos. En general, podemos entender *De la Aurora* como resultado de una crítica experimentada a una cultura occidental racionalista que va agotando su ciclo mientras continúa empeñada en cortar la llamada de los sentires, «obstinada en no ver lo que abiertamente se muestra»; pues como señala Zambrano: «¿acaso no es condición primaria del ser humano la sensorialidad?». Los textos que componen la obra atienden a reflexiones completas en las que podemos encontrarnos con meditaciones recogidas en sus primeros textos. Observaciones profundas y vitales que apenas necesitan de un marcado argumento para atravesarnos por completo mientras muestran lo importante para la filósofa.

> A veces, la Aurora de este ser, aquel al que el corazón no renuncia, y ante el cual la razón misma llega a rendir sus armas, aparece por un instante en un apenas charco de agua, en el

reflejo de una rama apenas nacida, en el vaivén de un viento que no mueve nada [...] Y así, el amor, «ay amor», queda impregnándolo todo, envolviéndolo todo.

Durante su lectura, con firmeza, nos conduce a entender la vida en su proceso más cambiante. Y con narración poética y sin pretender llevarnos a lugares precisos, nos abre a cuestionar el abandono de las posibilidades que el ser humano lleva en sí, insistiendo en la necesidad de una cultura racional más creadora que dé cauce a las capas profundas de la vida, a una que mire y conozca el pasado para no avanzar a ciegas, como señaló san Agustín.

«La Aurora es, no el comienzo, sino el centro del día en medio de la noche [...]. La vida misma, pues.» Mientras narra el proceso interior que se va dando en la senda o en el «linde» que es *La Aurora,* la filósofa, a través de un recorrido experimentado por ella desde su *exilio,* nos invita a llegar a la necesidad de una «conciencia auroral». Parte de la reflexión en la que manifiesta la esencia de su pensamiento a la vez que va mostrando la posibilidad de un renacer constante. Una mirada que se convierte en modelo de una razón que, con intensidad, se va haciendo poesía sin dejar de ser entendimiento. Y mientras nos guía hacia la apertura del intelecto que se ha cerrado a vivir su plenitud por abandonar los sentidos, señala la abusiva conciencia occidental y la paralización que ello provoca en el acto de sentir. Una observación que nos conduce a su concepción de *La Aurora* y a la necesidad de mirar: «La Aurora exige al hombre acerca de su propio ser» y sólo podrá darse, según la pensadora, en la danza interior que *La Aurora* ofrece. Una danza que se convierte en el signo de la victoria de la vida porque «todo es amor que obedece».

Zambrano, mostrándose crítica con cuanto entorpece o niega a las pasiones, y señalando el grave error que supone la alteración que ha sufrido la physis, entra en deliberaciones vitales a las que no solemos dar lugar por complejas o escondidas. Pero atreviéndose a ello, sigue poetizando compasivamente al pensamiento convencida de entender que el hombre es un ser *in fieri* [4] y «peregrino de su vivir». Un ser

que ha de crearse en vida a la vez que trasciende su existencia. «Hay que proseguir en el empeño, como todo nacimiento que sale de lo oscuro», señala mientras considera vital «entrar en la oscuridad del aparente vacío» para ofrecer respuestas que sirvan a todas las épocas.

En *De la Aurora,* Zambrano nos aproxima a los principios fundamentales que dieron sentido fiel a su vida y que no cesan de rebosar utilidad para el presente: la trascendencia de la propia vida, el hecho de ser *persona*[5], la verdad conviviente en la simbiosis entre el pensar y el sentir, así como la de su elección experimental de estar en la literatura, la filosofía y en la política. Desde su esencia, podríamos entender esta obra como la deidad que personifica el amanecer constante que nos es necesario. Un texto fundamental para el presente que articula su pensamiento desde lo poético, y que convirtiéndose en guía, nos avisa de la necesidad de luz para un individuo y una sociedad que se pierden ante el desconocimiento de estar siempre en «víspera de nacimiento».

«Cuando a veces tengo que releer algún capítulo, algún escrito, aparece la aurora al final y es que, es verdad, al final en todo lo que he escrito y en todo lo que he vivido, aparece la aurora»[6]. Se trata de un despertar en el que mucho también tienen que ver «los seres de la aurora» que cita al final del libro, resaltando la huella de Ortega y Gasset como el «imperativo de la autenticidad», y la de Nietzsche, en el hecho de «cómo se llega a ser lo que se es». Asimismo, en la obra, quedan recogidas la mayoría de las pasiones que gobernaron la vida de la escritora. Y mientras se muestran calmas y erguidas, al final, nos sitúa donde había deseado llegar desde un comienzo: en la necesidad de la «unificación de los sentires». Se trata de una verdad despojada del lenguaje y de un constante nacimiento que nos hace descubrir en Zambrano la búsqueda de amor. Una indagación desde la que, con misericordia, proyecta hacia un renovado proceso de humanización deseando llenar de amor aquel vacío que ha creado la filosofía. «Il primo amore», declara mientras considera el «sentir originario» como el «sentir auroral», y se revela en ella el anhelo de autenticidad y la necesidad de

«rescatar el pasado de la deformación para llevarlo a lo que iba a ser».

De la Aurora hace un recorrido como guía del destino ineludible. Mostrándose como un escrito autobiográfico, su significación metafórica alude a un comienzo constante, a la aceptación de la vida presente y a la necesidad de morir como revelación de la claridad y de la vida verdadera, pues para ella «ser persona es ser capaz de renacer cuantas veces sea necesario hasta resucitar», para encontrar así, por fin, un «puesto en el cosmos».

¿Por qué llegar entonces a María Zambrano?

Porque es símbolo de vida y mantiene al ser abierto. Es amor y es conocimiento, y en la medida que ambas sean posibles podremos ir «volviendo al corazón a su sitio». Lo sabrá el lector tras leer las páginas siguientes cuando se aproxime a un mundo que siempre estuvo en apertura gestando vida nueva. A un mundo que, a pesar de llevarnos por caminos pedregosos, mientras entienda a *La Aurora* como linde, no cesará de «salir a la luz entre tanta contracción».

«Y ojalá que a esta misma hora, que bien pudiera ser la del alba, alguien pueda seguir hablando –aquí o allí o en otra parte cualquiera– acerca del nacimiento de la idea de libertad», como escribe la filósofa de la esperanza.

Victoria Clemente Legaz

---

1. María Zambrano nace en Vélez-Málaga en 1904, municipio de la provincia de Málaga, en Andalucía.

2. M. Zambrano, *Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor,* Vaso Roto, 2017, cit., pág.41.

3. Es un aporte teórico y esencial de María Zambrano, como un método de conocimiento que dista de la razón discursiva dominante en el discurso filosófico de Occidente. La *razón poética* constituye un nuevo método cognoscitivo que desea lograr un saber unificado que abrace distintos saberes y que aprenda, bajo el signo de una razón

nueva y creadora, tanto las dimensiones racionales como las irracionales de la existencia.

4. El ser en el que habita la permanente búsqueda de encontrar aquello que le falta para ser.

5. «La persona es algo más que el individuo: es el individuo dotado de conciencia, que se sabe a sí mismo y que se entiende a sí mismo como valor supremo, como última finalidad terrestre; y en ese sentido era así desde el principio; más como futuro a descubrir, no como realidad presente, en forma explícita». M. Zambrano, *Persona y democracia,* Alianza Editorial, 2019, cit., p. 143.

6. Zambrano, M., «A modo de autobiografía» en *Anthropos,* n.º 70-71, Barcelona, 1987, p. 71.

De la Aurora

A mi madre, Araceli Alarcón, Bentarique (Almería),
1879 + París (septiembre 1946).
A ella que cada día amanecía.

Primera parte

I. Antes de comenzar

1

Todo lo que se escribe viene al fin, sin remedio, a dar en un libro: un cuerpo material; peso, número, argumento. O, peor aún, tema; la temática que exige la estructura; y todo ello dependiente del autor, ese que escribe el libro, él y no otro, que sabía ya quién era antes de escribir ese libro –y tal vez algunos otros–, y que en esa su corporeidad se encuentra depositado, a través, sobre todo, del argumento, acabado ya todo ello antes de empezar. Una conclusión origina las conclusiones. Y todo en orden y hasta bien escrito. Nunca pudo sonar simplemente, o ser aliento que irrumpe y luego se esconde. Pues que ha de ser, ante todo, a costa de todo, una continuidad sin desfallecimientos, un sostenido palabrear que borra la huella de la sierpe. De la sierpe esa que habló la primera, dando así argumento a lo humano, ¡y con aquella suficiente claridad con que lo dijo! Hay que seguir, pues, borrando la serpentina huella, y rescatar aquel desfallecimiento que hubo de costarle, y, sobre todo, la derrota de la palabra que hubiera nacido sin la prisa de decirlo todo, el engaño de que la sierva sirva de una vez por todas, y mandarla ya asentada en su ficticio reino.

Y como todo depende del argumento, ¿qué se dirá de algo que al fin en libro ha venido a dar, sin argumento alguno? Se dirá acaso que se cae de las manos, pues que de las manos se le ha caído al autor, que, al fin y al cabo, no puede dejar de hacerse responsable, teniendo tan escasa parte en ese nacimiento. Palabras, sí, no puede negarse que lo sean, suyas en cierto modo nada más. Palabras que se han abierto paso en la conciencia del autor sin haberle poseído, y menos todavía éste a ellas. Y son ellas, las palabras, las que desfallecen, pues que este autor no se afana por ser autor. Andan perdidas, tal

vez, estas palabras, o una sola, perdida y bien perdida, arrastró a las demás que no lo estaban, y que, quizá, estaban ya en formación rigurosa, en fila, para ser ensartadas en un discurso claro y uniforme. Y entonces ella, la perdida, deshace todo argumento acabado. No hay posible conclusión, mas tampoco hay engaño, sin que por ello quepa afirmar que haya verdad. Y al no haber argumento, no puede surgir drama tan «humano», originado por el frecuente erguirse de la abusiva conciencia occidental, que hace de todo respiro un acto de sumisión, que usa, y aun utiliza, el abandono para proseguir con mayor empeño su estar empeñado; y la moral, a su vez, quedando relegada también ella al liso bisel o al gozne chirriante entre las ciegas reacciones del cuerpo, abstraído, desolidarizado de sus sentires y leyes recónditas, y ese exterior de donde la conciencia no puede dejar de ocuparse un solo momento. El empeño que corta toda llamada de los sentires y pensares, y la libertad de los sentidos, sus viajes, sus noticias, sus avisos. Y el don. No; nada ha de ser recibido, sino, por el contrario, todo ha de ser construido, por malamente que sea, y aun tan a deshora. Y a contraespacio. La extensión todo lo allana; todo lo alcanza la extensión. Y la palabra, ella, es la que primeramente ha de darse *in extenso.* Y así será clara la palabra, vaciada de su germen, desustanciada de su latente oscuridad. Toda oscuridad es tiniebla. Y toda tiniebla es, así, no ya enemiga, sino reducida tristemente a ser un mero obstáculo. Hay que proseguir en el empeño; un empeño que cubra cada día, y no es preciso decir desde su nacimiento, pues que, como todo nacimiento, sale de lo oscuro, y de ello, de lo que nace, no puede darse cuenta; por lo cual, fijándose bien, todo nacimiento sería falta contra la moral, a no ser que haya empeño, pues que siendo así, el empeño borra el nacimiento. Y la conciencia respira ella satisfecha: ha cumplido no dejándose engañar. Nada puede nacer sin ella, sin su aprobación previa. No hay *a priori,* sino procedencia. El tiempo se sucede sin circular. Mientras la palabra se extiende sin que la conciencia haya podido anular la ley de la extensión, más inexorable cuanto más vaciada de ser aparece. Esa devoración que es mero borrar cuando la necesaria vitalidad ha huido de ella.

Fatigada de ser sima, que al fin alude a lo alto, a lo inaccesible, anula sin más; indiferencia suma, como la de una multitud que, por llenarlo todo, no puede ni deslizarse siquiera. Así en las palabras muchedumbres, sin resquicio alguno de silencio, sin posible aurora.

Y si de lo impenetrable pudiera librarse al menos aquel que percibió el instante anterior a su acometida, si pudiera se despojaría sin violencia de todo anhelo de asirse a una arquitectura, a la suya propia, que encuentra tan dispuesta a erguirse: la línea vertical cruza el horizonte, por mínima que sea. Ya que es el pensamiento el que se yergue, el que corta, el que se para enfrentándose con lo impenetrable, disparando ya la flecha que quiere penetrarlo; flecha él mismo, que no por azar toda arquitectura acaba en ella, su Ley.

Y si la ley quedase en suspenso, tan sólo por un instante, la flecha del pensamiento se desharía, antes de que lo impenetrable la despierte. Y si por un instante la caja craneal siguiera dormida, nacería inocente la incauta medusa con su cabellera más suelta que nunca, suelta y al par luminosa, inteligencia sin tesón, ella, la aurora apresada por el temor de la razonante razón de la ciudad, la arquitectónica.

La cabellera de la medusa, puro sentir, no amenazada de naufragio alguno en la razón sin más, en la intacta razón, que afloraría, flor la cabellera de la medusa, a su vez, un instante tan sólo cada día; naciendo, en verdad, dichosamente del fondo oscuro donde fue sumergida por ese diluvio universal que sumergió todo lo viviente en otras aguas distintas de las primeras. Mas, por un instante cada día, aunque no siempre, algo de las aguas primeras, como al descuido, rebosa.

2. La vida antes del tiempo

Paralelamente, a imagen y semejanza, los humanos sentidos se afinan hacia la aurora anunciada por el alba, se abren retirándose, como el alba se retira para dejar paso a esa aparición que ya no espera. Así, el sentir contenido en los sentidos, el sentir que los sostiene y trasciende, aparece casi

amenazador. Todo el sentir oculto, de donde los sentimientos se separan, escapándose a veces con la alegría, aunque alegres no sean, es una suerte de libertad que algarabía puede ser. Como algarabía es ese aparecer de los rayos solares, que, en seguida, el sol único, inmóvil por un momento, detiene, como un absoluto que no permite el juego, el juego inicial de la vida: múltiple, dispersa, enredada en sí misma.

Un preludio, un leve asomarse, una apenas nada. Iba a empezar, empezaba ya. Y no decía nada, ni siquiera en este momento libre aún del tiempo, y aquel que la percibe y acoge goza de la libertad viviente antes de que el tiempo comience a correr –ya que se da por sabido que el tiempo se muestra y da a sentir solamente cuando corre–, antes de que el tiempo la detenga. Pues que, paradójica y hasta anacrónicamente, el tiempo comienza con una pausa, con un vacío o detención. El tiempo comienza inmovilizando; lo que se reitera siempre que, de un modo o de otro, se sobrepone a la vida vencida, aunque sea deleitosamente. Y si la vida ha de proseguir aquí, en este orden planetario, aparece la totalidad, el absoluto de algo impenetrable, desconocido –de donde comienza a fluir el tiempo, el que huye, el río del tiempo–. El irrepetible día que viene con el sol –de sol a sol se dice–, sin que se caiga en la cuenta del intervalo entre el sol y sol en que la vida por sí misma aparece sin tiempo.

3. Sacrificio y razón

Hace sentir la aurora, cuando ya el sol se hace inminente, que viene de algún remoto sacrificio del que el astro es prenda única. Un acto inaccesible, del que se ha desprendido un absoluto inconcebible. Un ser sin razón. ¿No será acaso la Razón la salida del sacrificio? Ella, la razón misma, nada sacrificial, y nunca a solas por tanto. Nunca sola la Razón, nunca a solas, en sola presencia. Invisible por definición, por gracia; que puede, como la luz, derramarse, a no ser que lo haga mesuradamente, mesurada y mesurante. Del delirio sacrificial nos quedó ella, hija, más que hijo, del sacrificio. Hija

sin cuerpo. Allí donde el cuerpo aparece es señal de sacrificio, de un sacrificio cumplido y mudo en las piedras, en algunas piedras, en ciertas piedras que se imponen a la mirada y detienen el paso y el pensamiento. ¿Qué hacen ya sino ser; ser tan sólo materia con inexplicable forma, testimonios de un combate y de una consunción inaccesible, como el foco de la aurora? Y la arena en que se mezcla la piedra, devorada por aires y soles, y el imperceptible inmediato firmamento que envuelve la tierra. Y desde eso otro, el cielo invisible y que envía su microscópico mensaje, indiscernible aviso y señal que brilla aun en la opacidad.

La opacidad de ese foco del sacrificio inaccesible, de donde la aurora, como diosa entonces, hace sentir a veces que llega, es su fondo y queda pintada en él. Es el fondo indispensable de la pintura, de lo que el universo que vemos tiene de pintura. *Orbis pictus.* Y que se presenta en cuanto la mirada se detiene, ya que es él, el fondo inaccesible, lo que hace que la mirada se pueda detener. Pues que ese brotar así se refleja despertando en el simple detenerse del ser ante la piedra; poso, testimonio del inaccesible sacrificio. Ahora actúa positivamente, como la posibilidad de la visión, ya que, como sucede con toda posibilidad, es la rectificación de una condena y el aprovechamiento de ella al par, salvo cuando llega, tal como la aurora, la no verificación de esta fatalidad.

Lo que sí sucede en toda la posible pureza de los humanos sucesos es el surgir auroral, siempre imantado por la inconcebible libertad. De la libertad, con tal de que no se la eleve equívocamente a la categoría de diosa, lo último que ella querría ser.

Pues que los dioses se dan también sobre un fondo opaco. Y la trasparencia es su promesa que no pueden cumplir, ésa que más ofrecen conforme se van acercando a ser dioses verdaderos, no dioses de verdad, sino verdaderos. Dar la visión más allá de sí mismos; disipar la opacidad del fondo de la visión de la aurora, y que el universo deje de estar pintado y el hombre mismo, inagotable, inacabablemente, pintándose en él; lo que en el reino de la pintura irrenunciable daría una pintura que se niega a sí misma y que se borra hasta hacer olvidar que

lo es.

Y la Razón, todo menos diosa, divina, sí, hasta dejar de ser visible, hasta dejar de existir convertida en órbita que no apresa y que sostiene sin darlo tanto a entender, un tanto invisible en ese su salir y entrar, penetrándolo todo, sin ser notada; lo que no ha podido hacer hasta ahora sino muy raramente, y, cuando lo ha hecho, sin lograr una entusiasta acogida. Ya que la Razón, que no es diosa, no es tampoco invulnerable ni insensible a lo humano. Y lo humano, más que los dioses, pide sacrificio.

II. Algunos imposibles Prolegómenos: Ayes

1

No se nos aparece en este llamado libro ningún planteamiento posible de esos que la razón, desde hace siglos, tiene tan a mano; pues que es ella, la razón misma, ante todo razón disponible, la que está ahí dispuesta para todo uso que de ella quiera hacerse, hasta el punto de que esa su disponibilidad puede aparecer en históricas ocasiones como la esencia de la razón («la razón de la razón»), identificándola con, y a la par reduciéndola a ser cosa de uso, usual, aminorándose de esta manera cada vez más el anhelo, el fuego inicial de donde nació ella algún día; el fuego que, por indiscernible que sea, despierta de modo ilimitado al ser viviente; pues que, así, la razón es, ella misma, sin necesidad de adjetivos, el acto primordial de la vida, que habría de ser, por lo tanto, mirado, recibido, como un elemento, el más sacro, el menos manejable, el más inasible tal vez, y no como algo dado de una sola vez para siempre, al modo de una luz que basta con aparecer para absorberlo todo, para borrar inclusive el tímido parpadear de la más mínima sombra: la luz imperante; y entonces, ¿podría acaso ella misma, la luz, ser naciente, nacer?

Cuando, en verdad, en cada instante, el ser viviente, sin necesidad de ser humano, siente la entrada de la luz en su ser como una herida que se quiere, antes que admirar, antes que permitir que se acabe de abrir, cerrarla. El terror de la luz coexiste, y puede haber algún indicio de que preexista, al derramarse de la luz, en los cielos sobre todo; y si, incautamente, con la llegada del amanecer, se permitiera a la luz que entrara, que se adentrase, se le diera paso hasta hacer su sede en ese oscuro, y que pudiera ser impenetrable, lugar que mueve a todo lo viviente, que es el llamado corazón, si es que no se le llama el centro mismo de la vida y del ser

unidamente, sin separación aún; entonces, ¿qué sucede, qué sucedería, qué habría sucedido?, si es que esto ha tenido lugar alguna vez. De hecho hay sospechas, indicios, es decir, temores y esperanzas, nostalgias también, de que así haya sido, remotamente; mas este suceso, si se ha verificado, con sólo que se haya verificado una vez, y remotamente, es indeleble; hasta el punto de que, si en algún lugar de esta región del cosmos que habitamos no hubiera sucedido nunca, la más pálida y triste aurora de la razón de la vida habría desaparecido; quiere decirse que nunca habría habido aurora, y el que la haya da señal indeleble de que la ocultación, que indudablemente hubo, no fue completa. Ella, la Aurora, tímidamente a veces, indecisa tan a menudo, ajena, visible, huidiza, sin ser, Ella a solas, sin ser y sin razón, la sola Aurora, sería la más cierta garantía del ser, de la vida y la razón.

2. Interludio. La *mater matuta*

Diosa entonces, la apenas admitida, la desdeñada, sin más apoyo que su hermana, la de las tinieblas, la oscura. ¿Adónde iría la Aurora ella sola? En Roma, donde se fraguaron tan sólidamente los esenciales compromisos entre la vida y las tinieblas, lo celeste y los ínferos, donde los laberintos del tiempo tan fácilmente se hacen caminos saltando sobre los torrentes, sobre los abismos, allí la Aurora era, tuvo que ser, madre, *mater matuta.*

¿Y la muchacha? ¿Dónde dejaron a esa niña, Aurora que tiembla, que no acaba de querer despertarse, que se quedaría acurrucada o escondida en un grano de luz? Y con esa semilla de luz –de razón, naturalmente–, ¿qué hacer, *mater matuta?* Siempre está garantizada tu presencia el día fijado delante de la diosa. La matrona no falta nunca; la matrona que presenta a la *mater matuta* el hijo de la hermana, no el suyo propio, aunque lo tenga. ¿Qué hermana es ésa? ¿Es acaso la que, según nos cuenta el mito desarrollado por Dumézil, abre la ceremonia, la negra, la esclava que entra para recibir todo posible vituperio?, y ésa, ¿quién era? ¿Por qué tanto temor,

matronas, que ni os atrevéis a presentar a vuestro hijo, y, si acaso no lo tenéis, al menos el vacío, su ausencia? ¿O bien, con mayor humildad, no os atrevéis tan siquiera a presentaros haciéndoos un ovillo en el hueco de ese vacío?

¿Y por qué ese vituperio, esa necesidad imperiosa, imperial, del insulto? ¿Por qué lo que tienta e impera tiene que ser insultante y, a lo más, a veces insultado? No es propio de la naturaleza de la Aurora, no lo es de esa diosa que aparece en los *Vedas,* a la que se le pide alegría y conocimiento. Ni pertenece a la Aurora la *mater matuta* romana, cuyos preferidos generales, triunfadores (Camilo: el más notorio), habrían de desfilar por la sacra vía revestidos de blanco y sobre carros tirados por blancos caballos, usando de este modo del privilegio máximo, que es la blancura ostentada, hecha visible, inexorablemente visible. Los caballos de la aurora, los que dan la victoria a una hora prefijada, antes de que el sol, tan imperial a su vez, aparezca rigiéndolo todo a solas, sin resquicio alguno del amanecer, y por tanto, sin rastro alguno de que él ha nacido también. A no ser que en ese sol imperante de las diez de la mañana haya una brizna, a modo de una yerba tímida, aunque poco visible, de oscuridad, de la oscuridad inicial que todo viviente lleva enroscada y que ha de soportar a veces y hasta acariciar.

¿Ha podido ser, o podía aún seguir siéndolo, la Aurora, oficializada, convertida en «funcionaria», por ejemplo, de la puntualidad en la ejecución de la pena capital? ¿Podía ser la Aurora oficializada, por muy exaltada que fuera, en lo alto colocada, alguna vez? Desnuda tendría que ser. Mas, ¿quién desnuda a la Aurora? ¿Habría algún funcionario encargado de tal menester? No, no hay que empeñarse en hacerla diosa; que sea ella misma, aunque no nos demos cuenta, la que nos dé una leve señal y un cierto fuego, allá en los adentros, que nos permita respirar en la luz, y respirar su luz misma en sus pálidos y apenas visibles colores, sin casi vibración aún. Y la niña, esa que salta y juega, inclusive cuando el sol aparece, la niña que juega, sin saberlo, con el mismo sol, que se le interpone simplemente, ella, esa niña, ¿no es, al par –es un decir –, hija y madre de la aurora, imagen lo más fiel, si es que

imagen es, de una luz dada por gracia, por simple amor, de una luz que sale a vernos por amor, por verdadero amor?

3

Ya que sólo el corazón, o aquello que lo profetice y configure, puede llorar por lo que nunca ha visto, puede echar de menos lo que sabe que nunca verá; el nacimiento, sin más, de la vida aquí, ha debido de ser, así, un llanto, un clamor, piedras que gimen, indecible dolor, hasta que se forma o nace algo sin nombrar aún, pues que lenguaje no lo hay; llora y se retuerce, como ciertas ortigas, que tan malas dicen que son, se retuercen cuando las queman sin razón. Curiosamente los que viven en los campos saben que allí donde nacen ortigas, las detestadas ortigas, es índice cierto, señal, de la inmediatez de una habitación humana, y por poca memoria que un ser viviente tenga no es concebible que la ortiga no sienta, o sepa de algún modo, que será quemada por un ser al que ella obstinadamente se apega, inocentemente ha de ser. Y ella, la ortiga, no pide nada, no come ni mínimamente, como la hormiga, no bebe ni gota de agua, crece, eso sí, crece hacia arriba, no se arrastra; se convierte, si la dejan, en arbusto, siempre apegada a la ventana, a la rendija inclusive, donde habita la luz humana dispuesta siempre a quemarla.

Entonces, ese llanto inicial, ¿sería también una profecía, es decir, un rastro, una huella de una tierra perdida? O de un modo de vida que no llegó a nacer, donde los elementos, los cuatro venerables elementos, obedecían a otras leyes, esos elementos de un ser perdido o de un modo de ser, más bien, irrecuperable, y que gime, llora y se retuerce, sobre todo en el fuego, y que los humanos aprendieron tan pronto a usar en cuanto encontraron la palabra: la palabra de fuego, la que quema y abrasa, aunque deje solamente ceniza; antes de la palabra perdida se perdió otra forma de que naciera el fuego, otra forma de que se conjugaran, danzaran, los elementos; debió de perderse, así lo sentimos algunos, la danza gloriosa de los cuatro elementos, movidos por algún elemento escondido

ahora, y que sólo si lo ponen a arder exhala aromas, como el incienso, como la albahaca, como todos los aromas sagrados. Quedó sólo el sacrificio, ya en los elementos, amor y odio, los contrarios más fuertes que los elementos; cuando debió de suceder, digamos si es posible, a la inversa, que los elementos fueran en su danza libres de contrarios, o la liberación misma de los contrarios. Por momentos, el juego de la Aurora espeja este terrible fuego de la tierra que arde sin razón y nos ofrece, aunque sea un solo instante, un fuego sutil, amoroso, extendido, un verdadero y sutil fuego de amor.

4

Todo ello, y más aún que se calla, no puede ser ni siquiera balbuceo sino llanto, a lo más; llanto por el verdadero amor; que mucho hubo de retirarse lo crecido para llegar a la escisión de la vida misma. Del verdadero amor. Apareciendo, de una parte, el ser escindiéndose, el amor eclipsando a veces al ser; quedando, de otra, la razón apesadumbrada por no haber podido evitar esa escisión. Y el amor, «¡ay amor!».

5

El llanto por la razón. Y si el corazón llora al aceptar el depósito del no-ser que se le ha confiado, llorará inexorablemente por la razón misma o a causa de ella, al verla al par malherida, sin valimiento y tratando de imperar lo más posible; ondeándose a sí misma, olvidada de todo, como si la razón fuera el inexorable no-olvido, la estrecha cárcel de la memoria a la que se contiene; la razón, conteniendo a la memoria, no podía hacer sino llorar por esa cárcel que ella misma se fabrica o se ha permitido fabricar. Así que la Aurora, al serlo de la razón, y del ser, y de algo no habido y sin nombre, y del sentir y los sentires, es ante todo llanto; ese llanto en que la Aurora se manifiesta; pues que, cuando no lo hace, no se le consiente que ni por un momento llore: las lágrimas de la Aurora, solamente como rocío son admitidas,

como resina también; y en ese caso es más cruel esa herida que al árbol se le hace, poniéndole el pucherito donde se recoge la resina, que sirve, oh dioses, también para arder.

III. El rumor

Lo que es negación, o más bien negativo, constituye la forma más acuciante del hacer; así sucede con el silencio. Será acaso que la vida desate, sólo por serlo, un rumor del cual el zumbido de la abeja, el canto mismo del pájaro, sea la quintaesencia lograda, pues que basta quedarse quieto, o lo que así llamamos, para que se escuche inexorablemente el rumor de la psique, nunca callada. No hablemos del alma, que puede ser no solamente callada sino fuente de acallamiento, lugar capaz de engendrar por sí misma un silencio, es decir, un tiempo y un espacio propios. Y así, todo ante la vida, aun sin conciencia, aparece como dual, no como doble; y la unidad se escinde casi de inmediato, no se deja apenas ver, salvo en privilegiados momentos; la dualidad la oculta y aun suplanta desde los orígenes mismos de este modo de ser, de éste que, quizá, sea, ojalá, la aurora de un ser y no el ocaso. Y menos aún la recapitulación. A veces la Aurora de este ser, aquel al que el corazón no renuncia, y ante el cual la razón misma llega a rendir sus armas, aparece por un instante en un apenas charco de agua, en el reflejo de una rama apenas nacida, en el vaivén de un viento que no mueve nada, de un movimiento que es también quietud; de una mirada que puede ser la de una vaca perdida que pide, que llama, a un ser razonable y razonador que, a su vez, la mira. Y así, el amor, «ay amor», queda impregnándolo todo, envolviéndolo todo, y aun pueda ser en un leve e indeleble aroma. Y pueden quedar ligados para siempre dos amantes que apenas se vieron; y el anillo perdido en el agua siempre, símbolo, sombra, del anillo que contiene al universo éste, a su permanente *ouroboros;* es decir, a la Aurora nunca visible del todo en lugar alguno del universo, presente siempre en la más ciega oscuridad. Y así el rumor, y esos menudos sonidos que emiten ciertos astros, infinitamente remotos, tan análogos al abrirse de una flor de cactus, que sólo

lo hace una vez al año de una noche señalada. El que entra en la habitación deslizándose, pero llamando, causando algún sonido, fragmentos al par de algo que se escapa de la luz primera y del primordial sonido, palabra, nos dicen, que fue *Aum* y *Fiat*.

¿Será acaso que lo hecho de una vez y por una vez, sin contar con el tiempo, pues, sea, o tenga que ser, reducido a la mitad, o desdoblado, o peligrosa y prematuramente multiplicado? ¿Será que al Uno, al creador, no se le dejó tiempo? ¿Le fue acaso robado por alguna oscurísima potencia a la que el tiempo hacía temblar, la que tenía también tanta prisa de engendrar a lo que aún era apenas un esbozo sin haber sido engendrado del todo? Así resuena en los débiles oídos, y aun en el más cerrado no-escuchar, esa sacra danza de los Doce de Prisciliano, en la que se pedía ser engendrado, sin añadir «quiero engendrar». Y así, en esta danza y en todas las análogas, el danzar cogidos de la mano es ya obedecer al ser que no se le da todavía a cada uno; ellos juntos, danzando, son al par creados y creadores. Y así se pide todavía en las danzas del fuego y de las cosechas reales, en las hogueras del señor san Juan, «señor san Juan, que ya en las hogueras no hay que quemar, que viva la danza y los que en ella están». Danza que evidentemente tiene lugar cuando ya todo se ha quemado, quizá ante todo ese algo oscuro que se opone al despliegue del tiempo y de la vida, de la creación; entonces se puede danzar según el movimiento de los astros, restituyéndole al propio planeta su condición corpórea, de no ser solamente, según se le mira, sostén, suelo, lugar, restituyéndole su ser dentro de las órbitas celestes; y al ser así, sin posible caída infernal. Queda, después de la danza en torno a la hoguera, un círculo sagrado y las cenizas; lo que no queda son las huellas de los pasos de cada uno de los danzadores, pues que en ellos, en todos o en cada uno, el haber danzado así le dejará una huella propia, es decir, aquello por lo que el hombre, en esbozo, ése que pretende ante todo existir, llevará en sí, o al menos consigo, esa huella convertida en algo, de alguna manera, de ese ser que a su esbozo, antes de danzar, le faltaba. En la danza de los dólmenes de Stonehenge, acarreados hasta allí, no nacidos,

pues, en el lugar, llevados a ese punto preciso donde la danza había de tener lugar, ¿qué música seguían? Puesto que la función primordial de la música no es ser oída, sino ser seguida. La música nace para ser danzada, para ser un danzar, sonando a veces tan sólo en los oscuros laberintos del oído primero. Y todo laberinto, a su vez, ¿no será rescatado, o convertido en camino, solamente si se le cantara su cantar?

Y así, ese rumor, amorfo al parecer, que no permite descansar, de la psique, tan dada al descanso, al sueño, la mantiene despierta, viva, anhelante; pues aun desde ella vivir es anhelar sin fin, sin permitir que la abandonada psique caiga en reposo, que esté siempre despertada y despertando, y, a veces, de los más hermosos sueños, o ensueños, por ese su rumor. Pues, ¿quién despierta en verdad al que sueña felizmente, al que ve o entrevé su propio destino, o al que ve más allá de él, trascendiéndolo, sino ese rumor de la psique? Tantas veces, con error, el que tal suceso sufre lo atribuye a la más pequeña minucia cotidiana, que se alza ante él como una intempestiva tormenta, o una inquietud del propio corazón, o a la consabida inhibición, tan recientemente descubierta, tan dispuesta a abrir todo abismo, especialmente el del olvido o la desatención habidas, por ejemplo, en el Huerto de los Olivos. La psique se hace discípula y se duerme, por mucho rumor que haya en el lugar; se duerme, en medio de una tempestad tal vez; también si, en medio de ella, aquella voz divina a la que aludimos, vuelve a sonar. La psique se hace hipersensible, absorbe su propio rumor y todo se acalla. La psique ya no rumorea; tranquilamente se abraza a sí misma, para despertar, si es que despierta, en una situación imprevisible, imprevista, inédita, «quién lo hubiera sabido», «si hubiéramos estado avisados», «no nos previnieron», «no lo sabíamos»...

Y de este modo, el eterno retorno no necesita ninguna otra fundamentación. En su raíz, el eterno retorno no es ontológico, aunque sí está amenazado, como todo lo que es meramente psíquico lo está, de serlo, es decir, de ser, pues lo que la simple, pobre psique, no sabe es que lo que ella no deja oír, interponiéndose con su inesperado silencio, puede ser indefinidamente reiterado, y que la simple reiteración puede

ser motivo o causa de una falsa eternidad, apócrifa eternidad, ya aquí, en estos lugares.

IV. La aparición del confín

La Aurora se aparece distendida, sembrada, como germen; cuando irrumpe en la oscuridad, se aparece, ante todo, al que la espera, o la atisba, como una línea, como una raya que separa; podía ser la línea esa que el geómetra no nos acaba de definir, esa línea que separa, dando, creando, al par, abismo y continuidad. La raya de la Aurora esperada no es ya el Alba. El alba comienza a fundirse, casi a huir, ofreciendo levemente la imagen de todo un reino de algo inapelable; ella, la Aurora, quien ha despertado el germen preexistente, pero casi normalmente adormecido, de lo ilimitado y ardiente, se nos aparece así como un límite, el confín que nos detiene y nos llama inapelablemente. Es un sueño, es decir, un lugar donde los simples sentires, y su natural fantasear, aparecen a punto de ser abolidos por un imperativo, si nos atreviéramos a decirlo kantianamente, por una ley, la ley, en verdad. La aparición de la Aurora unifica los sentires, transformándolos en sentido, trae el sentido. Entendemos por sentido, por la percepción del sentido, la aprehensión en un acto único del sentir mismo, su origen y su finalidad: la unión de las cuatro causas aristotélicas, que, como se comprende, es la forma, la forma misma, el *eidos*. Como les sucede a otros lugares inviolables del humano pensar, que, de puro sabidos, son relegados en favor de los nuevos que están tan próximos a nacer, pero a los que habría que dejar nacer, ante todo, sin arrancarles del lugar de sus raíces, sin extraerles del sacro único lugar en que han de nacer y vivir. Serían siempre de la Aurora estos tan elegidos pensamientos, frutos del humano pensar.

¿En nombre de qué desconocida, oculta razón, aparece y desaparece ella, quien tan sin razón aparece de súbito, oscilando así entre la pura razón, o la pureza máxima de la razón, y lo que al parecer es lo más opuesto, la discontinuidad

y el ser de tan difícil identidad? Se nos muestra de inmediato lo que parece ser tan natural, el que haya color. Lo cual no es único, ya que todos los datos de los sentidos son enigmas, el que todo lo sensorial, lo que es pureza encerrada en sí misma, la ensimismada razón, se encuentra al final de su inmarcesible carrera con los sentidos mismos, con aquellos de quienes nos hizo creer que había de librarnos, obedeciendo a un mandato desconocido que hubo de tomar nombres diversos, rostros y aun atributos diversos, según sucede con la razón. Si hubo un día en el pensamiento en que los sentidos adquirieron ser, la razón estaba ya prisionera de esos mundos, al parecer tan disolubles antes. Y así nos resulta inevitable que la Aurora, que abre el sentido y el horizonte y la luz de cada día, no haya podido hacerlo en un solo día y para siempre, y que la luz haya de hacerse cada día también, para que la vida se haga, a su vez, cada día; para que el ser y la vida unidos no mueran de una vez para siempre, como tal vez nos lo podemos al menos figurar si, de una sola vez y para siempre, aquí donde estamos, hubieran sido creados; si la eternidad se nos ofreciese desde el principio, si este principio no fuese una gloriosa, impensable, revelación. Si el pensamiento no tuviera que alimentarse, respirando la eternidad, aunque sea por leves instantes; un inequívoco temblor, y esa flor inconcebible que la Aurora, a veces, es, y esos colores de pájaros nunca vistos que llaman a unos nuevos sentidos, de los que, en parte, algunos mortales ya gozan y padecen, esa razón que condena y limita, al par exige y es germen de nuevos sentidos. Lo que en ella, la Aurora, germina, no es, no pudo ser, no sería, un mundo corpóreo que los sentidos, no ayudados, temen ofrecer. Esos cuerpos llamados a veces visiones, o ni tan siquiera, desdeñados al instante; esos imposibles amores, que sólo ciertos géneros, cumbres, y caídas también, de la razón, se han atrevido a declarar, están dotados de potencia para llegar a esa actualización. Es ella, la Aurora, la que huye en cuanto es percibida, la que no quiere tener cuerpo, la que anuncia, temblando, eso sí, en otro mundo, en que los sentidos se encuentran en un tiempo propio, ya que a los sentidos y a los sentires no se deja, no les ha sido dado, el vivir en su propio

tiempo. El tiempo los aprisiona, o los deja errantes y sin espacio, en consecuencia; ya que el tiempo nos parece sea el primer dador del ser y no su rival.

¿Anunciará acaso la Aurora, en su reiterarse, la multiplicidad de los tiempos? Y aun más, otras auroras habidas o nacientes. ¿Será la Aurora la prenda cuando se ausenta, cuando no aparece, cuando se niega, tal como sucede con el amor, que, cuando se niega, ha de ser a la par prenda y promesa de otros mundos, otros sueños, otros seres de amor, y nunca la Nada ni el vacío? Y aun el mismo vacío en que aparece la belleza sea, a su vez, eso lo que manifiesta, ser, ser de otra manera, o ser de verdad, o más allá de la verdad, o más allá del ser; vacío y belleza anuncian también algo que no se pierde y que tampoco se da. Ella es así, se nos figura, entre todos los dioses y las palabras que un día fueron como dioses. Ella es, nos parece, la única que ha quedado en esta condición, ella, la Aurora.

V. Guía aurora

1

Y parece llegado el momento, lo que en ciertos lenguajes se diría la forzosidad, de que quien, al fin, tiene que darse por autor confiese, ya que el confesarse del autor es no solamente inevitable sino, especialmente en los días que corren, el único o casi único contenido de su pretendida entrega. Lo que aparece, o el resultado a que hemos llegado en estas breves páginas, que más breves aún querrían serlo, es que la Aurora, que no nos ha ofrecido la posibilidad de ser un conocimiento propiamente filosófico, una *episteme,* nos impone inexorablemente su condición de pertenecer al mundo de lo cognoscible. Desde el primer momento en que se la mira, nos mira ella a su vez, pidiéndonos, requiriéndonos, el que la miremos como la clave de la *fysis,* del cosmos, pues, y de este su habitante; que aquel que la mira siguiéndola vaya encontrando a través de ella un «puesto en el cosmos». Por tanto, exige ella una actitud del hombre acerca de su propio ser, un conocimiento de su lugar que le conduce al encuentro de su propio ser. Guía, pues, si por guía entendemos la aparición de algo, un suceso, una presencia que saca al sujeto de sí, de la situación en que estrictamente está apresado en una ignorancia que es inmovilidad, y la inmovilidad en el ser humano es intrascendencia. Conocerse es trascenderse. Fluir en el interior del ser. ¡Qué inmensa soledad la del que no ha contemplado, ni siquiera por una sola vez, la Aurora!, aunque se le diera al encontrarse en la luz, en la inmensidad de la luz en toda su pureza, ¡qué inmensa soledad sin aurora, qué desorientación! ¡Qué privación del propio ser en cualquiera de los múltiples mundos!, pues que se trata de un encontrarse sin sentirse viendo y hasta pensando, si esto fuera posible, desprovisto del sentir originario.

La Aurora, pues, es guía, también porque es raíz, flor, árbol, alma del sentir originario. Presencia que nace de una insoslayable atención, de una sostenida mirada. Un conocimiento, pues, sostenido únicamente por la atención. Y la atención, aun a solas, es fuente de conocimiento, si bien este conocimiento sea considerado incompleto y sobre todo infundamentable, no a la altura de la razón; por lo cual también se le figura al autor de estas breves confesiones que un nuevo modo de razón –por ejemplo, la razón poética– sea necesario.

La atención sería, pues, ilimitada, sin caer en la divagación, audaz, obstinada, sin temor. La atención, que llega a funcionar como visión poética, habría de ser al modo del borde de la luz, ese borde en que tiembla ella, la misma luz, aunque llegue a posarse sobre la tierra que se ahueca, aunque sea llana, buscando hacerse nido, copa; que está a punto de fundirse, si es montaña, y a punto de fundirse o desaparecer, si es mar. Es decir, en el mismo modo y manera, sobre el mismo plano en que se da la luz sin temblor; la luz que huye cuando se muestra, los temblores que delatan el ser mismo de la luz y que aparecen notoriamente en la Aurora, que, cumpliéndose la metáfora, podía ser la Aurora de la razón misma.

Mas lo que sucede no puede ser debido solamente a la apasionada, sostenida, atención, sino a que la razón, por sí misma, ilumina y abre los sentidos mismos para penetrar en ellos, lo que ha sido echado al olvido, si es que lo sucedido no es algo peor, proveniente de una renuncia, exigida por el reino de la utilitaria razón, de la razón ya sin dioses. Reino de donde el padecer ha sido expulsado por la razón, trocando lo divino por una obstinada *apatheia.*

Por lo tanto, la razón, la mismísima razón, habría de iluminar y operar al modo de la luz, deslizándose por lugares y poros invisibles; y en cuanto a las tinieblas, rodeándolas, penetrando en ellas como la sierpe. Que la luz puede, ella también, actuar como sierpe, y en grado eminente en el reino oscuro del amor. Modo de atender que embarga y posee al sujeto en el que anida, tal como el amor; y, como el mismísimo amor, es escala, peligrosa por invisible casi siempre, que ha de

recorrerse hasta el final para llegar a la razón, a ser movida por ella, siendo al mismo tiempo lo que toda pasividad anhela, servir sin dejar de ser. Un modo de razón en el que se redime la pasividad, la total pasividad, frente al conocimiento y a aquello que lo mueve y aun engendra, el amor. Una razón sin paradojas, sin agonías, sin parecerse a sí misma, casi sin juicio, mas no sin orden; y tanto como ser una razón nueva habría de ser una *vita nova*. Y aun el libro, el insustituible libro que tal título lleva, procede sin confusión a iluminar por instantes el borde mismo, y aun el fondo mismo, de la copa, de esa copa donde, y no solamente en *Tristán e Isolda,* se ofrece el filtro del mortal amor, de ese que hace quedar a los amantes flotando a solas, revoloteando como palomas desorientadas en medio de lo que engendra el orden mismo, fuera de la órbita del amor *«che move il sole* e *l'altre stelle».*

Ya que la razón, al desentenderse de los sentidos, renuncia por ello a la plenitud de su uso y nos encierra, por el contrario, en el límite mínimo, tanto que no puede ser ni tan siquiera señal de su nacimiento. La vida de los sentidos se ha ido reduciendo a medida que la razón occidental se yergue. El erguirse de la razón no trae, en consecuencia, la amplitud del horizonte, su ensanchamiento; ni, y menos aún, el asomarse siquiera de otros espacios, de otros mundos, aquí mismo en el planeta. Los sentidos están siendo enmascarados bajo los datos de una abreviada matemática; pues que la matemática, a su vez, se ha escindido –y quizá sea éste uno de los hechos más temerosos que llenan la actualidad–.

Y así, de una parte, la matemática ha vuelto más que nunca, nos parece, a ser un lenguaje secreto, fiel a su origen sacro, transmisible sólo parcial y selectivamente cual un «misterio»; un misterio, tal como si de los varios sentidos del *logos* se celaran algunos; aquellos especialmente de los que pueden derivarse ciertas técnicas y estrategias del vivir, de la vida y de la muerte.

Y así, la matemática se mantiene hermética e inaccesible; tal como un código para entenderse en otros tiempos, y aun en otros lugares, espacios, tiempos, seres todavía no nacidos, o nacidos a medias y peligrosamente manifestados en estos *hic et*

nunc.

Mas, de otra parte, y bien a la vista está, ha sido abolida la penumbra indispensable, y se han infiltrado secretos, que, además, darán lugar a la manifestación, a la aclaración de la oscuridad necesaria para que el movimiento, tanto el del llamado progreso como el de la regresión, salgan, y a veces sin nitidez alguna, entremezclados, y a que la ecuación indispensable, aunque subyacente a veces, para el vivir, y no sólo el humano, aquí y ahora, no pueda actuar. Y en el orden del saber, a que la ignorancia no pueda ser salvada, como tan indispensable ha sido, por ese rincón de inocencia subsistente, donde la inocencia hace su nido, fundamento ella de todo simple alentar, por simple que sea. El aliento sutil de un fuego, escondido casi siempre, al no aparecerse como un hecho, corre el riesgo de convertirse en recinto de lo irrespirable. Así esa arquitectura que a todo iguala, la lisa pared, hasta hacer desaparecer toda curva, todo escondrijo, todo alero, donde la golondrina, y sobre todo la paloma, no encuentran lugar. Ciudades hay, cimas de civilización, que sin decretar la extinción de las palomas –¡de la paloma, Señor!– penan con decretos, decretan, con fuerza de ley, que no se deje con vida ni un solo nido, porque la presencia de los nidos afea la limpia ciudad. Y así los hospitales, las clínicas impecables, y tantas veces salvadoras, son el verdadero núcleo viviente de la ciudad; también hay parlamentos, también se discuten leyes y hasta se aplican con pulcritud. Pero aquello con lo que no se contó, aquello que de algún modo se decreta que ofende a tanta pulcritud, es como si no hubiera nacido, y como si nunca más hubiera de nacer.

Y así ha venido sucediendo que la *fysis* se convierta en materia de un conocimiento sin contexto vital alguno. La *fysis* –término que, como se sabe, pertenecía al lenguaje de los misterios; era, pues, lo más sagrado, lo que no debería de haberse alterado nunca, lo que en términos kantianos se diría lo dado– ha decaído en ser dato; dato sin apelación, imperante, ciego y mudo dato.

Tendría, pues, que aparecer una razón donde los datos, incluidos los del más implacable análisis, sean al par forma y

figura, símbolo portador de lo más interior de la razón; tal como si ella, la razón, fuese a recobrar su intensidad, su íntimo aliento, y volver a ser brisa, es decir, acompasado respiro de la naturaleza misma; la naturaleza, así, podría ser llamada o entendida de nuevo verdaderamente como *fysis.* Vida y razón a un tiempo, dispensadas de la justificación, con tal de que den aliento de fuego sutil en ocasiones, y gracia, y nos muestren los abismos de que el ser está rodeado, abrazándolos.

Y así la Aurora: ella hace, ella se muestra a sí misma revelando y recreando al estático y quieto estar, y forzándolo a danzar, a entrar en la danza íntima de sonido, de ritmos múltiples, no a que todo pase, no para aceptar que todo fluya simplemente, cosa que Heráclito, a quien se le atribuye, no pudo decirlo así, tan simplemente, ya que supo del fuego, que es danza; el fuego no fluye, danza, recrea. Tal como la Aurora hace, que danza desde la oscuridad, que también fluye, pues que las tinieblas fluyen, pasan y vuelven a pasar; en un acto único y universal convoca ella la Aurora a las tinieblas a que dancen, en la luz y en el fuego que les corresponda; penumbra puede ser si del humano pensar se trata.

Así, la Aurora sería la balanza, esa constelación revivida al iniciarse el día de este que se nos hace sentir, de tanto en tanto, como inacabado cosmos, y dar lugar ella también a que los sentidos convocados cedan a ser palabra, cedan a entrar en la órbita de la palabra donde el fuego y los elementos todos, conocidos y ocultos, dan al fin una palabra; una palabra cumplimiento de todas las posibles auroras, Aurora ella misma nunca perdida, aunque dada a perderse. La palabra tan dada a perderse, tan perdidiza en su renacer constante, en su descendimiento y resurrección inmediata, visible, respirable. Y esta palabra, su nacimiento, marca a la vez y sostiene el ritmo que es nacimiento y palabra, *logos mathematikós* y verbo. Y al converger del número y la palabra se le ha llamado poesía, forma primera de la lengua sagrada, de esa que vive escondida sin que deje de vivir, por mucho que se la esconda. Como una Aurora perenne, anillo nupcial del cosmos con el universo.

Mas la aurora irrumpe a veces, y ella misma es interrumpida como un parto de la luz que no está consentido, o que, estándolo, no le ha llegado su hora. Es el tiempo entonces, es ese *Cronos* imperante el que también sobre la Aurora ejerce su poderío. Y es también *Cronos* el que se entreteje con el germen más recóndito de la luz, de la vida que acaba siempre dándose a luz, el que acaba o el que permite, ¿en razón de qué?, ser dueño de todo nacimiento. Si hemos de creer a Píndaro, que algo supo, en compañía de las parcas, «y a aquella fiesta natal asistieron las Parcas y aquel que todo lo descubre y distribuye, *Cronos*». ¿Está sometida también, ella la Aurora, a ese «tiempo», al *Cronos* que se presenta asistido y asistiendo con las Parcas? ¿O no será, por el contrario, ella la Aurora, el anuncio, la señal, de un cuerpo invulnerable que nazca, crezca libre de toda amenaza, imposible de morir? Condenada, ¿o elegida?, a no morir. Y para conservarse intacta, a pesar de dar a luz cada día. En alguna parte de este cosmos la aurora tiene un hijo, o varios a la vez. Ella no muere, y da a luz, al fin y al cabo, al mismo sol que es la fuente de la vida. Ella, fuente de la fuente.

Así, pues, el conocimiento que aquí se invoca, por el que se suspira, este conocimiento postula, pide, que la razón se haga poética sin dejar de ser razón, que acoja al «sentir originario» sin coacción, libre casi naturalmente, como una *fysis* devuelta a su original condición. Así la aurora se nos aparece como la *fysis* misma de la razón poética. Quizá su destino mismo, el de ambas. El destino mismo en que resplandece el Destino.

De los géneros del conocimiento que, aquí en Occidente, nos son conocidos, al que se asemeja más aquel conocimiento es la Guía. Pero habría de ser bien diferente, puesto que las Guías conocidas prefijaron el lugar adonde se encaminan, y aquí es el lugar mismo, es decir, ella, la Aurora, la que encamina. No sería, pues, ciencia, ni tiene posibilidad de serlo este conocimiento, sino esbozo, diseño, de una singular guía no escrita, diseñada y aun expresada fragmentariamente en diversos lugares de la poesía, y aun, por qué no, de la ciencia

más rigurosa. Y así, los llamados indiscernibles por Leibniz podrían dejar de serlo, lo serían aun con gozo y alegría al encontrar la atención necesaria y la amplitud del horizonte y la obediencia a los laberintos de la misma realidad naciente. Encontrarían su lugar para no solamente ser sin permiso sino para vivir indefinidamente, para darse a la luz indefinidamente, cada uno de ellos, a imagen y semejanza de la Aurora. Los indiscernibles lo son, se quedan en serlo, a causa de una estrechez de horizonte de una razón más establecida que vivida, de una matemática apresurada, y por lo mismo, inevitablemente abreviada, como si no tuviera lugar para tan mínimos seres; que si los suponemos capaces de anhelo y aun de esperanza, suspirarán por una mirada, sin que solamente algunos seres las reciban; por una sola mirada que les otorgue modo de ser amados y amar.

Este esbozo de guía, que aquí nos atrevemos con tanto temor a ofrecer a un eventual lector, no puede ni intentar el ser una exposición sucesiva de algo que sucede en un tiempo común para todos, sino en tiempos que se van descubriendo para ocultarse en seguida, en instantes que muestran su encadenamiento sólo mucho después, pasado mucho tiempo; como si la misma razón no se ajustara al tiempo que se le ofrece tradicionalmente, sino viviendo en algunos otros tiempos; y de alcanzar este propósito estaría más cerca del tiempo realmente humano y de todo cuanto de viviente conocemos, que es múltiple; y el ritmo, sustancia misma de la vida, si la vida la tuviera, sería polirrítmico entrecruce de ritmos diferentes, nacidos en distintos lugares y en distintos momentos, una apetencia al par imposible e irrenunciable, de la que, en lo que aparece, sólo encontramos un aliento en la misteriosa, inconcebible Aurora, ella, la que parece ser la sola concebida en la verdad, la enteramente fiel.

Segunda parte

I. La mirada

Tiene la mirada que sale de la noche –de esta de la historia también– una disponibilidad pura y entera, pues que no hay en ella sombra de avidez. No va de caza. No sufre el engaño que procura el ansia de «captar». La tiranía del concepto, que somete la libertad con el cebo del conocimiento, la acecha cuando todavía flota en la mar de las aguas primeras; aguas que son, para el que sólo a medias vive, las de la noche suya, de la que no puede salir a fuerza de querer. La voluntad entonces sustituiría a la libertad dejándola aprisionada.

Sólo cuando la mirada se abre al par de lo visible se hace una aurora. Y se detiene entonces, aunque no perdure y sólo sea fugitivamente, sin apenas duración, pues que crea así el instante. El instante que es, al par, indeleblemente uno y duradero. La unidad, pues, entre el instante fugitivo e inasible y lo que perdura. El instante que alcanza a no ser fugitivo yéndose. Inasible. El instante que ya no está bajo la amenaza de ser cosa ni concepto. Guardado, escondido en su oscuridad, en la oscuridad propia, puede llegar a ser concepción, el instante de concebir, no siempre inadvertido. Y así, la mirada, recogida en su oscuridad paradójicamente, saltando sobre una *aporía,* se abre, y abre, a su vez, «a imagen y semejanza», una especie de circulación. La mirada recorre, abre el círculo de la aurora, que sólo se dio en un punto, que se muestra como un foco, el hogar, sin duda, del horizonte. Lo que constituye su gloria inalterable.

II. Desde el ocaso

Ante lucem

El ocaso, con la caída del sol, que prosigue iluminado con una claridad que habla de tránsito más que de extinción, remite a la aurora, si es que no es el lugar de donde el sol se despide como para siempre. Se hace sentir la claridad primera, perla escondida pura, aun en su imperfección. Lo que testimonia, despierta, el sentir de aquella claridad primera, cuando ningún cuerpo de fuego había de encender para alumbrar, cuando la luz era el elemento constante, del que nos ha quedado aquí sólo un punto, ese lugar hiperbóreo de donde llega Apolo para irse. Cuando la luz tiene que ser traída, inevitablemente luego ha de ser llevada, y si se ha encendido, apagada. Y sólo en alguna hora privilegiada, sola la luz sin foco, claridad sostenida en sí misma, perla de mar, cielos y tierra. Sólo entonces sería un don del tiempo que insensiblemente la retira, cesando en su transcurrir quietamente, al sostenerla desde antes de que hubiera un tiempo existente. Antes de toda existencia.

III. De la noche

De la inmensidad de la noche podría salir el caos, como de la inmensidad del mar los monstruos, que, quizá, lo sean tan sólo por no nacidos del todo; seres desprendidos como fragmentos, como esbozos o prefiguraciones, privados de una madre propia, vagando en la madre común de los vivientes que la tierra no puede acoger, ni ellos acogerse a ella. Los caídos de nuevo al mar, rechazados por Gea antes de que el Tiempo liberador despedazase al Cielo y de que de su semen último sobre la espuma del mar naciera Afrodita entre todas las diosas: «La Naciente».

Antes también de que –al par que Afrodita sobre la espuma se alzara celeste– de las gotas de sangre postreras del cielo viril nacieran las Furias de la tierra, nacientes ellas también, y Vulcano, el fuego interior terrestre, se diera a ver. La tierra así fue desentrañada paralelamente al cielo; fuego y furias salieron de sus entrañas fecundadas por primera y única vez por la sangre de Urano, herido en el centro de su poder generador.

Y así, todo lo que nació antes de la Afrodita Aurora, nació sin tiempo. Y sólo los dioses primeros, los hermanos de Cronos, por hermano suyo y liberador lo tuvieron. Lo tuvieron apegándose a él. Ella era hija del Tiempo y surgida del agua amarga, que, jugando con el aire, sonrisa del mar y del elemento más alado, ¿daba acaso el tiempo? El tiempo de nacer, de ir naciendo tan sólo, no el tiempo de acontecimientos y sucesos. Mas, como esposa de Hefaistos, descendido a los ínferos sin duda –en Perséfone está su doble o su reflejo, o su destino de mediadora con el elemento oscuro y de fuego enardecido que pide para proseguir–, se nos figura, como aliento contrario, alimento quizá de luz. Pues que luminosa era la hija de la diosa «enteramente rubia», la Tierra Madre ya dorada, que ya concibe del calor y luz solar.

IV. Cuando el día comienza como una llama

Una llama blanca, cierta y leve. Llama más luminosa que ardiente. Cualidad de llama sobre todo, sobrenadando sin imponerse a la oscuridad, como un don que logra que la oscuridad, aun sin ser vencida, deje de reinar, se retire insensiblemente y sin amenaza de rebelión, como un párpado que se entreabre ante la bruma que se retira.

Y el día de la llama encendida, encendiéndose saliendo del fuego, alma del fuego que se va retirando al paso que ella se aclara. El día, anuncio de la vida, y su hermosura, más que de la quieta belleza, de la acción, por lo tanto, y de la consunción más activa aún por ventura.

Y la aurora sin llama, extendida, extensa, hacedora de la amenaza que la extensión, que aunque no sea ilimitada al mirar contemplativo, así se le aparece. De tal modo: extensa; y todo lo que como extenso se aparece, y más aún el día, el tiempo ilimitado también, es congoja, amenaza. La sola extensión es, al par, atemporal. Lo que contrasta con el día, tiempo concreto, limitado, preciso, acuciante. Y entre estas dos impresiones, la congoja del contemplativo nace. El contemplativo, hoy a menudo llamado neurótico, angustiado. Pues que la angustia indispensable para ser hombre se confunde ahora con una enfermedad, un padecimiento que el contemplativo no puede contener, con la angustia incontenible. Y se olvida ante todo que el hombre, sin más, es contemplativo, aunque sólo sea en la modesta medida en que mira y recibe algo de esa incompleta, mas cierta, visión que su breve mirada le procura. Contemplativo, en sentido preciso, es solamente el dado a prolongar esa mirada, el amante de la mirada que proporciona al par visión y alimento: aquel que fía en el alimento que su mirada primera, inicial, y ya por eso, iniciadora, le trae. El otro, el azacanado hombre de hoy y de antes, el obligado y esclavo cuando se le ignora, ése fía

solamente en la acción, y a la que confía la suerte del día, de su alma, y a esa espectral acción entrega la llama del día y su hermosura. Y así se vuelve espectro.

V. El alba cuajada, derramada

Esa blancura que sólo en los cielos se da, pues que revela su inmensidad múltiple cuando debía reducirla. Y la reduciría si la ocupara. Al igual que ciertas montañas, que ciertos lugares, donde se pierde el horizonte, indican, muestran, aunque sólo lo insinúen, una desconocida dimensión más allá del espacio-tiempo. La luz hecha blancura, a modo de un cuerpo que transita y que sólo por breve tiempo, si acaso el tiempo se hace sentir, se detiene. Un posarse, como posarse tan sólo ha de ser la sustancia desde su adentro. La interioridad de cada cosa, de cada cosa creada que no acaba de nacer aquí y que se retira de este universo nuestro, que exige y clama por que venga a nacer en él, dentro de él, todo aquello creado o creador mismo. Una imposición y un castigo. «El delito mayor del hombre es haber nacido», ¿quiere decir, de no haberse quedado creado simplemente?, ¿de haber apetecido nacer? Y nacer sólo se puede fuera del Paraíso.

Y más que en el paradisíaco animal –todo animal lo sería si se le dejara–, y más que en la yerba inédita que tiembla en su innumerable jardín, y en el insecto que la ronda, ese a modo de cuerpo del alba cuajada da idea de algo creado y que no apetece nacer. Y que por ello no padece espasmo ni tiene validez alguna. Su frialdad sólo se la encuentra en lo más alto y puro del pensamiento, en alguna cima, que por ello pasa inadvertida, del poema desconocido, de ignorado autor por mucho que su nombre suene. El poema y el pensamiento del desconocido que no es sujeto ya, ni autor siquiera, que ni siquiera se esconde ni envuelve en la palabra. Lo que no se manifiesta, dando las más cumplidas manifestaciones.

¿Mira ese cuerpo de blancura que sólo en el cielo pálido se forma? Y si no mira, ni lo apetece, no podría ser llamado cuerpo. Y si no mira, ni lo anhela, nada tendrá que ver con la palabra. Sustancia sólo porque, a lo más, a ella alude; forma,

porque no la precisa, libre de espacio-tiempo como está.

No mira ni llama a ser mirada. Mas, si lo es, comienza a derramarse sobre la tierra, que entonces se abre verdaderamente al día y se desliza por los más leves intersticios de lo oscuro y de lo opaco. Y si ello sucediera enteramente, un solo día habría, quizá, o una tierra diluida en claridad, suelta del imán oscuro que la fija, y su campo sería no gravitatorio. Sin gravitación alguna, tendría ella su lugar, no separada por él o por ella misma, limitada sin coacción.

VI. Lo celeste

1

En par de los levantes de la Aurora

Por amplias que sean sus alas, la luz auroral que sigue al alba es como un boquete, un lugar que tiende a absorber, y ofrece, al par, la inminencia de que algo inconcebible aparezca. ¿Un ser? Un animal, quizá, un ser viviente, se dibuja casi, está al dibujarse. Un ser viviente de aliento y de pasión, un fuego oscuro, por indiscernible, que luego resulta ser simplemente blanco. Un blanco inextenso, un ser sin extensión. ¿Pensamiento? Mira tan sólo. Es una mirada, ya que la mirada de todo aquello que se manifiesta visiblemente es lo único que no tiene extensión y, aun más, la borra. Llega la mirada anulando la distancia; quien la recibe queda traspasado, raptado o fijado; fijado, si es la mirada de la luz. Y cuando la luz nos fija es que nos mira, y, al mirarnos, ¿se sabría decir lo que sucede? Y, por no saberlo decir, se borra: no crea memoria.

Y así, de esta mirada de la luz, nace, podría nacer, ha nacido una y otra vez, un pensamiento sin memoria. Un pensamiento liberado del esfuerzo de la pasión de tener que engendrar memoria, y, en su virtud, liberado también de toda representación y de todo representar. Y, por lo tanto, este privilegiado pensamiento no tendría que destruir la memoria, ni cosa alguna, como ha de hacer la filosofía, si es que ha de librarnos de la historia, de su propia historia también, y aun si ha de librarnos de un aspecto de la filosofía, el más peligroso, por ser el que más claramente establece un «ismo», de la psicología. Y más allá, si se espera sin preguntar, irá apareciendo algo así, que no nos atrevemos a nombrar, como un reino, pero que bien pudiera ser su *nartex,* ese lugar donde

los catecúmenos admitidos como tales han de detenerse sin que ellos fijen límite temporal alguno, ni se representen acontecimientos de ningún género, a fin de que vaya apareciendo, si se cumple así, lo celeste. Si es que esa obligada detención en el *nartex* no fuese ya anuncio de la aparición de eso celeste que puede ir manifestándose sin ser reconocido como tal.

2

¿Es ya, acaso, se pregunta el catecúmeno de lo celeste, este áspero, incómodo aun adverso lugar del que librarme no puedo, será ya algo celeste? Quiero decir, oh ángel mío, si me escuchas, que este infierno sea al mismo tiempo un cielo, que lo sea ya, aunque prosiga intacta su cárcel, su encierro y separación. Y entonces, esa cárcel, de donde no se puede salir, y menos aún si se procura, no es ya sino el mismo cielo, una cárcel de amor celeste, y, como todo lo que es cárcel, por celeste que sea, causada por un terrenal amor.

Un modo de Aurora sería entonces de eso celeste, a lo que, por momentos, no nos atrevemos a nombrar cielo, y menos aún a invocar, inhibidos como estamos por el temor de incurrir en la retórica: ¿quién se atreve a decir hoy «¡oh cielos!», ni expresión alguna que se le asemeje?

Y, así, la mirada de la luz, que nos fija, nos pone al par en camino, en un estrecho camino que mejor convendría nombrar vereda. Sendas no hay en la Aurora, y menos aún perdidas, pues que lo que aparece y levanta el sentir son los filos de una mirada que se trasmuta en vereda más peligrosa aún, pero menos angustiosa, que la senda, sea ancha o estrecha. Filos que la Aurora nos tiende para levantarnos, aunque ligeramente sea, a su paso.

VII. Antes de la ocultación

1. El alimento perdido. La letra

Precipitadamente el alba, casi corporeizada, casi sustancia ya, se pierde al abrirse las puertas de la Aurora, la diosa. Era su alimento, quizá, su propio alimento, indispensable a los dioses celestes, al menos cuando asoman su rostro de hermosura. La hermosura de los dioses pide alimento cuando salen de la ocultación para darse a ver. Y la diosa Aurora da a ver lo que es aún más que si diera su cuerpo, ese cuerpo dado como en prenda por los dioses al que la recibe, que queda así encadenado, al que se queda, siempre aquí, aun saliendo al encuentro del alba antes que ella misma. No es diosa el alba. Y cuando la Aurora, diosa ya, aparece radiante, asombrando al guardián del alba, se pierde el alba; cuando se estaba haciendo en ella, dentro de ella, una sustancia que ahora hace sentir que podría ser su alimento, o que se estaba haciendo su alimento primero e insustituible; sustancia sin forma corporal, pero viviente. La Vía Láctea podría parecer. Esa Vía que cruza, sin abrirlo, el cielo nocturno, cuando palpita como ser viviente todo él, atravesando en la noche centelleante por esa banda donde podría habitarse; en ella, en toda ella y no en un solo planeta. Un cuerpo celeste se siente ser la tierra en estas noches, engarzado al alba; mas sigue estando aquí, aquí siempre, dejado aquí solo y sin alimento. ¿En prenda también?

Y el alba, a punto de cuajarse en sustancia indefinida, de vida impensable, en la que se disciernen algunos signos de antes de que apareciesen esas letras que son los astros.

La Aurora se ha llevado el alimento. Lo dejó ver tan sólo cuando se estaba haciendo, apenas un comienzo; una aparición. Era el alimento naciente, solamente vislumbrado, el que se llevó consigo la Madre-Aurora, arrancado por esa su luz que hiere y arrebata no sólo la mirada. La cólera de la diosa

Madre que ha creado, ¿ella misma?, el alimento suyo que devora en las regiones celestes la misma promesa que había precedido a la aparición de su hermosura. Y aquel que lo siente así y que sienta el alimento perdido, el *naciente,* entrará en el día con un despecho impensable y al parecer sin origen, irreductible, errante

2. Radix, porta

Salve, radix, salve, porta
Ex qua mundo lux est orta.

La distancia es inmensa, podría ser vertiginosa; ésta que las dos imágenes reales despiertan en el alma y en la mente se contrapone y es casi excluyente. Sin embargo, no se presenta así porque no se trata de conceptos, de nociones. La imagen funciona con su *irradiación.* La irradiación de la imagen es su primera forma de trascendencia, paralela en cierto modo a la extensión del concepto.

La unión de estas dos imágenes irradiantes, en tercera potencia por lo menos, se verifica allá, en un punto no situado en el infinito –como apresuradamente se dijo de la conjunción de las líneas paralelas–, sino en un punto confín que no es límite. Hay el confín que no es límite, sino justamente *Porta.*

Y en el confín, lo que manifiestan estas dos imágenes, no exclusivamente por cierto, es un punto que recoge la inmensidad toda. Un punto situado, sin duda, en el eje vertical de la espiral del tiempo entero.

3. Las tinieblas de la Aurora

En el ser humano, como se sabe, anda la luz escondida en las tinieblas, siendo ella, la luz, lo inicial. Y así, la Aurora es, no el comienzo, sino el centro del día en medio de la noche, el día-noche, la luz-tinieblas, que luego se separan sin perderse la una en la otra. La vida misma, pues.

Y en esta conjunción surge el tiempo. El tiempo primero, que solamente en la luz no se daría ni en las tinieblas solas. El tiempo que aparece con la luz, cuando se la ve llegar, viene saliendo de las tinieblas sin acabar de abolirlas. El tiempo nocturno y luminoso, dado en ese punto, en ese solo intersticio impar.

4. La montaña de la Aurora

Se alza la tierra allí en el punto en que aparece la aurora. Y su luz brilla en lo alto; sobre una montaña oscura se enciende el brillo; la luz misma vendrá después, cuando ya empiece a derramarse. Mientras la luz no se derrama, no se sabe qué va a ser, qué va a darnos esa rara estrella en lo alto de la oscura montaña matutina.

5. Las lágrimas de la Aurora

Llora ella; ella, ¿o quién? Llora inconteniblemente y en horas imprevisibles. No producen extrañeza sus lágrimas cuando el día la ha abandonado sin mirarla tan siquiera sonrojarse, cuando la corona de nubes ha mostrado ser falsa, y el manto sin color que la envolvía se ha retirado, dejándola por un instante desnuda; lo que, si dura lo bastante, desata su rencor y despierta a la jauría, aunque esté lejos y parezca imposible que haya visto nada y que no haya nadie, que nadie se despierte, azuzado por ella. Ladran a la aurora las jaurías, a la sombra de la Aurora, que se va envuelta en sombras y en negrura, vencida, mas sin llorar. Y luego, en otras horas del día, se derrama en lágrimas, inconfundible. Humillada y arrepentida, llora en los ojos de algún perro; en ese perro que aguarda siempre, reveladora figura de la fidelidad misma, y por ello es el mismo perro, el perro mismo, que llora con el mismo llanto: el llanto de la identidad sin palabra y sin reconocimiento, dejada ahí, sin más, como un deseo –mas llora.

6. El alumbramiento

Condenada la aurora a permanecer en su noche, se reitera. Avanza con cada aparición de sus luces múltiples, se derrama y llora, se recoge y vuelve, quiere volver en sí, a ese «en sí» que no tiene. Todo lo que ella da es transitorio y se detiene, es un transitar, que no llega a un trascender, pues que nunca llega al trascender su infinitud ofrecida y negada. Más allá del día no va la aurora. Si se hace ceniza, renace; si se apaga, vuelve a encenderse. Y su llama nunca ha ardido enteramente, lo que sería arder incesantemente o no arder ya. Quizá mejor esto último, no arder; pura llama entonces sería o ¿qué? Algo, pues, no debe consumirse. No le ha sido concedida la fecundación. Las tinieblas, las altas tinieblas del sentido, vuelven a hacerla suya sin poder retenerla.

La rosa de pétalos innumerables de los tiempos nunca aparece completa, todos los tiempos desplegados, que, de darse, haría imposible toda reiteración. Si la luz con el tiempo apareciese enteramente, si los tiempos se manifestasen al fin en un tiempo único, ese tiempo no sería ya «la relatividad mediadora entre los dos absolutos: el ser impenetrable y el anhelo del que pide ser». Se le pide a la aurora, aunque no se sepa, este seguir naciendo. Se le pide al absoluto del ser, y a la plenitud de la luz, y al despliegue del tiempo, no recaer ya más. Se le pide al absoluto que se abra su impenetrabilidad y nos anegue, dándose allí mismo donde ya la mediación se hace, al par, imposible e innecesaria. Y que el punto oscuro de la llama sea el espacio invisible de la salida de un cuerpo viviente, y que la periferia deje de aparecer donde el horizonte, límite entre cielo y tierra, desaparece en su función. Y como todo aquello que se vierte en una función deja de «ser», no se muestra. Allí donde la muerte nada tendría que hacer tampoco, se nos figura.

VIII. La raya de la aurora

Para nuestros ojos desnudos de mitología, ávidos de visión, visionarios en ayunas en pleno eclipse de las religiones habidas, la aurora es una raya. Aquí, en esta todavía civilización que llaman de Occidente, en la cercenada Europa.

Porque el simple tener presente el calendario complejísimo, según el lucero Venus, de los *nahuac,* no nos dice de la aurora antes que del sol. Venus, que antecede y prosigue anunciando una luz interior y más allá de la solar, una luz que, si procede de una combustión, no envía su fuego y que no es fecunda, al menos al parecer. ¿Una madre, esa Venus, occidental por cierto mas no europea? No. Una luz que despierta el corazón y lo llama hasta hacerlo suyo y que, solamente después de esta identificación, irá a ser o será el sol. Una luz trascendente, como me ha parecido entender de la historia de la serpiente emplumada, símbolo del rey-sacerdote-legislador; sí: aurora en la historia tan límpidamente narrada por Laurette Sejourné. La serpiente emplumada, Quetzalcóatl, señor de la Aurora, realizando el sacrificio expiatorio, arrojando su corazón al fuego; sacrificio por haber cometido una única trasgresión a la castidad, que se nos aparece como inmediato para ciertos seres, aun enteramente humanos; así para Hércules, o para el rey de la leyenda del Grial, Anfortas, y, ¿quién lo diría?, para el filósofo, poeta, músico también, Friederich Nietzsche. Quetzacóatl, por ese sacrificio expiatorio, recorre los tres mundos, y de ellos, primeramente –y transmutándose en perro–, el lugar subterráneo donde habita el señor de la muerte; y recoge de ese su cautiverio los huesos de sus antepasados, y, ascendiendo, se hace lucero Venus –luego será sol–, y aquí, en la tierra habitada por los hombres, establece orden –temporal y social–, paz. La aurora ha visitado los tres mundos tradicionales. Ninguna acción verdadera trascendente se cumple sólo en uno de esos mundos o planos donde, en

verdad, la vida humana se da. Y de ahí ha de venir la necesidad de la metáfora esencial. Si la piedra es sólo esta piedra que veo, si mi ver no la mira trasponiéndola en algo que está bajo ella, en algo que la soporta y la oprime, en algo que, imprevisiblemente, en un movimiento ascensional, la hace templo, copa del cielo, el hombre, y aun quizá todo lo viviente, se queda sin lugar.

En el descenso se cumple siempre una pasión que paga y rescata con lo que llega la luz, aun sombría, a la semiclaridad de las tinieblas. Mientras que, en las alturas, el corazón metafórico de Quetzalcóatl se acaba de encender identificándose. Y de la identificación llega la paz, revelándose así la capacidad de que este áspero lugar sea habitable, es decir, lugar apropiado para una trascendencia sin fin. Y el resplandor que baja incesantemente de lo alto, y que, sin duda, es el que permite que los paréntesis de la presencia del lucero no traigan detención alguna del ciclo de la vida, quizá se deba a que la síncopa misma se articule en la marcha de la luz, ¿o algo más que, una vez perdido, hizo necesario recurrir al sol? Los pasos de la aurora, que, entre paso y paso, está en el aire, la ocultación que es indispensable en este lugar de la discontinuidad. Noche y día, invierno y verano, sueño y vigilia se conjugan, y no hay declinación, no hay ocaso. No se habría de llegar en nuestra gramática a ese circunstancial de ablativo, donde el ser decae irremediablemente, donde el ser se enreda y el tiempo se petrifica. El caso que cierra en vez de abrir. No había raya, pues, en la aurora. La luz no hería sino a aquel que dejaba sin cumplir el viaje que sería ya sin sacrificio. La raya que se hizo ostensible después es, sobre todo, señal indeleble de la trascendencia abandonada; implacable aurora sangrienta, no sería la sucesora de las más puras albas. Y lo que fue resultado sería interpretado como profecía. Es el riesgo de toda historia. Sin ese error de interpretar el resultado de un abandono, de una infidelidad como profecía, ¿habría historia? o, al menos, ¿esta nuestra historia? Y en las auroras sangrientas, caso de haberlas, no aparecería la efigie del hombre.

IX. El límite impenetrable

Sólo la luz que llega antes de extenderse, y sin asomo de derramarse en ese instante puro de su llegada, cuando hiere, hace sentir lo impenetrable de algo que no puede llamarse sólo oscuro. Ninguna tiniebla, por espesa que aparezca, hace desesperar de que alguna luz, o algo de la luz, penetre en ella. Algo de la luz. Mas, ¿hay en la luz algo que no sea ella misma, algo que no se resuelva en ella misma? ¿No es ella, la luz, una completa actualización de su propio ser, y por ello ejemplifica el logro, el cumplimiento, y atrae como imán al cumplimiento de todo ser que se debate entre el imperativo de ser y la constante disolución, y ese olvido en que se encuentra y el mutismo que responde a su llamada?

Y entonces es la luz imán único. Sí, cuando Dios no responde, cuando nadie aparecía, la luz sola es la presencia, ser que quietamente y sin negarse, sin perderse, se derrama, o al menos ilumina. Don celeste; celeste siempre, llegue de donde llegue. Y entonces, si llega oblicuamente desde la oscuridad zigzagueante, parece rebelarse; la rebelión de la luz, ¿será posible, se habrá ya dado alguna vez? ¿Se dio acaso a poco de ser «creada», se escapó de las manos del creador, de su frente, quizá, llevándose consigo, arrastrada, la palabra?

Puede la luz haber pecado, estar caída, se arrastra a veces. Y luego es, por naturaleza, superficial; espejo siempre, lámina. Cuando llega en el instante naciente, se abre en lo más oscuro del ser humano algo previo a la esperanza, algo que, si durara, haría innecesaria la esperanza toda; algo que desofendería a las entrañas, humilladas por sólo alentar en su encierro; algo que abriría todas las cárceles del sentir, las prisiones donde el amor, por definición, gime. Y el entendimiento dejaría caer esa su pretensión que es su condena –como lo es toda sostenida pretensión– a ir más allá de la luz que se le da, a penetrar allí donde ella deja intacto y visible, eso sí, visible, lo

impenetrable; a emprender el viaje que le llevaría a ir más allá de la luz recibida, a filosofar, aunque a la filosofía renuncie –y todavía más cuando renuncia–.

Solamente cuando se acalla toda palabra, cuando se olvida todo sentir, en ese instante de la luz naciente, sólo entonces, si se pudiera, lo impenetrable del ser ante la luz cesa, un solo instante, sin ser de sólito, por desventura, notado.

X. La balanza de la aurora

El equilibrio, un solo punto de recogida claridad lo establece. Privilegiadamente se aparece; pues que la percepción movida por el anhelo de más luz lo deja de lado, sin que por ello caiga siempre en el abismo de lo percibido en absoluto. No se mueve ni se está quieto. Pura aparición que opera el equilibrio entre la inmensidad de la noche y la limitación del día; entre la inmensidad que cierra y la limitación que abre; entre el cielo oscuro y sin apertura y algo que, al fin, viniendo del cielo inmenso, lo abre por su limitación misma. Y así, es la impronta de la Tierra y del cielo también, del día siempre limitado y redondo. Mientras dura el día, el cielo mismo muestra su redondez, se aviene a ser círculo, dejando en ciertas horas en las que declina especialmente un espacio entre cielo y tierra, que no pertenece propiamente a ninguno de los dos protagonistas. Una Tierra intermediaria, se diría, que atrae poderosamente, tan tenue, tan pálida, tímida y remota. Una tierra preciosa que no tiene por propiedad la extensión.

XI. El vacío. Las sombras

Hay auroras que no deshacen el vacío, un cierto vacío que lame hasta al mismo sol cuando nace, y que puede llegar a aislarlo convirtiéndolo en su propia imagen, de la que el sol viviente ha de escapar, por rara y pura que sea su belleza, la belleza del sol, del puro sol, detenidos sus rayos por el vacío donde se anegan o se borran. El sol a solas, puro y quieto, como toda imagen de perfección, flota en el vacío, que hace el oficio de la nada. Se anonadan en ella los rayos de vida, de la vida, que aparece siempre en su imperfección. Milagro de la vida a costa de ese ser: de la forma no lograda, del impuro derramarse, y ese grano de fuego y sombra irreductibles, desde donde amenaza la fecundación: el animal invisible, signo de la victoria de la vida. De la vida que prosigue ciegamente dando seres que piden ver, llegando algunos a crear su propia luz, sin quemarse en ella y sin quemar, indicios de una apetencia de luminosidad sin sombra, de luminosidad que oculta el cuerpo que la da, ofuscando con esa su luz fosforescente, especie de irrupción en el universo, donde la luz aparece visiblemente viniendo del foco solar ante todo, y de su espejo, de las centellas que se encienden con su propia luz o que la reciben, quizá, de otros soles, todos ellos cuerpos celestes.

Establecido está, como primaria ley, que la luz viene de lo alto, sentido así como cielo y pensado también teológicamente. Toda teología se sustenta en la mirada hacia el cielo –un cielo más o menos implacable–, o sintiéndolo cielo vaga y aun confusamente. Y así, el sentir de la luz que de los cuerpos celestes procede, según ley establecida, depende de lo que se crea, se tema o se espere de estos cielos. Y el sol será más poderoso en las teologías correspondientes, y la luna más pálida y errante. Venus, el lucero, llegará hasta ser símbolo de la rebelión luciferina y de su condenación, pues que arde por sí mismo sin someterse al sol, cuyo fuego y luz no han podido

apagarle ni alterar sus ciclos; señales, a su vez, de movimientos procedentes de un orden más complejo; señales de un tiempo múltiple no lineal y perfectamente sucesivo, como son los ciclos marcados por él y por la luna, tan sólo cortados por los eclipses, que tan temprano el hombre alcanzó a predecir, cosa que dice de la atención polarizada hacia la luz celeste. La sombra aparecida en los cielos hubo de ser el primer y primordial fenómeno que despertó el ansia de conocimiento en el habitante de este planeta sombrío, que absorbe la luz solar y que sólo en modo imprevisible, y por ello tan «natural», la devuelve: en los colores, en las manchas de sol y la sombra de plantas y animales; sólo el hombre es como una columna que, ya en su forma, aspira a la regularidad de un cuerpo geométrico. Y en su figura, a la soledad. El habitante de este planeta disidente, aspirante a salirse de sus leyes, a ir en busca de su propia ley. Rey o semidiós, o ser deificado. Su sombra entonces es el endiosamiento que recibe ley y luz de un foco no para todos visible, desde más allá de los astros visibles, aunque ellos sean su vehículo, con una intimidad que sólo algunos hombres gozan y padecen, ejercitan: profetas, reyes, legisladores, dependientes de un cielo que sólo a ellos se muestra, del que dan fe por su presencia y por su palabra. Y la palabra, entonces, en su aurora, es revelación, profecía y ley, no sólo canto; ese canto que todas las criaturas sumidas en la sombra entonan cuando se sienten, aunque no se vean, tocadas, tan sólo tocadas, por la luz celeste que se hace oír en ellas sin sacarlas de la sombra, enraizadas en su propio légamo, en donde los pies de la Aurora libremente se recrean.

XII. La germinación silenciosa de la aurora

Más aún que por la espesura de las tinieblas, el alba es anunciada por un específico silencio, por un silencio revelador que la inquietud del que aguarda o espera siente como inminencia, «ya llega, ya está llegando». Y el condenado a morir, no a muerte, lo sentirá en forma intrascriptible, aun si el seguir viviendo le es dado.

Y si nada se espera, ni se teme, aparece entonces la revelación de ese silencio por sí mismo, sin promesa alguna. La promesa, tantas veces, vela la presencia real, la revelación viviente. El *nec spe nec metu* estoico alcanza así su sentido. Libre de ellos, el ánimo deja al alma a su vagar, a su originaria receptividad. Y en este momento del germinar silencioso de la aurora, si se está libre de las dos, al parecer, contrarias afecciones del temor y de la esperanza, se escucha el silencio incomparable, indecible, el silencio más allá de toda definición, de todo concepto. Es el silencio de la concepción de la luz, aunque sepamos, gracias a la indiscreta ciencia, que así no sucede, que esa luz está ya ahí y que sólo es necesario que la tierra, y no el sol, su fuente, gire levemente para que aparezca.

Mas si no se espera y si no se teme, la ciencia tranquilizadora, aplanadora, pierde su poder, se esfuma. Y así, el silencio de la concepción de la luz, que hace de ella luz viviente, y no sólo ofrecida a la percepción, se hace sentir, se extiende sin límites, mansamente, como óleo de vida, como si la vida naciera en ella, la indefinible vida en la luz. La inasible vida que es ella misma luz, una con ella.

Llega el alba la primera, apenas claridad que borra, antes que deshace, las tinieblas, silenciosa aún. La hora de la libertad, el interregno donde todo es posible; todo es el amor que obedece sin sentirlo, el reino entre los dos reinos de la luz y de la oscuridad. El reino que no lo es porque no hay más

imperativo que el del amor que no se sabe, el bienaventurado amor aún sin sombra. Amanece.

XIII. La palabra perdida

Perdida, o nunca habida, esa palabra que se formaría en el hombre y al par en la creación, en medio de la que se ha venido a encontrar, ¿su lugar natural o su lugar propio acaso, el de su propiedad? Perdida entonces la palabra por la propiedad. Mas, ¿cómo ha podido apropiarse de palabra y de lugar –tan sólo el tiempo se le escapa– si no le era propio? ¿Desde el principio está el poder, o sólo desde el comienzo, desde el origen de lo que vemos, de este universo visible y habitable como incierta posibilidad? El Poder originario, el original que engendra multiplicándose. Y para ello ha de apoderarse de todo. Sólo el tiempo le escapa. Se escapa y se le revuelve llevándole, al poderoso, no hacia el inacabable futuro, sino a su muerte.

Y así, el día que se yergue, llamando a erguirse, impone su propia apropiación; la apropiación de su unidad prometida a lo intangible, a lo inesperado, al orden suyo, el nacido entre cielo y tierra en conjunción. En esas nupcias que, antes de todo, debieron de tener lugar, cuando el cielo abrazaba a la tierra dejándole dar a luz su entraña, cuando la regaba de luminosa semilla, en vez de hundir su luz vulnerable en las tinieblas, dejando a la luz sepultada, aprisionada, según nos cuentan venerables relatos mitológicos, ciertamente, mas que se avienen a lo que vemos padeciéndolo. El cielo llamado Urano tuvo que ser desentrañado por Cronos, según Hesíodo. Mientras que el padre bíblico tuvo que dar a su hijo en sacrificio «para su propia satisfacción». Y sólo dándolo, sin contemplarse en él ya completado, sería nuestro. Mas nuestro no habría tampoco de ser. Ser él tan sólo el Verbo que había de nacer, que asoma en cada aurora, yéndose hacia arriba, en visible ascensión en el azul palidísimo que se va sin ser apenas de nadie contemplado.

La palabra, criatura viviente desde el principio, nacida y

danza en corro, no puede detenerse, perdería su vida convertida en cosa, anticipando el objeto que, devorada y borrada por la historia, ha llegado a ser para todos disponible, utilizable, la sumisa y sin aliento, la que se cae, apesadumbrada, en la falda de la inercia. Ha huido de ella el núcleo, el nudo que ha de tener figura de cruz por nadie vista.

La palabra sola, a solas ya, roto el círculo, manifiesta y oculta en una órbita sacra que responde a las órbitas de los astros que rigen y sostienen, como palabras ellos también, el firmamento visible desde más allá; desde allí donde los cuatro elementos no tienen razón de ser, en la indiferencia de la pura luz, donde no hay muerte al no haber elementos; allí la raíz de la palabra, que sólo se nos da pasando por los elementos, formándose en ellos, arriesgando su ser primero, perdiéndose para llegar a ser esta palabra que ya conocemos, pero que era ya palabra humana, o encaminada a serlo. El viacrucis de la palabra que desciende y se corporeiza. Y a medida que se corporeiza se hace dependiente.

Pues que todo lo corpóreo es dependiente hasta llegar a ser inevitablemente mortal. Divina en su principio, la palabra, cuando va atravesando los círculos donde la luz se origina en un cuerpo, en su fuego, cuando la luz se forma en el fuego, y, para que no suceda así, es luz refleja, anuncio de la humana reflexión, espejo que sólo aquí proporciona una materia que se ha quemado sin consumirse del todo, dejándose disponible, en la que el fuego ha hecho su camino inversamente, cuando el fuego, llegado a su máxima fuerza, se desdice, como animal dichosamente aplacado.

Y así, cuando en el cielo del amanecer ninguna traza de fuego aparece, se siente entonces que la sombra viene del fuego, es por causa del fuego y no de la luz. Un instante en que no rige la muerte. «Aminadab tampoco parecía.»

XIV. El rocío

Que se pierda el rocío parece imposible. En realidad, lo que nos parece imposible, si se detiene un momento la reflexión, es que lo haya. ¿De dónde viene, y por qué aparece en las frescas mañanas de algunos huertos, no de todos, sobre las hojas de plantas semiescondidas, en rincones que las sostienen a toda llegada de los elementos? Agua y fuego son los elementos que hacen nacer la planta, casi sin tierra en algunas; la orquídea que nace en el aire, sin tierra, pero no sin rocío, ya que nace a su gusto en los bosques, más que en los invernaderos, de raíces que quisieran ser pájaros ahorrándose el esfuerzo de volar. Y hay pájaros que hacen sus nidos en el aire, a grande altura, invisible a la mirada de los hombres. ¿Y el rocío, tú, rocío, quién o qué eres? Vienes, tristemente sería, como una lluvia triste y supletoria que las plantas de la tierra, y quizá algunas piedras, necesitan, y hasta ciertas arquitecturas enraizadas en ellas, y aun en las cuevas cerradas, donde la seta venenosa con tanta frecuencia se cría; o bien eres un don, tú, rocío, una gracia que no a todos los que lo necesitarían se les da. Mas siendo lo que seas, eres la menuda lluvia de la aurora, y aportas contigo algo impar, que, sólo en determinado momento, y en determinados lugares, se da, y aun en ciertas estaciones del año. El agua en la noche de San Juan ha de ser consumida en el instante antes de que salga el sol, al alba, por la muchacha virgen que siente su impar condición, amenazada en virtud de su solo poder: el rostro lavado, en la mañana de San Juan, de una muchacha, ha de ser de una singular hermosura, aunque ella de por sí no la posea, ha de tener una singular pureza, digna de aquello que se canta: «la mañana de San Juan cuando el día alboreaba, / bajó la Virgen María al pie de una fuente clara». El poder de calmar los vientos, la mañana de San Juan, del conde Arnaldos, en virtud de una canción que él declara que no dice sino «a quien conmigo va». La mañana

de San Juan se nos aparece así como un lugar señalado por un alborear, en virtud del rocío, o de algo, emanado de la Aurora, que da una canción que no se puede enseñar, sino seguirla sin más.

Pero al rocío le están dedicados también espacios abiertos, vacíos, como la inmensa plaza que lleva su nombre en Lisboa, tan cerca del mar. ¿Lo necesitará también el río, cuando turbulento se adentra y se trasmuta en mar? ¿Será el rocío una lluvia especial de la Aurora, indispensable para la trasmutación? Lugar de trasmutación parece también la ermita y la peregrinación toda de la Virgen del Rocío (en la desembocadura del Guadalquivir). En cambio, las columnas de Hércules, que separaron a la península ibérica del continente africano, están señaladas por la adoración de Hércules, que, con fatigas y esfuerzos, sin asomo de trasformación, obedecía el escueto mandato de Hera, la mujer del padre de todos, Zeus, quizá marido por el deseo de tener un imperio propio, y tener así su gloria; Hércules, la gloria de Hera.

En algunos libros que declaran las operaciones de la alquimia –el arte de trasmutar lo más oscuro de las materias de la tierra en el naciente oro, salido de ellas– aparece la recogida del rocío: hombre y mujer –lo que en la alquimia siempre sucede, pues el alquimista, siempre monógamo, nunca es traicionado por esa su mujer– despliegan lienzos purísimos en lugares señalados para recoger el rocío indispensable para la obra. Y el filósofo tan auroral, tan hijo de la Aurora, Nietzsche, declaró que la filosofía es trasformación. No podríamos identificar la trasformación con la trasmutación, ya que esta última conlleva un cambio de sustancia, y la trasformación, más bien, de esencia, de la cualidad y su relación, de función diríamos. Mas, lo que sucede en el filósofo Nietzsche es que, si no hay trasmutación, no es porque él se detenga a su borde, sino porque no siendo sustancialista, trasmutación, propiamente, no puede haber en su pensamiento, embebido, no ya en las esencias, sino en la quintaesencia del filosofar. Lo cual conduce a una superación, un ir más allá de toda moral, y aun de toda concepción antropomórfica.

¿Vendrá acaso el rocío de un lugar de vida más allá del sol,

el astro rey, fuente única de vida y calor? ¿O hubo en algún tiempo otros soles, no este único sol, que dejaron en su huida, o en su extinción, algo que todavía genera y se derrama del hueco de su ser? Como una grieta en este cosmos que se abre y deja pasar un agua vivificante y tal vez un rayo, por mínimo que sea, de una luz más activa, venidos agua y rayo de más allá del astro sol. O bien de más lejos todavía, de un lugar impensable, por no pertenecer a este pequeño cosmos que en su inmensidad nos alberga. Pues que siendo, al parecer, tan cerrado este cosmos, tiene sus grietas, poros abiertos, aunque no conozcamos las leyes que los rigen. Poros abiertos en distintas direcciones, hacia distintos reinos del Universo, algunos sin materia y sin luz, otros, diversamente, con más vivificante luz y más operantes elementos, tal el agua. Como si hubiera otros astros, otros reinos, otros lugares, más cerca de lo que la teología ha definido como el ser del cuerpo glorioso: inteligencia, claridad, impasibilidad y sutileza. El rocío podría ser así unas gotas derramadas de esa gloria, al filo del amanecer, en esta tierra.

Tercera parte

I. Una progresión: Fuego – Palabra – Llama

Habría de estar el *Fiat Lux* en la palabra. Mas, si de palabra humana se trata, de la palabra inmediata, habrá de suceder inversamente. Suceder, pues que de un suceso sólo puede tratarse. En lo que se ha dejado al ser humano, el ser es suceso, acontecer. El ser, y no solamente la vida. Quizá la Vida, que se nos aparece como el suceder entre todos, como puro suceso, sea, más bien, a modo de lugar donde el ser humano sucede. Un lugar, un modo, una modalidad, dentro de la cual el ser, y todo lo que como ser suyo, propio, se le aparece, está sucediendo, sucediéndonos y sucediéndose. De ahí que el morir sea también, y quizá ante todo, suceso en que el ser emigra para seguir sucediéndose, cuando ya en la vida ésta, en este lugar, encuentra ese límite, que es el no poder ya más.

Cierto es que, considerada así, la muerte y el obligado morir, como sea, es una derrota. Se muere, en verdad, de no poder ya más vivir. Y si es por acabamiento del ser, que ya se ha sucedido hasta el límite inviolable, se muere del todo y para siempre. El límite del ser es inviolable, mientras que la vida dice, aunque se la vea constantemente acabar, de ilimitación, por extensa y por inacabada.

En el no poder ya más seguir viviendo puede actuar el desgaste del ser corporal. Un cuerpo no inmortal, un cuerpo no «glorioso». La teología católica recogió en unidad de piedra preciosa las virtudes dianoéticas y la virtud genérica, presupuesto de la vida filosófica –que eso era el filosofar: un vivir al modo del ser de la inteligencia–, la impasibilidad, pues, inmediata consecuencia, se nos figura, de la impavidez conservada del sabio (que algo heredó el filósofo del sabio por él abolido); a las que se unen «inteligencia, claridad y sutileza». Es decir, condiciones todas de un vivir intelectual traspasadas al cuerpo. Y el cuerpo así trasformado, o más bien cumplido, en su ser verdadero al fin, resucita, se encuentra en

el País de los Vivientes. En él, ser y vida se han unido sin distinción. La Vida no es ya un lugar donde el ser sucede y se sucede. Y el límite inviolable del ser se revela entonces como límite inviolable en el cuerpo, dentro del cuerpo, envoltura provisoria, ensayo, esbozo, don siempre, apertura y acto ya de la posibilidad de traspasar este tiempo y este lugar.

¿Será el cuerpo glorioso, él mismo, una palabra, la palabra perdida que al fin se enciende?

La inteligencia usada, y en seguida utilizada en virtud de la extensión, asimilándose creciente y desdichadamente a ella, es lo opuesto de la unión. La «Vía unitiva» ha de recogerla primeramente, antes de que un solo paso se dé por ella, antes de que se abra mínimamente la inteligencia asimilada a la extensión, a la razón alicaída, que, a modo de sierpe, se arrastra y arrastra. ¿Por qué no ha de ser ella y no el *eros,* en verdad, la sierpe maléfica del paraíso?

Si el primer hombre hubiera conservado impávidamente la inteligencia, si la hubiera abrazado, quizá ya Eva no habría tenido que nacer. Y si nacida ya, al abrazar a la inteligencia, habría abrazado también a Eva, entrañándose con ella. Y al perder impavidez, Eva se hizo otra, «lo otro» persistente, la inteligencia se le hizo ajena, fuera de él; se hizo pasivo. Sólo con el entendimiento pasivo, en estado de recibir, y en tanto que la inteligencia poética –*Nous poetikós*– no llegara, permaneció privado del total entendimiento, inválido, sujeto al trabajo. Y aun antes, de la muerte, que esto sí se entiende bien.

Se enajenó, pues, el primer hombre, el padre de éste que conocemos y hemos venido a ser inexorablemente. Se perdió la palabra; él mismo como palabra divino-humana a la que faltó, la palabra misma que él era. Y así quedó bajo ella, separado de sí, enajenado; y fue su única ventura el buscarla, y más aún, allá en lo hondo de su pasividad, al echarla de menos y al padecer por su falta, y al llorarla cuando cree estar llorando otra cosa. Todo llanto es por algo perdido entonces, inicialmente, pues que el que se nos pierda todo procede de ahí, de lo que se ha llamado pérdida de la inocencia. De la inocencia, que era virtud y poder, que, al irse, dejó a la inocencia desvalida. Y será la palabra, la palabra siempre, en

tantas de sus múltiples delegaciones y embajadas, quien habrá de acudir a sostener la inocencia desvalida, la doncella ante la cual el enigmático Unicornio, irresistiblemente atraído, se arrodilla.

Todo ha nacido alguna vez, aun remotamente. Alienta bajo la muerte en el lugar de la vida. La vida, que se nos aparece así como un resto, como algo sustraído al triunfo de la muerte. Como un *eppur si muove,* réplica, endiosada a veces, que muestra su imperecedero triunfo en lo mortal. Pues que sólo la muerte habría de reinar. Y así, ella, la Muerte, como Reina inapelable, se aparece inescrutable. Decreto inescrutable de Zeus, decreto, justicia, y no nacida como el ser viviente.

La aurora de la palabra es aurora incesante que asiste al que ha velado en la noche, al que ha velado la noche misma. Deidad primera la Noche, el Erebo de los órficos; y de los órficos también el «Huevo del mundo». ¿Por qué no conjugarlos? En la noche y sobre el Erebo, navegando, el Huevo del mundo que se divide y multiplica en una generación indefinida. Y en su más recóndito ser, el germen de vida y ser, el fuego; el fuego se hace llama, la palabra. La palabra que, al proliferar, alude a la unidad; que, cuando opaca a la trasparencia –que sugiere lo contrario de su ser mismo, la palabra que se niega al afirmarse, y que se pierde si alguien la apresa absolutamente–, suplanta a la palabra verdadera, ésa que es prometida, aquella que se enciende en su propio germen, la que se adentra y consume. *Fiat Lux.*

II. La palabra y los dioses: la germinación de la aurora

Hubo un tiempo en que las palabras eran como dioses. Formas, no de algo sino de ellas mismas, herméticas, pues; irradiantes por desbordar de esas sus formas que, al pronto, se nos presentan tan sólo como tal. El contenido de un concepto no es para nada a ellas aplicable, formas sin contenido lógico, pues; si los conceptos pudieran dar cuenta, aun elevados a ideas, del orden de la vida y de la realidad del mundo, dioses no habría habido nunca, y lo divino, caso de haberse presentado en este planeta, hubiese pasado imperceptiblemente; ellos, los dioses, están por encima del contenido de cualquier concepto, la forma en ellos es sagrada, inviolable, enigmática, polivalente; y de esos contenidos no se asciende a la idea; las contradicciones implícitas y manifiestas en ciertos dioses, a veces con una sorprendente falta de pudor –de nuestro humano pudor–, no se resuelven en ideas que den paso al principio de identificación, pues cuando se aparece esta identificación no lo hace reduciendo las contradicciones, que persisten, y a veces a causa de la identificación se avivan y hasta claman.

Mientras lo sagrado está adscrito a un lugar, los dioses son gestos fijados de la vida del ser, intangibles, inexorables, pues, y no rescatables en sus contradicciones por la Idea. Formas reveladas de la vida del ser, indisolubles, aunque no sean entendidos por el pensar coetáneo, y que un lenguaje jeroglífico podría ser su máxima racionalización.

Mas llega la palabra. ¿Estaba acaso ella ahí, quizá, antes, desde un principio, de todas estas formas sacras? No serían entonces las palabras como dioses, a pesar de que en algunas de la primera generación de las palabras resplandezca y actúe aún el contenido sacro e inasible por concepto alguno, mas como yendo en procesión a darse en palabra, en formas cada vez más claras, más trasparentes y más dóciles, bajo el imperio

de la palabra de algunos dioses que estuviesen como esperándolas, de algunos árboles oraculares o rocas y fuentes y ríos, lugares simplemente naturales; y animales de sacrificio, como si la palabra le hubiera sido dada al hombre y no nacida con él. ¿Será, pues, el sacrificio un origen específico para el nacimiento de la palabra? Y podría ser así, si es que la palabra es nacida, y no se trata de una adquisición, de una propiedad lograda por el hombre, de un robo quizá. Y si de sacrificio se tratase, lo habría de ser un sacrificio divino habido ya desde un principio, que, aun en el olvido, sigue actuando. O bien, tal vez, sea un nacimiento divino, que, aun comportando sacrificio, lo sobrepasa, y hasta tal punto que hace sentir y aun enseñar que en algún lugar, en algún mundo perdido ya, o no habido todavía, este nacimiento divino no conlleve sacrificio alguno; que sea un puro don, una sustancia quizá. ¿Por qué no ha de tener la palabra sustancia alguna? Y es más, ¿por qué no ha de ser ella misma sustancia, entre todas, la sustancia primera en nacer y la última para los mortales a ganar?

La Aurora no llegaría si la noche solamente la anunciara, o solamente ella, su noche, despertase el anhelo de la manifestación de la luz. Pues que, en una primera consideración, la noche, sin más, no existe; la noche lo es siempre de algo; que solamente la oscuridad no hace noche; y tratándose de la luz, la noche sola, sorda y muda, sin el latido, por pálido y remoto que se haga sentir, de la germinación de la luz, es decir, de la Vida, no sería sino seca y sórdida privación, jamás creadora; más bien se haría sentir como salida, o escapada, o dejada aparte de la Creación, como un olvido.

La noche, en una de sus formas de plenitud, es la noche del sentido, cuando el sentido del que está al filo de la muerte, o sobre la muerte como un mar único sostenido, se produce; la salvadora noche del sentido, por desolada que sea. Porque entonces se siente, aunque sea pálidamente, que la germinación de lo que la ceguera y la mudez que la oscuridad sin más traería, no es solamente anuncio sino comienzo y razón al par. Se dan, por este latido, en un acto único, sentir y razón; es decir, vida en plenitud, sin sombra todavía de muerte, de esa muerte que parecía ser la noche a solas, en su

soledad y su mudez, en su incomunicación; que la soledad y la negrura exista sólo en tanto que incomunicación.

Una tal incomunicación, que lo es de los espacios, recorridos o no, de los posibles espacios y de los tiempos vividos, pasado, presente, porvenir. Una imposibilidad, una falta de lugar para que albergue la vida de este que nace, que tal se nos da a ver en tantas apariciones de genios humanos y en el nacimiento, entre todos, divino. En este nacimiento parece faltar el lugar, la humana asistencia, hasta el calor solar en la noche, sin más abrigo y aliento que el de los animales, por cierto no destinados a la procreación y faltando el padre: sólo una muchacha, que en la tradición islámica da a luz bajo una palmera, habitada, eso sí, de ángeles santos. «Pues andáis en las palmas, / Ángeles santos, / Que se duerme mi Niño, / Tened los ramos, / Palmas de Belén, / Que mueven, airados, / Los furiosos vientos / Que suenan tanto, / No le hagáis ruido, / Corred más paso / Que se duerme mi Niño, / Tened los ramos», canta un tanto sorprendentemente –¿conocía el *Corán?*– Lope de Vega.

Y así, la palabra, en el negror de la noche, hace sentir, no sin cierta cautela, su germinación; ya que ella también ha de saber y tener, como todo lo verdaderamente nacido, el grande riesgo que amenaza a todo lo que nace en verdad, aunque no sea por ello enteramente divino. Mas, cuando lo es, divino, cuánto temor, cuánto temblor en ese balbuceo, no ya de algunos seres del reino animal, sino del vegetal mismo; y cuánta exasperación en el entrechocar de ciertas piedras que ruedan y ruedan, sin levantar tan siquiera una imagen de la aurora, en la polvareda que hace entreabrir los ojos y los cierra al par, en ese pestañear, que es el primer signo –en los humanos, al menos, y en algunos seres del reino animal– de la percepción de la luz.

Porque en la noche del sentido germina la aurora de la palabra. Y así, cuando las palabras que han germinado durante la noche del sentido aparecen, son ellas mismas la sustanciación posible, en este lugar, de la diosa Aurora, de lo divino que aparece y se cela en la Aurora; la manifestación de la palabra misma, de ella, que no es lenguaje, aunque lo

sustente y le dé vida. La palabra que da vida por la luz.

III. La palabra indecible. La palabra que se pierde

«¿Y a quién diré ya ahora, en este ahora tan deshabitado de ti, estas palabras tan sólo a ti destinadas, aunque ningún secreto revelen, aunque de ningún enigma sean la cifra?», se dice el que se ha quedado y sigue aquí todavía. Y al decírselas, las dice ya abiertamente. Y abiertas quedan en un espacio donde lo disponible revolotea. *«Quali colombe dal disio chiamate / con l'ali alzate e ferme al dolce nido / vegnon per l'aere, dal voler portate»,* van las palabras a quienes sólo se ofrece ya extensión. Palabras del deseo irreprimible, castigadas por ello quizá a nunca encontrar el nido. Pues que nada tienen que revelar a nadie, ni tan siquiera a aquel a quien únicamente van dirigidas. Palabras del nido, que en él, dentro de él, hallan vida. El nido donde el deseo inocente se recoge, el nido preexistente, y del que es infierno la cueva o la madriguera que miran por la defensa, o, al menos, una ocultación a la defensiva. El nido en alto, entre cielo y tierra, más que emboscado, alojado entre ramas de las que hacen nido como límite de su «lugar natural». Imagen real de una naturaleza apacible y rescatada, donde toda diversidad halla su hueco, ya que el hueco del mundo es lo que le hace habitable. Nido entero del mundo. Y la palabra que revolotea sin nido podría encontrar en el mundo, si el mundo nido alcanzase a ser, hasta a su destinatario mismo, que estaría allá en su nido inalcanzable. Si la naturaleza fuese de veras el lugar donde, recogida o en vuelo, anda la libertad; si la intimidad no se perdiera en la extensión. Si la palabra, entonces, no tuviera que consumir la extensión o encenderse en ella para no perder su dentro, el lugar propio de la palabra.

IV. De los números y los elementos

1

¿Existe, por acaso, una revelación numeral anterior a la manifestación de la palabra? De ser así, pues, no sería en un principio el verbo, sino tan sólo en un comienzo. Ha de ser, como lo atestiguan las lenguas sagradas, que en un principio se dieran número y palabra, que los tres *logos* –el lógico, el matemático, el *spermatikós*– fuesen como ramas nacientes de una sola e inescrutable, para el humano entendimiento, raíz. Se trata, pues, de una relación, que ha de ser aceptada, no como dogma ni como fundamento lógico de una arquitectura del pensar, aunque resulte serlo a veces; aceptada y cultivada, pues, no por sus aplicaciones y usos que prestan legitimidad al titubeo congénito del humano pensar, ni tampoco como alas para la fantasía que ansía tanto soltarse de las cadenas de todo *logos,* constituirse afuera de su órbita, como lunas desorbitadas. Tal aceptación no será la debida sino aquella que dé vida: por tanto, menos aún los mortales conocimientos de algunas de las llamadas ciencias exactas y naturales (o al menos algunos de sus victoriosos logros) podrán albergar esa revelación dejándola al par en su inconcebible fecundidad.

Las lenguas sagradas, y todas las palabras operantes –aunque se den en fragmentos o incluso en frases autónomas sin conexión aparente– de algún lenguaje sagrado, diluido, tal vez, como una sal en la inconsciencia del genio creador, son al par, indisolublemente, número y palabra; silencio y sonido, decir y callar, tiempo y aun luz. Una palabra increada, por el humano hacer, perteneciente no a las *pragmata* sino a las *onta;* no a las cosas del hacer sino a las del ser.

Una palabra que tiene cuerpo, una singular geometría del ser. Y así, paralelamente a la palabra que es forma de ser, aparecen los sueños, ciertos sueños, que son fantasmas del ser,

que necesariamente no han de tener el privilegio de llegar a la palabra, por no ser exclusivos de ese singular ser humano, tales los sueños de ciertos animales –como aquellos que descubrimos en los domésticos, aunque no han de ser exclusivos tampoco de los que nuestro trato abarca–, que ansían la palabra, como atestiguan ciertas miradas, gritos, gemidos y aun balbuceos de ciertos animales que se duelen de no tener palabra.

Mas en el ser humano, uno de los elegidos por la palabra, ella abre la herida más aguda y de bordes siempre abiertos, aun anhelantes, se diría, de mantenerse siendo viva herida, viviente, hasta en algunos llegar a consumir todo su ser. Una herida devoradora, una palabra nunca hallada, mas nunca acallada, nunca dormida; que aun en sueños, entre esos sueños fantasmas del ser, se abre más, se enciende, llama que devora y puede crear, a su vez, algo no visto ni oído hasta entonces, eso que se llama una obra que vivirá siempre, mientras el cuerpo que la sustentó cae en cenizas sin nombre siquiera, sin nombre.

2

Es revelación aquello que aparece como palabra aislada o número sin descifrar, la cifra que se impone inolvidable. Esa palabra, aun aislada, abre la capacidad, tantas veces adormida, de expresar, de expresión; da valor y sostiene al sujeto, a quien, al par, acompaña y atormenta; danza. Es la danza operante que unifica el ser y el sentir, que junta y separa, y así purifica. Hasta el aire se trasmuta, pues que hay una nueva vibración que le libra de ese su asentimiento, de esa especie de traición a que el hombre obliga a los elementos. Pues que el ser humano, en su temblor congénito, encuentra más fácil y disponible tratar al elemento con la finalidad de ser sostenido por él; en lugar de ansiar sostenerse él en el aire, encuentra más fácil que el aire lo obedezca a él, contrariándolo en su ser, mutilándolo, abreviándolo, resumiéndolo, cuando no encajonándolo, como en algunos de sus palacios y viviendas, en aquellos fabricados para que simplemente, implacablemente, el aire haga posible la vida del miserable

que ni puede respirar, y en aquellas arquitecturas tan indiscretas, que, en ellas, la propia arquitectura se da a ver, porque se representa a sí misma y a la sociedad. Pura representación donde el aire no puede transitar porque toda la estructura, desde la mínima rendija hasta la galería o la *loggia,* son representación.

Aun existiendo, los más altos y puros miradores son inasequibles, y las torres no reinan sobre un cuerpo de visión, lo ocultan. El principio de la representación se impone sobre la gracia natural, aquella que se da cuando el lugar y su función coinciden, siendo entonces órganos de ser, vivientes. Lo que el ser humano crea así, entra a formar parte de la creación, es decir, es la obra, se dé donde se dé, de ese *logos* llamado *spermatikós.*

Y es lo que únicamente debería de llamarse obra, digna entonces de ser anónima, como en efecto ha podido suceder. ¿Quién es Orfeo, quién Homero, quién Shakespeare, y quién Cervantes, aunque algunos crean saber tantísimo de él, justamente los mismos que ni le hubieran dirigido la sombra de una mirada en vida? ¿Y quiénes, como el profeta Elías, son aquellos, tantos, que fueron arrebatados a los cielos por el fuego? Ese elemento profético en el *logos,* bajo el aspecto del *logos spermatikós,* las llamadas razones seminales entre los latinos. Todos los elementos se trasmutan entre sí. Si así no fuese, ¿cómo podrían ser semilla del *logos, logos* en semilla, semillas que en el acto creador, si lo hubo, fueron arrojadas para que la creación no sólo se sostuviera sino que no tuviese fin? Para que el acto único, el motor inmóvil, *gnosis gnoeseos,* tuviera su alimento, sus criaturas, que siguen naciendo ¿en cuántos mundos? En éste tenemos su Aurora, hija directa del fuego primero del *logos spermatikós,* y por ello hermana y amante a un tiempo, aun madre, del fuego no siempre visible, aliento de vida. La Aurora trágica es, por obediencia a su ser y a su función, incestuosa. Por eso, tan diferente, diversa y aun contradictoria, tan perdida, es ella, ella misma, la Aurora, una única, inconfundible. Ella, ella la aurora, misteriosa conjunción de los cuatro elementos que conocemos y de algún otro más, lo cual le otorga uno de los más altos grados de entre las

divinidades del cosmos. Mediadora, pues, salvadora de los *mathematikós* en la palabra, la hermana de ese logos, que, salvándolo, se salva a sí misma.

V. La mirada y el decir

¿Pertenecerá a la vida, a todo ser viviente, el decir, el estar diciendo como se pueda? Y decir, según se entiende, es decir algo, y decírselo a alguien. Lo que implicaría que a este planeta, donde crece la vida, aquello que le señala, como diferencia esencial, es el ser donde todo tiende a decir y a decirse. Ortega y Gasset, en una de sus páginas más vibrantes por cierto, señala la expresión como fenómeno cósmico. Mas el decir no es exactamente lo mismo que el expresar. El decir aspira, tiende y se encamina al *logos,* a la palabra, aunque nunca la alcanzase (siempre que tal cosa nos atreviésemos a suponer), mientras que el expresar que enuncia Ortega, que no es por ello negado, tiende a la danza, al ejercicio, a la acción; sobre todo, a la acción, lo que en el pensamiento de Ortega queda perfectamente explicitado cuando enuncia, al modo de un principio –tal como puede serlo en quien ha hecho la crítica del «principialismo» de Leibniz –, el que todo lo que se hace, se hace por algo y para algo. La expresión, pues, que tan poéticamente enuncia Ortega sería también por algo y para algo, es decir, acción.

El decir que advertimos en todo ser viviente, como apetencia, y aun desesperado anhelo, presupone no una acción, ni menos aún un algo, sino un alguien; un alguien que escuche cuando todavía no se sabe tan siquiera qué es lo que va a decirse; cuando, llegado el momento de ser escuchado, ni entonces se sabe qué es lo que quiere decirse. Entonces la mirada o el silencio pueden ser más elocuentes que la misma palabra que dice, y no siempre porque la palabra no exista, porque se trate de algo inefable, ni porque sea nefasta. Sucede con la verdad, casi siempre, que no se puede decir, por ser inefable o por ser nefasta.

La mirada supone también el enamorarse, la mirada puede fijarse y hasta ser absorbida por entero por quedarse ella

enamorada, como la memoria. Y por ello pueden salvar (memoria quiere decir también olvido), saltando sobre la finalidad; quedarse prendida la mirada, y, a su vez, apresar sería un expresar, un decir ya, un decir que no puede decirse más que así, una llamada a un despertar, una apetencia o exigencia de revelación: «Descubre tu presencia, / y máteme tu vista y hermosura; / mira que la dolencia / de amor, que no se cura / sino con la presencia y la figura». Privilegiado lugar de la poesía en que llega a decir lo que no se puede decir, y que, al ser verdad, es vida; vida en el amor, tan sólo por amor. Cumplimiento, plenitud de la Aurora de la palabra.

Y así, quizá, sea esta palabra del poema sin par lo que nos declare, haciéndolo, el ansia, el aguijón, la meta, del anhelo de decir de todo ser viviente de este planeta. De este planeta, a lo menos. Anhelo del decir y del ver. Y así sucede el que se vayan abriendo los ojos que los primeros vivientes no tuvieron. ¿Acaso no se hubiera podido seguir viviendo así en este planeta, ya que a la vida puramente biológica no le es imprescindible el ver? La concepción evolucionista no nos muestra una razón suficiente de esa escala que es la evolución, y no sólo para el salto que es la palabra en el hombre, sino tampoco para el que se abran los ojos y miren y digan; que sean no solamente órganos de visión y de adaptación al medio, ¿a cuál?, sino de trasmisión y de llamada por encima de todo –por encima de todo obstáculo y distancia–. Los ojos con que miramos lo que ni siquiera sabemos si es visible, con los que rastreamos la presencia y la figura. Aurora de la palabra son los ojos que así miran.

VI. El balbuceo

¿A qué se llama balbucear? ¿Qué se entiende por balbuceo? A lo que no llega a decir nada por insuficiencia de palabra, o a lo que lo dice todo por la inmensidad del amor, del temor, de la cercanía de la presencia, aunque sea entrevista solamente, ya que la presencia total daría la palabra única, la palabra perdida o el morir. El morir sin intervención de la muerte. Y también se da el balbuceo que cierra el paso y aun el nacimiento al llanto, el que anuncia reprimiendo al llanto; es el sollozo entonces. El sollozo, el más hondo, amplio de entre los decires humanos, el que los abraza a todos en el mejor de los casos, ya que puede contenerlos sin abrazarlos siquiera, y aun por una causa que sea un turbio motivo que no llega a ser una sinrazón. En el interior más hondo del reino del sollozo y del llanto y del gemido habita tal vez el núcleo, semilla indisoluble ha de ser, de la palabra misma; reino aquel que ha sido arrasado por la palabra inteligible, por esa matemática articulación capaz de abismarse en ella misma, de ser ella misma torre, bastión, muralla, cerco también, de lo que habita en el corazón de los vivientes y en el corazón del mundo. Vista, o sentida, más que vista, así la palabra aparece como imperativa e imperante; una y múltiple, crece imperante en cualquiera de sus múltiples manifestaciones. Pero no es suficiente imperar para dar existencia, para engendrar, como no basta administrar para distribuir, para que se dé el milagro del pan y de los peces, y el de la conversión del agua en vino. Lo que viene a decir que la palabra, en el mar que se levanta en el centro del castillo de la expresión, alcance a darse a todos, a ser para todos. Grave cosa, pues, el que el pan del *logos,* que es como palabra, alimente a todos, se acrezca para todos. Y así, en el mar donde convergen todos los ríos de las lágrimas –y encubiertas bajo los cielos por tantas criaturas que ni pueden gemir ni llorar, y que, quizá, hasta de la palabra no

saben, como tampoco de los habitantes de las profundidades del mar surge el incesante oleaje, aunque no sea apenas audible, del balbucear.

Y el que la apetencia del revelarse haya de surcar por muy diversas direcciones muestra que eso, que en la palabra cumplida se llama *el qué,* no sea posible de saber si anida en algún balbuceo, y en cuál de ellos, pues que son múltiples y se superponen unos a otros, y que aun se enredan entre sí ciegamente, como si fueran larvas de palabra, sino que solamente sea posible de sentir en los fondos más últimos del *sentir originario.* El balbuceo de las criaturas no nacidas aún y de una incierta y remota posibilidad de nacer, como también el balbuceo del recién nacido, se detienen, el primero en vías de eternidad, y este último, el que inexorablemente haya nacido, se demora a la vista de ese qué presentido ya en estado de nacer dentro todavía del mismo balbucear. Ese «un no sé qué que se quedan balbuciendo». Ese «no sé qué» que queda flotando, que se desprende tanto de los gemidos más hondos como de las palabras más nítidas y trasparentes hasta de algunos teoremas y fórmulas que el no iniciado en matemáticas no puede aprehender nada de ellas, pero siente ese «no sé qué» que ellas, las fórmulas, como si fueran criaturas, se «quedan balbuciendo». Así sucede con los teoremas que iluminan la *Ética* de Spinoza, y aun con algunos modernos filósofos del reino del número: así Wittgenstein. ¿Será el balbucir la señal de ser criatura, y que la criatura no pueda constituirse sin estar, de algún modo, dándose a sentir en ese «no sé qué», aunque solamente de ese modo la sostenga? Toda criatura pudiera estar sustentada por ese «no sé qué», como si fuera su aura o su lugar natural, su atmósfera. La Aurora misma balbucea, al par que todas las criaturas, un reino de luz y color, de espacios no habidos, de tiempos poblados por no se sabe qué. Y ella se aparece abandonada, dejada, bajo una, balbucida quizá solamente, condena. Afrodita, a la que no imaginamos extendiéndose en dar justificaciones de sus designios, de sus llamadas, de sus aventuras, de su perdonar y no perdonar. Afrodita se creyó, quizá, ser más que la Aurora, y al condenarla le dio la inmensidad de un parto de la luz.

VII. El lenguaje y la palabra

1

En el orden de la creación, la palabra, toda ella, es el principio sobre todos. Así que en el lenguaje filosófico habría de ser el indiscutible *a priori* del lenguaje mismo. Y aún más, la garantía de su trascendencia, siéndolo en especial, ya que lo es, de toda trascendencia. Pero ello no puede dejar de lado todo lo que en el lenguaje hay de danza, en su máxima pureza, y de comunicación y de la utilitaria fijación, digamos, de servidor del presente inmediato, de la circunstancia inmediata. Mas, desde un punto de vista simplemente biológico, y también biográfico, el lenguaje es anterior a la palabra. La presencia de la palabra para el hombre es una revelación, mientras que el lenguaje está muy emparentado con el lenguaje animal, es decir, con lo simplemente natural. Si la palabra solamente funcionara como lenguaje dentro del lenguaje sería tan sólo la perfección de lo natural. Y esta perfección se daría tan sólo por la persecución de ese poro, germen irreductible de trascendencia, que reside en toda palabra, y en todo lo que a ella se acerca o se asemeja, hasta tal punto de que se perciba en esta persecución una venganza, ya que la palabra no se deja usar sin más, ser vaciada de su ser y de su sentido. Ella es criatura a su vez, mas una criatura tan singular que en ella pueden residir varios dioses, y, notoriamente, la diosa de la venganza. En esta estación en que vivimos, en la única que se nos da, el lenguaje no deja apenas lugar ni respiro a la palabra, quedando de la preciosa estación tan sólo algunas memorias de una perdida forma de amor, que es, por sí misma, trascendente, trasformando así, cuando aparece, en palabra cualquier modo de lenguaje.

Tiene el lenguaje su sonar, y, en su forma más elemental, se impone sobre el mismo decir; mas se da una degradación de

este sonar, que puede hacer de una pura canción una musiqueta, mientras que algunas canciones destinadas a ser musiquetas son salvadas y trasformadas por la voz de alguien que canta con alma, más que con escala, en verdadera música y en la música que sostiene sobre el abismo a la palabra y es palabra inolvidable, es decir, trascendente.

La palabra desprendida del lenguaje, la sola, pura, límpida palabra, nos parece que haya sido salvada de las aguas primeras; de esas amargas y también dulces, como todo lo amargo, es nacida de un mar que ya no alcanzamos a ver, que no estamos ciertos que nos bañe todavía, mas alguna vez podría ser que, en un instante inesperado, naciera de nuevo para volverse otra vez, reiteradamente, a esconder.

2

En el principio es la palabra, y en el origen del ser humano que conocemos, el lenguaje, en sus no todavía diferentes ramas. Árbol, pues, el lenguaje de la semilla caída del Verbo, que aun estando caída es germinante, fecunda oscuramente, como oscuramente se fecunda todo en este planeta que habitamos. Todo lo que es semilla fecunda parece provenir de la luz, destinada a penetrar de algún modo en algún oscuro, oscurísimo recinto a veces, de donde nacerá una criatura con su certera forma en los grados más altos del ser viviente; y en los grados más bajos de esta escala de la vida –escala y no evolución– nacen, como por un apresuramiento infernal, medio-seres o seres a medio formar, librados, pues, al medio ambiente. Así, en lo más alto de la escala de lo viviente se nos muestran la palabra y su semilla, cuyo primer fruto sería, es, el lenguaje, que, para todo ser viviente, en diferentes formas, se da; ese alimento, cuya imagen aparece en la naturalidad llena de misterio de los campos de trigo, los mares del pan. Este primer fruto de la semilla del *logos* es la palabra misma y no el lenguaje de ella derivado, por ella sembrado. La palabra es flor única, nace en cada momento, es piedra preciosa desdeñada, hasta que, henchida de luz, aparece; luz de un oculto fuego, o

sin fuego ya, siendo ella misma la luz que produce el fuego. La palabra está en la Aurora perenne; es, por lo tanto, revelación y no solamente manifestación, y menos aún un premio, una corona; una cruz sí puede serlo.

3

Siendo así la Palabra, no necesita del estar envuelta en una relación sino que siempre la suele romper para crear ámbitos ilimitados, horizontes imprevisibles. Al lenguaje le está encomendado el moverse dentro de la limitación, y el limitar mismo, y en cuanto a los tiempos, el vivir en la relatividad y expresarla, y, haciéndolo, trasmutarse, retorciéndose inclusive, para olvidarse de lo que fue simplemente ayer, su ayer. El lenguaje es, por naturaleza, perecedero y caedizo, sujeto a las circunstancias y a las situaciones. Mas tiene su inmediato manantial en la lengua. La lengua, que no sólo puede morir sino que ha de morir. Toda lengua es en principio lengua muerta, en tanto que depende de la historia; es un hecho histórico, transitorio, mas susceptible de, al ser apresado, trascender. Si tuviera un espíritu que la engendrase desde el principio, este espíritu sabría que está creando en lo perecedero y miraría solamente hacia arriba, hacia el fuego primero, hacia el Principio, para servir a la necesidad de lo llamado a perecer fielmente, guardando ese supuesto espíritu en su entera fidelidad al verbo primero, y estaría, tal vez ello, en cruz, en esa cruz que es rueda, aspa del molino de la historia. Si toda lengua está destinada a sufrir el tormento de la rueda y en ella morir, algo, sin embargo, irá a dar a algún seno del universo donde se engendre, al par que la palabra, la resurrección.

VIII. La raya de la escritura

Al modo occidental, la escritura forma una raya de izquierda a derecha, y en el caso árabe a la inversa. Y ya esta inversión abre una pregunta –signo de que estamos en Occidente. ¿Cuál sería la inversión, cuál el sentido de la inversión de la escritura árabe, que, como lo específico en esta cultura, aparece tarde en Occidente, arrastrando, rescatando, a algo arcaico, según reiteradamente dice Louis Massignon? Mientras que al escribir desde la izquierda a la derecha se hace el surco del arado patriarcal, del senador luego, del padre de la patria o del rector. La derecha es la mano que dirige y hace, y el venir hacia ella desde la izquierda es como venir a una fuente o al centro, aunque sea del poder. Es ir a unirse o a juntarse, no a dispersarse, o a crear el horizonte, si se logra, no es ir a la periferia. Hacia la derecha se va hacia el origen, hacia el punto escondido, más allá de toda dirección tal vez.

Diversamente sucede con la escritura árabe; y no por azar esta escritura es serpentina, se yergue y se arrastra, tal como la sierpe de la vida va. Se extiende como sierpe y canta. Nada tiene de casa ni de construcción; si se yergue, se desnuda al par, se alza y hasta parece que se enajene. Y es que ella va a perderse, y si no se pierde, es tan sólo por el imán que infaliblemente la atrae.

Y las palabras, así, han de ser infalibles, como lo es la música pura enajenada en sí misma, en su propio canto.

Ramos activos, zarzas y esquirlas, las letras hebreas. Nacientes y nacidas, operantes. No son casas, ni en ellas se puede morar, ni surge una raya, sino olas de un mar ya apagado, de un mar que fue y persiste en su sequedad. Espejos donde mirarse, espejos creados por el aliento impalpable. La visión viene del alentar, y el alentar del arder. El oído recoge, y no la vista, el arder y su aliento renovado, sin llama visible. Mas la fuerza de la manifestación divina mira, despierta,

flagela y salva. Supone esta escritura el abismo donde nos dejaría caer, más fielmente aún, sobre el que nos sostiene suspendidos, solamente suspendidos sin permitir mirarlo, sin dejarnos ver tampoco el rostro, dejándonos la belleza del orbe: sólo Tú, repiten las letras, eres fuerza irresistible. Y sólo si se acepta el ser flagelado, entonces se mira, y qué tardíamente también, se ve del hombre el propio rostro: *Ecce Homo,* ya en una lengua mediadora, entre el sacro hebreo y el islam que vendrá, lengua sacra aramea.

El Alef, como un ramo trinitario, penetra todas las direcciones del espacio. Mas no se puede mirar hacia arriba, como los árabes obligan a mirar con sus signos como astros, escritura nocturna, en la noche antes de la aurora, y que se conforma con las estrellas, con que la noche sea estrellada. Peregrinamente. Toda peregrinación se hace en la noche, toda salida de la casa, que es sólo una tienda. El nómada, antecesor del peregrino, es nocturno, maestro en esconderse aun en la noche, aprovechador de los meandros y recovecos, sin camino; sin camino propiamente, aunque se encuentre luego, como en la escritura árabe, con que lo ha hecho, sólo así, sin premeditación, guiándose en la oscuridad por el rumor de la fuente, por la paloma prometida, por el agua que mana aun en la noche, por el silbo de los aires. Por amor. Por amor que se olvida de temer, pues que sólo ama. Por enamoramiento de la belleza de las criaturas, que le enamoran aunque diga que no. Y todo perece y se borra menos la Faz sólo entrevista en la belleza. La belleza que ha arriesgado perdiéndose, olvidándose del poder; amor sin sombra en la noche del sentido que recibirá, como todo ciego, su lámpara imprevisible.

Mientras que las palabras del griego, reducidas como lámpara a ser sólo trasparentes, ofrecen sin oponerse a la luz ni a la oscuridad, sólo eso, esa ascesis que es la diafanidad. En su interior no hay propiamente nada, la raíz se ha hecho verbo: razón que se da. No hay danza, tampoco surco, y el padre Dyonisos se ríe lejos sin perturbar. Y todas las palabras pueden, podrían, hacerse una sola; para ello están predispuestas. Es el *a priori,* la aprioridad más bien –tendríamos que cuidarnos los kantianos menos de la aprioridad que de la unidad–. La unidad

que se presupone y que va a formarse, no el Uno que escondidamente llama. Hasta el Fuego sustancia y dios central se expande, respira sin abrasar mientras no llegue la hora, una hora única, matemáticamente marcada, y se expande inagotable día a día, noche a noche, con medida que es ya *logos,* que lo sería. Vanas resultan las discusiones acerca de si el *logos* en Heráclito sea discurso solamente; lo que decide es el ritmo, la medida, *logos* de por sí.

Y las palabras sin fuego devuelven con su trasparencia el «fuego robado» por Prometeo, el buen Demiurgo. El fuego sirve *al logos.* Y el *logos* es manifestación de lo que la lógica, o lo lógico, robara y se atribuyera el nombre, y amenazando así el territorio todo. La visión, el *eidos,* consume la imagen. Y la imagen vuelve a hundirse en el cuerpo oscuro, opaco, en la opacidad, para aparecer como la «forma sustancial» –aristotélica–. El pensamiento, al fin, gana la batalla de los dioses que se roban unos a otros, y el Demiurgo queda vencido una vez más. Mas queda establecida la lengua de la poesía, de la humana creación, donde los dioses tienen que venir a buscar morada. Y el amor, su pálida trasparencia. Nada queda fuera del orbe, y así nada va más allá del confín. En el frío espacio dejado por el fuego (que, según Heráclito, con medida se apaga y con medida se enciende) la palabra puede sostenerse en su ser natural. Recorre, recurre, va y vuelve. Crea el verso, lleva dentro consigo la medida, la divina matemática es propiamente su dios. No es terrestre ni celeste. Ofrece a los dioses asiento y sede, templo adecuado a su inmortalidad perecedera. Sola la palabra poética, memoria, rememoración, canto llano, suplirá su instantánea inmortalidad; instantánea aunque dure tiempo. Los dioses de la temporalidad. Sólo la luz traída por el visitante Apolo Hiperbóreo, anidada en la palabra poética y en el pensamiento poético, siempre allí permanece, la luz dejada a sí misma, sin encarnación y sin resurrección, simplemente duradera. No sería para nada Aurora. Así la Aurora, la naciente –*consurgens* (naciente en Homero)–, aplicado a Afrodita no lo sería, y su trazo en el cielo de la ambigüedad no marcaría un camino, tal vez sin fin, para el que lo mira, pero camino al fin. Es la raya indeleble que se abre

entre la más indecisa de las luces celestes.

IX. Lenguajes no humanos

1

Se dice que un niño habla cuando silabea, cuando marca las sílabas. Del pájaro no se dice que hable, porque se expresa silbando. También tienen silbo el aire, y la sierpe. Y hay pájaros, como el mirlo, que silban donde quiera que estén en la oscuridad creciente del crepúsculo, en la medianoche. Y hasta existe el mimetismo del gato que maúlla como pájaro de algún árbol vecino; y ellos, los pájaros, afinan el canto y lo modulan como un maullido. Y el que sucedan estos silbidos a una cierta luz y hora de una determinada estación revela el origen cósmico, y no exclusivamente humano, como humano privilegio, de la conversación. Según algunas tradiciones, hubo un lenguaje de los pájaros, que todavía se conserva entre ciertos grupos de específica iniciación, y aun en sociedades enteras, como constatan veraces visitantes y estudiosos de la isla de la Gomera. Y, según R. Guénon, sólo está cumplidamente iniciado el que entiende el lenguaje de los pájaros, y que el uso de los zarcillos no obedece, en su origen, a un afán de adorno sino como manifestación de que se está iniciado en el lenguaje de los pájaros; y así, la apertura en el lóbulo de la oreja, y su mantenimiento, del clásico agujerito que con toda saña en Europa se le ha venido abriendo, implacablemente, a las niñas, aun en las clases tan míseras que, en lugar de un pendiente, tenían que ponerles unos hilitos. La reaparición en los actuales tiempos del pendiente entre algunos grupos de jóvenes es muestra de una cierta iniciación en algo y la manifestación de un lenguaje secreto. Signo éste equivalente a cualquier otro signo, salvo en la perforación de la oreja, real o supuesta, de un secreto, de una separación, de una rebelión contra ciertas formas sociales, o, bien pudiera ser, de toda humana sociedad, de una

contracultura; tampoco es posible saber si de esta cultura tan sólo o de toda humana cultura.

En el silbar discontinuo aparece el esbozo de la sílaba, que, para ser tal, necesita que se abra un vacío, por infinitesimal que sea, en medio de la continuidad del sonido, análogamente al vacío que se produce entre una y otra neurona. La inteligencia humana, de la cual el signo más alto es la palabra, tiene en su interior, aunque sea monosilábica, un vacío, aunque sea un vacío infinitesimal. Vacío salvador de la homogeneidad de la continuidad, respiro, suspiro, poesía ya.

2

Antes de aparecer cada Aurora, rompiendo esa expectación que parece infinita, se abre, en cada una de ellas, como salvando esa infinitud, un cierto hueco, un vacío siempre distinto. Y al ser cada uno de estos huecos, de estos vacíos, siempre distintos unos de otros, no puede la memoria ni la mirada ensartarlos, no pueden ser reducidos a una línea y ni tan siquiera a un rayo de luz, por delgado y sutil que sea. No fluye ese instante anterior a la Aurora, y luego, en la Aurora misma, tampoco hay fluir. No aparece la luz en este planeta como un río que fluye, sino que aparece toda entera, aunque se trata de un parto, de un solo parto de luz.

En la caverna, en ésta que a todos nos cubre, la llegada de la luz es por entero, aunque sea en un punto; y cuando se trata de una herida en los ojos, que de por sí son herida, el suceso es análogo: por un solo punto se ve toda la luz, o bien se comienza de nuevo a ver viendo la inmensidad de la luz sin horizonte, sin cobijo.

Y cuando, una vez habida una pérdida de la visión, si se vuelve a ver, es como si nunca se hubiese visto la luz; la luz no se prosigue, nace toda entera de nuevo, como nace la Aurora cada instante de nuevo. En este lado del universo, la vida se nos da entreverada de muerte, la luz amenazada, y aun hundida, en la oscuridad; es nuestra sombra, la sombra del hombre, la de todos los vivientes quizá, la que crea la

discontinuidad en la pura, intangible, creadora luz del *Fiat lux*. Tal vez se encadene con ello la inexorable ley de la resurrección, ya que la duración no es vida; el acto del pensamiento que es vida no dura ni puede ser proseguido; si ha sido interrumpido, tiene que volver a nacer. Y entonces, que nos perdone el eventual lector, la muerte, ella, la muerte, no tendría ninguna función, pues la verdadera función la tiene la resurrección, la que precede a la muerte.

3

Para que haya palabra tiene que cesar o extinguirse, aunque sea insensiblemente, la sílaba, ya que la palabra se arquitecta en la intersección del vacío y el silencio, así como para que haya visión, sentido de la luz, o asimilación a la luz, ha de haberse vivido la Noche; en la Noche, de cuya oscuridad llega a nacer, como de una materia primera, el reverberar de la Aurora. Pues llega esta mediadora entidad, rara diosa, no reapareciendo, sino presentándose ella siempre de nuevo cada día, en cada instante del animal viviente y de la palabra que renace de su propia muerte y hace su propia Aurora; habiendo trasmutado, mediante una alquimia natural, sus limitaciones en poesía, los restos de tinieblas serán entonces fecundos valles de oscuridad y penumbra.

El acuerdo, el acorde que hace de este planeta su orbe, no se produce por ninguna construcción de la conciencia, de ningún tipo de conciencia, sino que exige el nacimiento, la apertura, de unos nuevos sentidos, que, quizá, están ahí penando por aflorar, y que parecen habitar, aunque hasta ahora no se haya constatado, en ese vacío en el que se entrecruzan sonido y silencio, luz y oscuridad, para crear, danzando, unos cuerpos sin materia, pero cuerpos; cántico sería de todas las criaturas, aun de las que no saben, pues que algunas otras cantarán por ellas y con ellas danzarán, no en el río de la realidad, de la realidad que fluye y que huye, sino en la órbita sin fin de la que desprenden música, poesía, unidad en unidad; danza o himno misterioso e inaudible de toda la creación, aquí y ahora.

Las variaciones y mutamentos, la danza de la creación, no surgen siguiendo el orden impuesto por la diversificación de los sentidos, proyectada por el número de sentidos y por su limitación. A una conversión corresponden otros sentidos, tal como si el ser viviente fuera una metáfora que no ha acabado de manifestarse. Y entonces, tras de cada muerte, y en plena resurrección, aun en el cuerpo más físico, más material, de lo viviente, amanece.

El orbe no es un orden enteramente recibido, ni establecido, ni la inteligencia un permanente apuntalar de un desplomarse; los dos polos de este orbe parecen ser la fuerza de la gravedad y la inteligencia que eleva creadoramente, dando siempre vida a esta vida, siempre a punto de recaer, nunca actualmente receptora de la salvación que emana del acto del pensamiento que es vida; y así, el pensamiento tiene que crear, a su vez, su propia órbita, y aun se diría que su propio centro de gravedad, a imagen y semejanza.

4

La continuidad del silbo, y de todo lenguaje no humano, sacrificados a la discontinua palabra, la música y el poema los rescatan. Y ese cántico de todas las criaturas, que se eleva sin cesar, forma el suelo de la palabra que estaría obligada, si lo siente mínimamente, a convertirse en el cielo que recoge ese himno sin fin, si es que obedece plenamente a lo que la sostiene, a la música, a esa música del universo. La palabra, así, sería ya manifiestamente, con sus mismos vacíos y discontinuidades, la generosidad ilimitada, inmensa, que se podría sentir como la señal de una resurrección, signo de la Aurora, Aurora ella misma.

5

El gorjeo de los pájaros a la Aurora: su corola, que así aparecerá mecida, abrazada, que hace de la Aurora una flor única, de la que hasta mana un olor de fragancia que es al par

mortal, de lo que acaba de morir o está muriendo, y naciente, de lo que está naciendo y nacerá.

Corola y corona, en movimiento inalcanzable, irrepresentable, que, según nos dice la leyenda, se dio también en torno a la cabeza del sacrificado, blancas golondrinas, que, girando, al par se enlutaron de dolor, dando así la adhesión intangible del mundo animal, aliado, en lo alto de la cruz, al pie de la cual estaba, como aves, la indeleble tríada de la palabra del amor y de suprema revelación, de la Asunción, y de la asunción del amor terrestre, María Magdalena, sierpe del paraíso enroscada a la cruz, arrastrándose ahora también, como siempre lo hizo, alzándose a los pies de aquél.

X. La aurora de la palabra
(Tres fragmentos)

1. La palabra perdida

La completa aurora de la palabra sería la aparición de esa palabra única llamada «palabra perdida» en las tradiciones derivadas de la Tradición. Sin claramente saberlo, por encontrarla, algunos poetas han quedado sellados y algunos nombrados filósofos, y aun algunos novelistas. Lo que parece más alejado, ya que el novelar es hacer historia, y la palabra perdida no solamente está más allá de la historia, sino que la anularía si algún día, de veras y para todos, apareciera.

Y así, se podrían señalar los pasos, estaciones de esta *Quête* de la palabra perdida como la *Quête* de la historia abolida, y de la aparición de la vida viviente sin esa dimensión histórica «ineludible», como se dice en los paliados historicismos. La vida, cierto es, se hace enseguida histórica, cuando lo que el que simplemente vive, el asimilado a la vida, que lo es al par a la palabra, lo que necesita es la vida vivificante, la aurora no interrumpida por ese Sol que enuncia todos los Imperios, comprendido el de la poderosa razón. La aurora, y antes el alba, anuncian algo que débilmente se insinúa, indeleblemente también: lo intacto. Anuncio no de lo que sigue, el imperio del Sol, sino de la claridad, si claridad es, que se ha quedado remota: una especie de balbuceo, una apenas sombra de la luz. Y un fuego sutil que da frío, la gota de rocío de virtud única que de tan concentrado fuego da señal. Y de ahí la belleza y el terror que en la mirada prendida de ella suscita; por ese no creer que inhibe el respirar en el momento privilegiado. Y así, se pierde el aliento que sólo da el respiro, aunque sea cosa de un instante, en el fuego frío del alba todavía indecisa, antes de que aparezca la raya de la aurora. Una raya que traza el abismo entre luz y tinieblas, que arroja las tinieblas hacia el

abismo, de donde, por fuerza, habrán de resurgir. Mas antes, antes de la separación, está el alba, sombra primera de la luz, y con ella, andando en ella, envuelta por ella, la palabra que se perdió y que volverá en cada alba.

¿Y no podría abrirse por la palabra, más inmediatamente que «perdida», echada de menos, la diferencia entre el oír y el decir: entre la situación del que dice la palabra y la de éste que la escucha? La que marca la distancia, abismo puede ser, entre el lugar de donde llega la palabra y este lugar, su punto de destino. Pues que en un punto se suele sentir aquel que recibe la palabra dentro del espacio que él ocupa. Y si este espacio «aquí» se hace ámbito de la palabra remota, le parece entonces que sea el de ella, y él, el que la escucha, sea tan sólo un ocupante o testigo indiscreto. Y corre llevado de espanto, como si hubiera asistido a un sueño de otro o a un suceso de otro planeta. De ello sólo salva el que la palabra de aquel remoto lugar penetre antes de sernos dada, dentro del sentir, ahondándolo, ensanchándolo hasta que el ámbito del sentir traspase sus propios límites y que el cerco quede derribado. Y si así fuera, y cuando así ha sido, la palabra se despliega, se hace en el sentir originario del sujeto sin lucha. La palabra que así llega puede decir poca cosa, casi nada, puede ser simplemente el nombre de ese sujeto visitado; su nombre que le es dado al par que se libra de su yo.

La palabra perdida, echada de menos, parece que se ofrezca siempre que una palabra se hace en el oscuro sentir, que por ella se despierta; cuando la palabra toca y enciende el germen mismo de la palabra. Y luego, cuando se va, deja un balbuceo, el no poder hablar y el ansia de decir sin palabra alguna. El arrobo que puede llegar a enajenación si el germinar prosigue. Ineludiblemente se aparece el largo, duradero, balbucear de Hölderlin. Y el cántico apenas audible de alguna mujer elegida y abandonada que nunca llora. Y el apenas rumor que se desprende de algún campo donde germina alguna semilla desconocida.

Pues que la palabra germina desde antes de la aurora; antes de que se extienda esa raya, no siempre luminosa, que anuncia la escritura.

2. La palabra inicial

«No volveré a hablar como he hablado. Ni a escribir como lo he hecho, sea cual sea la forma en que lo hice», alguien dice entre sí y para sí un día, que se queda por ello marcado. Un día que había de llegar y que ha llegado, sin duda, a todos aquellos heridos, o al menos flechados, por la palabra, por esa palabra original, y por ello, tan amplia, que abarca toda «humana» obra, constructiva irreprimiblemente. La palabra del arquitecto sostenida por la palabra escondida, sacrificada: esa muchacha que se transfiere luego a la piedra de fundación. La palabra, la piedra que sirve perdiéndose y perdiéndonos, pues que fue colocada sobre la fuente «que mana y corre» aun en la noche. Y quizá sólo en la noche. Cuando el acallamiento de todos los decires permite sentir su palpitar. El inextinguible palpitar de lo vivo de verdad.

«No, no volveré a hablar como he hablado», que si se eleva a voto da el silencio en que se nos pierden –a nosotros– ellos, quienes lo formularon, a no ser que un día hablen ya de otro modo.

Mas el voto es una máscara cuando no se impone por sí mismo, sin ser notado. Y entonces no se formula. Se hace como un silencio tenue, sin corporeidad. Es un resultado, un fruto más bien, que se abre intangible; un grano de fuego que ha germinado ya: una forma irreconocible si se la mira. Y por ello vale más, por mirar. Una presencia que no se sabe cuándo llegó, y un pensamiento sin memoria.

Y de este pensamiento, nacido del sentir, y que de él no se desprende, ¿quedará memoria? ¿O volverá al fondo de su sentir como aquella paloma que se volvía porque aún no había llegado el fin del diluvio? El anuncio incompleto, la incompleta profecía.

Hasta que, al fin, cesan de caer las aguas sobre la tierra. Eran quizá las aguas primeras, las amargas del día de la creación, sobre las que se posaba el aliento divino, el divino y primario palpitar. Dejaron de caer las aguas y surgió casi deshecha la tierra. Y el hombre hubo de salir de su arca y celebró sus nupcias con la tierra, su lugar. Volvió a hablar

como antes, ¿o comenzó ya a hablar un idioma? Un determinado idioma ya suyo y de los suyos, los salvados, conjugándose todos de nuevo sobre una tierra empapada, que un sol implacable habría de desecar: la gran fertilidad al comienzo, y luego la sequedad, la polvareda. Y las palabras, ya muchas desecadas, convertidas en piedras; algunas, por ventura, en «cantos», como en español se dice igualmente para el cántico y la piedra que rueda sin ser apenas tocada; el canto que no se aviene a la edificación, pues que conserva algo de su vida inicial. Piedras de la aurora anterior al Diluvio, quizá, cantos rodados.

¿Quedarán palabras de la aurora primera? No asistió a su aparición hombre alguno. Mas la palabra divina pudo preparar la que había de dársele al hombre, si es que el hombre es el ser prometido desde el comienzo de los comienzos; si es que la creación del cosmos salió de las tinieblas profetizándolo. Y como un profeta vino a irse quedando sin esa palabra anterior a todo idioma, perdida. Y perdido el aliento y escondida en su raíz la voz.

Y así entendemos que no es la palabra la que se nos fue, y que podría estar ahí rodando entre todas, dándose a ver en algún instante, fugitiva. No son ellas ni ella, si es que hay una tan sólo, las que se pierden. Es el cómo del decir y la falta del aliento primordial y del fuego sutil nunca respirado. El desaliento que el reflejo del fuego únicamente vencería. No a la palabra, sino a su arder inicial nace su aurora.

3. El germen

Tal vez sea la atracción del ocaso escondida bajo el ansia de un porvenir que se haga enseguida presente –un porvenir estabilizado–; tal vez sea el desapego humano a todo anuncio de cumplimiento interminable, un sinfín, el que crea la expectación: la mirada rápida del cazador que recoge al sol cuando sale. Y ese olvido, ese dejar atrás desatendido al lucero que precede a la aurora. Y que más que anuncio es guía de la luz que tan indecisa llega, tan sin saber. El lucero, Venus

llamado, guía y sostiene a la luz. ¿Guía o germen? Acá, sobre la tierra, el germen no parece que sea el guía ese que ciertas plantas se tuercen para encontrar. El congénito crecer heliotrópico no les ha dado la necesaria consistencia que, en su debilidad, la yerba y la retama, dócil al viento, tienen.

El guía del crecer vegetal, ¿es el sol o es la luz? Sin duda que es ella, pues que en tierras de poco sol nada crecería. Y en los desiertos por el sol abrasados debería su luz bastar, ser ella el agua. ¿La luz como agua única alguna vez?

El desechado lucero, ¿será, en alguna religión olvidada o escondida, señal de ese germen de luz y palabra que, en el pensamiento occidental, se nos da a conocer como *logos spermatikós?* Ese fuego –semilla– contenido en el tiempo en alguna teogonía que precedió a Heráclito y a la que tan escasa atención se ha prestado.

A punto estuvo con la teología de Justino de aparecer en plenitud en el Cristianismo. Mas fue bien pronto rechazado. Enmanuel, Dios en el hombre. ¿No es acaso semilla de vida eterna albergada en su indeciso ser, en esa alba que es la humana vida? El verbo divino, ¿no se sembró para nacer en humano cuerpo y no se derramó en humana palabra?

El lucero, único fuego que se hace luz incesantemente, quizá señal sea de la palabra escondida, de su invencible unidad que se multiplica sin fin.

XI. La llama

1. La llama

A Vittoria-Cristina, *in memoriam*

Pura y encendida llama, émula de la rosa de la que nace el día, rosa del día, único aunque se reitere. Pues que sólo el día, cuando es el único día, lo es de verdad.

El día único que se enciende, puro y silencioso, con el leve rumor del crepitar de la llama, por puro que sea su fuego. Luz que, al encenderse, anuncia su extinción, su darse únicamente en identidad, que se hace al par que se consume. Imagen real de algo primero y nunca visto, enterrado como está en el seno de la humana memoria, que apenas puede retroceder hasta el primer paso del planeta, cuando ya fue definidamente tierra y no astro, cuando adquirió, al fin, forma a costa de no arder, dejándoselo al agua.

La pura llama que se enciende, de la que nace el día, dice del arder perdido de este lugar, que así se hizo seno, suelo, resistencia, puente sobre el abismo que sostiene al hombre y a todos los como él vivientes, encerrados en compacta, irreductible forma. Llama opaca, a su vez, noche oscura de la luz y del arder inicial.

Rosa abierta; rosa entera promete la llama de la aurora a la tierra, en el solo, único día, ultrapasando el confín.

Mas, puro día que llega, nace de una especie de muerte, de un desprendimiento del sol y del fuego, cuchilla, como si saliese de la tierra respondiendo de esas apretadas lanzas que hacia arriba crecen, como crecerán los tallos de la flor como respuesta y casi desafío. Y las espinas de luz que arden lucientes con tanta rapidez. Indefenso se diría que queda este cielo ante la salida del sol con su bravura de Toro-Sol, y de la Tierra, que, a su vez, muestra su furia vegetativa aun sobre el

cielo, dándose al sol ante todo, al sol y no al cielo, al sol y no a la luz.

Y de esta batalla gotea sangre de cielo; y de la tierra, la luz se desprende; y ella sola se hace con el día; ella sola es ese día enteramente luminoso y pálido, cuyo avanzar da a ver y a sentir algo inédito; algo que no es el brotar del sol ni el ímpetu vegetativo de la vida que pide hacerse flor, el hermetismo de la flor llena de color, cerrado lirio, espada, clavel, en la que se cela algún tesoro que nunca, si se lo atisba por afán de saber, dará su secreto, como espada que atraviesa y que sólo atravesando florece.

Brota la llama cuando nace; mas, al estabilizarse, se detiene en su cuerpo limitado; el propagarse a otras materias es su caída en el orden de la multiplicidad, y en el de la causalidad, por lo tanto. Se hace así servidora la causalidad, su agente ciega, aunque alumbre; más que alumbrar, resplandece; la luz ha cedido al fuego. La luz misma es devorada por el incendio, pues que la luz no está tocada de voracidad; por el contrario, fija la mirada, delimita los cuerpos, salva las distancias sin anularlas. No salta ni acomete, los cuerpos y los colores no la apresan. En los lugares de algunos mosaicos, de algunas vidrieras –dicen que alquímicas–, en algunas pinturas, los colores nacen de la misma luz y son su juego, su libertad impensable. Y en algunas auroras muestra una especie de corporeidad azulada, convirtiendo el cielo en agua de una diluida llama. La claridad más pura y verdadera que sea dado ver; la luz disuelta en una materia que no le ha resistido. El centro oscuro de la llama que hemos visto brotar se transfiere al sol, que, tan ardiente, brota entre este cuerpo sin desgarrarlo. El fuego que nace del cuerpo de la luz como una sin par palabra. Impensable fruto del seno mismo de la Aurora, que ha llegado a ser corpórea sin ser múltiple, sin someterse a la extensión, saltándose las leyes de la causalidad. (Simple visión o símbolo, se dirá, claro. Mas, si visión es, no hay que olvidar que no hay visión sin pensamiento). Y aunque el pensamiento mismo pueda andar en busca de lo humano, al fin, de verse en sí mismo. De verse sin pensar.

Y se eleva así la llama como una pregunta que es, en su

arder, la respuesta. La respuesta única a la doble pregunta, a la que surge del foco de la ansiedad que emplea cualquier palabra o que cautelosamente se detiene acallada en el balbucear, o desleída en el sollozo. Toda llama, de diferente materia que nazca, solloza, y, según se va haciendo, va dejando de sollozar, y su rumor se hace ritmo de palpitar leve; se va haciendo llama silenciosa ganando vida; luz de contenido arder.

2. La llama – Espejo

Paralelamente a la llama, seguir la llama sin entrar en ella, mas perdiéndose en ella. Perderse sin quedar prisionero, riesgo que corre el adentrarse en toda cavidad. Y no es cavidad ni gruta la llama, y por ello mismo es guía de verdadero amor.

Pues que no puede el amor contenerse en llevar al por él tocado y movido a una prisión preventiva, o, mejor aún, preliminar, con su cebo del arregosto en el goce de la esclavitud, de la aceptada pasividad, que llega a su justificación en la Era de la conciencia y del yo. El yo acepta esta cárcel, declinando su imperio, y descansa, se abate buenamente en un principio, mas luego puede, como un rey arrepentido de su abdicación, erguirse desacompasadamente reclamando sus derechos. Mas sin desprenderse del apego a la pasividad, donde goza su esclavitud, su estar o haber sido preso. Mazmorra entonces es la cárcel de amor; tiniebla sin ansia alguna de trasparencia y sin amor a la tiniebla. Ese amor a la tiniebla de un Miguel de Molinos siguiendo a Dionisio, el primero de todos –el fundador de la mística, si así puede decirse de lo que oculta su fundamento, tal vez por ser ella lo que funda o está destinado a fundar sin declararlo–. Pues aquello que funda verdaderamente al ser en su vida, o a la vida del ser, no tendría que darse a conocer explícitamente, habría de ser la serenidad la certidumbre a salvo de toda discusión. «Cárcel de amor», engañadora metáfora por lo que de cierto tiene; cierto tan sólo en un instante, ése en que el que ama queda detenido, sin poder moverse, no ganado todavía su amor por el querer, en que la voluntad, al juntarse con el sentir, lo

eleva. Y sólo entonces el amor nace.

La llama no es una oquedad donde entrar. No es posible el «enllamearse», pero sí enardecerse para ser como ella, para ser llama como ella. Y más todavía, para ser siéndolo ya; lo que no depende de la visión de la llama, no de su presencia en modo alguno. No atrae a tantos la presencia de la llama a solas, de la llama sola, sino de su llamear fantástico, fantasía en libertad. Se está entonces en una intimidad diferente, como regalada, con la compañía de algo impensable, no reductible a concepto, ni tan siquiera a determinada figura, a un ser sin cuerpo y visible. Un ser de luz, porque la hace y crea, a un principio de la vida, a un principiarse del universo, como si todo en él hubiera salido un instante al mismo tiempo. Al tiempo llameante en su comienzo.

Pues que la identidad de la llama es temporal: consume tiempo y lo crea, y se siente que, al extinguirse, el tiempo, o algo del tiempo, se extingue también con ella. Y que ella misma ha acabado con su tiempo, el que se le hubiera dado como duración. La duración ha sido consumida, reducida a arder, fuego-luz. Aun el fuego puede dar idea y hacer sentir la duración. No la llama, que no se extiende en el tiempo, y que, al extenderse en el espacio, al propagarse, huye de su primaria unidad.

Mas la llama sólo pide ser contemplada en silencio. El silencio en que la extensión de las representaciones e imágenes, de las palabras, el avasallador y huidizo río de las «vivencias», se detiene. Se hace así la quietud límpida, donada. Y se crea lentamente al principio, imperceptiblemente, un espacio de trasparencia entre la mirada y su objeto, entre el contenido de la visión y el ver mismo. Se hace así la visión traslúcida, y la llama queda pura, como un elemento sin avidez, que se ofrece a lo oscuro, quedando intacta. Así, el fondo de oro que la pintura bizantina da como fondo de todas las figuras. Todo se está viendo en esta llama quieta, en esta identidad del ver y de lo visto, en una llama no perecedera. Y así, por opacidad, surge la pintura; todo está pintado antes que representado. Todo se destaca saliendo del fondo de la luz. Y por esa luz previa, por esa luz invisible –figurada por el fondo

de oro que la pintura bizantina ofrece– lo visible se da.

3. El doble crecimiento

La mirada embebida en la llama la ve doblemente crecer en sí misma y luego ir más allá de sí, hasta dar, en un leve punto luminoso y ardiente, algo así como el átomo visible del arder, que hace sentir que sea lo más incisivo, lo que podría penetrar lo impenetrable y deslizarse por los espacios interatómicos que se niegan a nuestros ojos. Sólo el sorprender esta penetración de la llama nos abriría los ojos, obstinados en no ver lo que abiertamente se muestra.

Y así, no se hace la aurora en los ojos humanos, o quizá en los ojos «civilizados», que entienden sin pestañear que la realidad es lo que sale a su encuentro.

Sólo el sorprender la entrada del punto luminoso, tan lejos, y a veces desprendido de su llama, tanto como un planeta pueda estar de su estrella madre, podría abrir los humanos ojos. A punto está de ser así cuando la aurora abre, y no sólo por su luz, la noche impenetrable. Y la mudez de la tierra callada para siempre, como desde siempre. Pues que ese arder imperceptible, percibido sólo a fuerza de abrir los ojos sin desvanecimiento, impertérritamente, despierta el sentir de un modo oscuro, silente, que rodea a los humanos, nacidos ya separados del acto creador por el doble abismo de las aguas amargas primeras y el de las más amargas todavía de después; ese leve punto, centella desprendida de la aurora, podría abrirle los ojos del sentido; de ese sentir originario aprisionado, de ese dolor sordo que acompaña, tan persistentemente, que se hace imperceptible a todo nacido ahora, es decir, después.

Después siempre, aun pensando en el primer hombre, a no ser que el Anthropos, el Adán Cadmón, o el Hombre Universal, recogiera dentro de sí el acto creador que abrió los sentidos, no ya del hombre en cuanto tal, sino del universo todo. Cuando el universo surgió lleno de sentido y potenciado por los sentidos. La luz y la palabra dieron sentidos, vista y oído al universo

«físico». Ellos, los mundos creados, nacieron de la luz y del sonido.

Mas, ¿y la materia? Vino después ella también, coetánea, hermana del hombre, la compañera oscura de esa luz depositada en él. La materia, sombra hermana.

¿Y la lanza? También después. La lanza de la llama, enrojecida por el fuego que no quiere abandonarla, y contra el que ella tampoco lucha por liberarse. La llama, forma del fuego aclarado en luz oscura, como conteniendo algún metal que no se deshace ardiendo así, ardiendo en este pausado y casi opaco modo. La llama opaca. Lanza, y, como lanza bruñida, resplandeciente. Pura. La llama en la que la pureza a que aspira la lanza metálica se logra. Pues que la pureza se da en materia ardiente, en el ardor del metal al fuego vivo, en el hielo que abrasa. Puntiaguda lanza y llama que se afila como rayo que se pierde en lo invisible. Mientras la lanza de lo visible amenaza cumplir su amenaza en una función, tal como a todo lo fabricado por el hombre sucede, que sólo en el ejercicio de su función manifiesta su vida, negándose a su ser.

4. La llama – Alimento

Y se hace ostensible en la llama el alimento contenido en la luz. Un alimento que sólo en la luz ofrecida se siente, sólo con ir a encenderla. No se puede ofrecer la luz del día, la natural, a no ser que se la reciba como cumplimiento de una promesa.

El recibir la luz, y el hacerla de por sí, es vida, una vida que se hace. Y la vida aquí pide alimento. Su poder vivificante debería de bastar para alimento de todo ser viviente, y más que de ningún otro, del humano, que viene a ser el que menos se alimenta de ella. No hubo de ser así en el comienzo. En cada comienzo del día, en un instante, su luz antes del sol, el brillo de la aurora, es llama que se trasfunde. Y se hace como ella, se la sigue sin saber cada vez en qué se enciende la luz que brilla, por desvalida que se encuentre, náufraga entre elementos adversos y la misma mirada adversaria, que puede despertarse por ella, frente a ella, queriendo empujarla hacia su extinción,

aunque no la toque. Si la llama que brilla –aurora siempre– alimenta, vivifica, la mirada humana puede, sin ir acompañada de ninguna otra acción, empalidecerla, parar su crecimiento, hacerla estar como si no luciera, anular la visión de su lucir. El pensamiento es llama, y por su lucir irremediable se da a ver, y sigue la suerte de la llama y de la aurora: ofusca, ofende la mirada que la ve renunciando a su alimento. El ojo que sólo mira, que sólo ve aprovechando el arder, abriendo distancia insalvable, infranqueable dintel, llamado a veces, en los tristes naufragios del pensar, «objetividad» o fidelidad exclusiva a los hechos. Y la objetividad, detenida trasparencia, nace tan sólo en la certeza de ese arder, que, sólo por el pensamiento, se detiene para alimentarlo. Cuando se corresponde así el poder vivificante de la luz naciente –ofrecida y recibida, alimento– con el poder del pensamiento de fijar y detener la carrera del pensar mismo –su proliferación–, cuando el pensar obedece al pensamiento total y recibe de él fortaleza, quietud, conservando del pensar el temblor.

5. Y las cenizas

De la llama en el agua, de la llama-agua, del agua-luz –distinta del «agua ígnea»–, de la que los alquimistas tan escasas noticias dan, dando a entender que ha de ser activa, sutil, sabiamente destructora, en busca de una forma en la que la *fysis* puede ser contemplada, pues que se contempla a sí misma. El «Agua ígnea» ha de quemar, y si se le permitiera, dejándola abandonada, lo quemaría todo, pensamos o colegimos. Dejará, pues, cenizas; las cenizas indispensables para la resurrección; cenizas también de materia y de pensamiento el fuego heraclitiano. Mas, ¿allí donde sólo la luz campea, donde ella se da en el agua? El fuego es capaz de atravesar el agua, la luz en ella se hunde. De todo lo que conocemos quizá sea la luz lo que más se hunde. De donde la pasión por lograrlo de los que desconocen, hasta en sueños, que, al hundirse, se mantiene, y que, al disiparse, se trasforma y hasta se trasfigura. Pues que es ella el agente más invencible

de toda trasformación. «La filosofía es trasformación», dijo Nietzsche, el filósofo que sintió en sí la soledad del cuerpo luminoso –luz, el que, al caer, caía en los abismos de la eternidad, sin duda luminosa–. Y el fuego no puede ser eterno, necesitado de algo que quemar, de lo que se contiene en la oscuridad impenetrable, persistente, del centro oscuro de la llama. Y es desde el fuego de donde cae ceniza. Las cenizas de las que del universo caen; de esos astros encendidos, sin estar penetrados por la luz, caen cenizas a la hora de la persecución de la muerte: «Un solitario inexplicable muerto / que me persigue por las escaleras y mete las manos en el aljibe / mientras los astros llenan de ceniza las cerraduras de las catedrales»[1]. Llanto de los astros por que sea inevitable la muerte.

Una corporeidad sin figura, como fragmento de un cuerpo total que no se da a ver más que así, si la percepción llega tras del sentir que acucia y el asombro que se abre, como siempre, en un hueco entre el sentir y la conciencia. Y la conciencia dispara en seguida la pregunta; la pregunta clásica con la que se da a conocer el filosofar, al menos según lo que se enseña. Y la pregunta acaba con el asombro; surge el «problema» o, mejor dicho, el ámbito de la problematicidad. Y entonces, el sentir que tanto acució se oculta. Se retrae. ¿Será, según nuestra obstinada metáfora, el centro oscuro de la llama? ¿Lo oscuro y escondido en el centro de la luz, que brota deteniéndose en sí misma, condensándose, haciéndose, cuanto a la llama le es posible, cosa, objeto, idea?

Mientras que la visión perdida no era idea, siendo pensamiento. Madre auroral del pensamiento, sol –sol que aparece enseguida–. Como Rey, por ser imperante y benéfico, «causa» de luz, calor indispensable para la vida menesterosa que no puede quedarse en éxtasis, en sí misma encendida pálidamente por sólo la luz, como la esposa que aguardaría así, si se lo permitieran, durante tiempos y tiempos, en duraciones como desiertos; así, sin corona y sin causa, perdida, tal como la dejaron entre las aguas primeras, por un instante restituidas a la vida.

Y ella misma restituida a su ser de criatura indefinida,

pálida, indeciso balbuceo de la palabra, lábil y diáfano vaso donde la concepción del Verbo tomaría el tiempo, ese tiempo que para eso, por eso, sólo habría de estar. La palabra única que consume todo tiempo, todo fuego, antes de que el fuego exista por su cuenta. El *logos* anterior al fuego de Heráclito sometido a medida, audible, pensable, histórico ya. Exigidor y dador de conceptos, que luego han de ser borrados. Pensamiento que ha de morir para renacer de nuevo en el eterno retorno. Mientras que la visión instantánea de la llama diluida, que da un cuerpo por ella penetrado, la luz que engendra, no se reiteraría. ¿Innecesaria la resurrección, al no haber nacido la carne? «Ignorante del agua voy buscando / una muerte de luz que me consuma»[2], dice García Lorca.

---

1. Según reza Federico García Lorca en su poema inconcluso «Infancia y muerte».

2. *Ibidem.*

Cuarta parte
Finalmente, la aurora

I. La geografía de la aurora

1. Montañas, piedras y ríos

Parece ser lo impenetrable el signo de la montaña, de esa que obliga a desviar el camino o a darle la vuelta, o, más afortunadamente, darle la vuelta hasta que impensadamente se encuentra un paso que lleva hacia arriba; un reguerillo seco puede ser, un reguerillo de agua que siempre tiene un cauce. El camino del agua.

Pero también puede ser un filo de luz lo que abra el camino; una luz que, de ser seguida, llevaría a un confín sin asidero y sin posible vuelta, al foco de la luz tal vez, que, sin ser el foco supremo, lo es para el ambiguamente elegido mortal que allí llega. Pues que podría este elegido permanecer allí, y en esa cima hacer su morada; y si no puede tampoco desprenderse de ese lugar, ¿no sería acaso un prisionero, un encadenado al infierno de la luz? ¿No ha podido ser esto lo ocurrido ya, y así poder darse un vislumbre de explicación de la atracción y el temor de seguir ese camino que lleva hacia la chispa de luz que brilla en la cumbre de la montaña más alta? Pudiera ser ella, esa chispa de luz, espejismo del peregrino que va en su búsqueda y que cree estar yendo hacia ella, cuando camina sólo guiado por su propio espejo, que puede ser realmente sombra, una sombra de la luz. Se nos figura que la clave de aquel darle la vuelta a la montaña sea, no ya el dar una vuelta y precipitarse a la ascensión, sino que el tal peregrino emprenda un viaje ilimitado de continua circunvalación que puede llevarle toda una vida. Y entonces no será esclavizado por la luz, vencido por el espejismo de la luz sino, por el contrario, se encontraría en un lugar inimaginable donde la luz no juega con su propia sombra.

Y las piedras preciosas, esas grutas de esmeraldas que nacen en sueños y al soñante acogen tan de verdad que éste conserva

en la vigilia las huellas del tacto, a veces hecho memoria, tanto o más que un lugar simplemente natural; y el color que sin nombre sostiene la retina por años, por duraciones sin fin; ese color visto tan sólo en sueños y ese felicísimo estar en la gruta, y aun el poder volver a ella, encontrándola en tierras lejanas bañadas por otra luz. ¿Cómo suceden, cómo están ahí asequibles, aunque no enteramente, y sin sombra alguna de terror, cosa tan extraña a toda gruta desconocida, por insignificante que sea? Este no temer, y no esperar, este estar sin esfuerzo alguno, esta patria perdida o esperada, donde se ha entrado sin saber cómo ni por qué, sin esperanza ni temor. Y ese vivir sin anhelar, ni apetecer, sin añorar, sin soñar, duerme al fin en su gruta sin soñar señor alguno que le haya herido, y sin soñarse él a sí mismo, olvidado de toda herida.

El ciervo reposa sin herida, apoyada su cabeza sobre una piedra, flor azul.

Tiene la Aurora sus templos, sin duda. Aunque sólo por indicios se nos muestra. Por lo menos existe la certeza de que todos los templos, que parecen solares, no lo son. Tal el de Monsalvat, donde los cátaros acabaron cercados y condenados a no salir sino cuando las brasas estuvieron a punto de quemarles –condenados a morir por el fuego sin llama–, tiempo que aprovecharon para esconder unos tesoros y secretos que jamás han sido encontrados. Está demostrado que el templo de Monsalvat no estaba dedicado al sol, sino a la luz. Las apariciones de la luz entre las almenas no estaban dictadas por el sol, sino por la luz. ¿Se trataría, pues, de un templo a la luz no solar, y no llegada tampoco de ningún astro luminoso conocido? En su liturgia no había transustanciación y una mujer podía ser sacerdotisa, pues que el sacramento de la Eucaristía católica había sido sustituido enteramente por el *consolamentum,* que procede del Espíritu Santo. No había sacrificio, pues. Fueron los cátaros, así, un anuncio realizado de una religión no sacrificial, dando ese carácter al propio cristianismo. Religión, pues, del Espíritu Santo, siempre auroral, no necesitada ni de ascetismo alguno ni de poder, pues que era el amor el que regía y traspasaba. Las jerarquías tan sólo venían dadas por el amor.

Y el círculo de piedras miliares de Stonehenge, llevadas allí desde inmensas distancias cuando rueda no había, depositadas armoniosamente, tales notas musicales con entidad propia y en inmarcesible relación. Sólo ellas mismas podrían hablar de su origen y contar, y quizá mejor, cantar, su función. ¿Y si ellas estuviesen cantando a la salida del sol y a su ocaso? Un canto inaudible, como tantos otros diseminados por la tierra, semienterrados y venidos de antes de la ocultación; canto natural sin encantamiento, pues que otros monumentos parecen tenerlo, tal como las estatuas egipcias estaban encantadas, al decir de Plotino.

¿Dónde estaba el alma en los templos aurorales, dónde está ahora, cuando por un instante se la deja llegar? El alma no está sola, no revolotea, tal las palomas que en el infierno de Dante vinieron a ser Paolo y Francesca. En estos momentos, en la paloma del alma, el espíritu entra y la libra de todo infierno. Es la unión que en los místicos auténticos se ha de verificar entre el espíritu y el alma, y con el alma, el cuerpo trasfigurado. Y ¿no será que los llamados éxtasis místicos fueran cosa natural de *la fysis* de antes de la ocultación? Podría ser que las piedras cantasen naturalmente de por sí, lo que sólo después, en momentos especialmente luminosos del arte y de la tradición, se da, según muestra el descubrimiento de Marius Schneider en su estudio sobre la función de los animales símbolos que ornan los capiteles de los claustros de Santa María de Ripoll y de San Cugat del Vallés. Aprovechó M. Schneider los pocos años que en España pasó para hacer este descubrimiento y otros más, tal como el sentido medicinal del paloteo y de las danzas de las espadas. Posteriormente, vuelto a su patria, aquel investigador se dedicó, rodeado de escasísimos discípulos, a ir descubriendo calladamente una cosmogonía musical.

¿No será lo que el arte más agudamente logre, el rememorar lo que en la Era de la Aurora sucedía? Y así, la ocultación de esa Era, su caída, su inmersión en el tiempo cada día más histórico y menos historiable, ha dejado como ininteligibles sus huellas en sutiles manifestaciones. Y así, en esta Era de ocultación se puede llamar locura a la pretensión de escuchar

el abrirse de una flor, o, si se toma en serio, el oír crecer la hierba, y cuánto más el oír el canto de las piedras de la Aurora.

Y esos ríos que afloran sin que se sepa de sus fuentes, que surgen cabrilleando alegres, dando saltos como animales recién nacidos, que sólo por nacer gozan de la plenitud de la vida. Esos ríos cuyo rumor se puede escuchar a veces, y que al ir a buscarlos no están, se han ido o no han llegado todavía, o están al llegar. El tiempo de que algo esté al llegar, y que, antes de haber llegado, ya actúe en los sentidos mismos; que haya frescura y humedad en el aire, que los juncos se alegren y crezcan cuando el río no está todavía, aunque sí está al llegar, de camino. ¿Y las fuentes?, se preguntará el que las busque sin hallarlas, a semejanza de aquellos humanos que no se conforman con ver a una criatura espléndida, y siempre necesitan preguntarse por su procedencia, origen y familia, por su genealogía. Como si tal esplendor no fuera la flor que se viene preparando oscuramente, y hasta terriblemente, por un largo e intrincado laberinto, y en un instante aparece este esplendor sin humana justificación, sin razón aparente. Pues sólo por ser la manifestación de algo divino, escondido, sepultado o no nacido aún aquí, aparece alguna criatura que justifica un linaje, que lo da a conocer y aun lo hace olvidar.

Es como si una terca y errónea razón se empeñase en custodiar todo lo naciente, todo lo que está al nacer, por lo tanto la fuente, la misma fuente que aparece celada por una hermosa mujer, que, en realidad, es un dragón encargado de impedir que mane y fluya de la fuente un solo hilillo de agua para la sed. Y así hay algunas fuentes cegadas, impedidas por nefastos guardianes de manar y de fluir, y de alimentar a un mínimo riachuelo.

Y la fuente no hallada para dar razón de aquellos ríos puede estar escondida y también celada por misteriosos guardianes que defienden la pureza y la fecundidad del agua, que, en su caudal, lleve algunas gotas nada más del agua primera con su nunca gastada virginidad.

2. La noche de la aurora. La fuente

Si la Aurora no cautiva a la noche, aunque raramente suceda, quedaría encerrada en sí misma, es decir, en todo lo que ella puede engendrar de la luz que la precede. Si ella, la Aurora, ha de engendrar de algún modo su propia luz, quedaría limitada, vencida, dentro de la finitud. Sería, a lo más, una simple diosa, de ese género de dioses que son, más que nada, una definición. Desgarrada la aurora en sus partos, según el mito griego, condenados sus hijos a una suerte irregular, incierta ella misma arrastrando la condenación de Afrodita. Aparece en su infortunio, en su no lograrse por entero, su divinidad. En ese su tener que reiterarse para ser, en ese su ser que ha de atravesar el tiempo estando sometida a él, ese tener que ir más allá de sí misma, aparece su esencia divina, de lo divino no abarcable, ni propiamente fijado, en un concepto, en una forma, en un *eidos.* Ella pertenece, pues, a los dioses que sufren, mueren, porque crean algo inédito. La virginal aurora, la pura encendida rosa, pare con dolor y humillación; es la virgen a la que no se permite concebir enteramente, y, sin embargo, da a luz, la luz misma que vemos. Pues que ella hace visible, ostensible, un recóndito misterio que ha encontrado lugar, con mayor o menor fortuna, en teogonías, y más dibujadamente, y aun dogmáticamente, en algunas teologías.

Se olvidará siempre el desgarramiento y el padecer de la Aurora, su parto, si no se tiene en cuenta a la Noche, si únicamente se la ve como el anuncio del día. Si se la ve acabada, si ni tan siquiera se la vuelve a ver en el crepúsculo; y el crepúsculo mismo, como lo más encendido de la Aurora, sería entonces un fenómeno *(fainomenon,* una aparición) reductible a un concepto, muy apto, eso sí, para dar lugar a una metáfora.

Y es que la Aurora tiene sus noches, las noches de la Aurora, que se han experimentado rara vez, y a veces durante algún tiempo con frecuencia. Siendo tan distintas de las otras noches, no se las ha identificado como noches de la Aurora, es decir, esas noches en que la serenidad se hace por sí misma, en que el insomne atormentado, sin poder decir que esté dormido, está en un estado que corresponde a algo que no es ni oscuridad, ni tinieblas, ni luz clara, aunque haya luna. Cuando los luceros y

las estrellas no parpadean ni están quietos por ello, cuando el mar se extiende como un velo, creando belleza allá donde el mirar se detenga; el velo de la belleza sin desgarramiento, del amor sin disminución de pureza, de pureza encendida. Esas noches en que el amor sin nombre y sin figura envuelve y recrea el universo todo, que se aparece sin lejanía, lúcido, mas sin herir con la luz; cuando la luz ha dejado de ser una herida y el amor se revela por sí mismo. Y así, la felicidad se hace indecible, pues que no obedece a suceso alguno, no tiene causa, brota por sí misma. Se diría que sea la fuente misma de donde nace la Aurora y el cumplimiento mismo de su promesa, la noche de la Aurora, fuente que deja siempre en el que la ha gustado una mínima gota de agua luminosa, en algún rincón oscuro de la noche del corazón. Noche y fuente que hace sentir que volverá, mas ya para siempre. Ya dentro del ser, en el mismo ser, y no su fenómeno ni su alteración. El tiempo, ¿habría cedido al fin a ser separación? ¿Se habrá logrado el eterno retorno en su total perfección? Es decir, cuando ya no tenga que volver a nacer, porque haya nacido del todo, y sin saberlo.

II. El gallo de la aurora

Canta, a veces, el gallo en medio de la noche, adelantando intempestivamente el nacimiento de la aurora. ¿Qué quiere romper a esa hora? Ya que el gallo, cuando canta a solas, y aun en una solitaria y distanciada orquesta, parece que quisiera romper algo. Diríase de ese canto que es el maleficio que irrumpe en una entrega que rompe el amor, o que despierta en el centro de la noche la soledad, la buena noche de la soledad, y aun la buena noche del olvido, necesario a veces, el ensueño real conseguido como por gracia de un vivir en paz. Pues, como todo lo que irrumpe, lo hace para romper una entrega, una soledad y una gracia, para romper, aunque sólo fuera por sobresalto, el amor, y aun la agonía, anunciándola a destiempo. El morirse ha de ser en el momento propio de la aurora de la muerte, sólo de ella, de la muerte sin anuncio ni llamada que irrumpe en la más total, decisiva y cruel, de las intempestividades.

Animal de sacrificio, el gallo parece ser el correlato de un precio, de una venta, a veces de una traición. Como precio, aparece el mismo gallo como objeto de un irónico mandato: así en el caso del que Sócrates pidiera se sacrificase a Esculapio, dios curador, en el momento en que iba a beber la cicuta. Se sacrifica también al gallo en algunas prácticas religiosas para que abra camino al que parece no tenerlo, o haberlo perdido, para que abra el destino, siempre para que abra algo. Y al abrir, quizá cierre también, si le dejan, otros destinos. El gallo se nos aparece, así pues, en el dintel, en el lugar donde los caminos se cruzan o entrecruzan. Lástima que no haya estado en todas las encrucijadas, cuando su irrupción hubiera sido salvadora. Y lástima también que tanta hermosura como aparece en el gallo, y tanta claridad en su tan alta voz, tanta sabiduría y gentileza, estén tocadas por un maleficio: el de ser extraído de su condición natural vivificante para hacer de él un

símbolo de las agonías y muertes de la historia, es decir, de que el canto del gallo esté envuelto en la historia, haya venido a ser cosa de la historia, anuncio de la historia misma. Está, pues, en el cruce del camino de la vida con el de la historia. Y así, él mismo, el gallo, está en un dintel, pues hay, entre los que le rodean, quienes le ofrecen homenaje, y quienes lo temen, y, sobre todo, quienes lo compran y lo venden, a él, al gallo.

«Antes de que el gallo cante tres veces, me habrás negado.» Y así fue. El gallo no justifica la traición; es aquí un animal profético. ¿Quién movió al gallo para que midiera el instante de la profética palabra? Si alguien le movió fue la historia inexorable que habría de venir, la historia de una Pasión que habría de librarnos de la historia, y que, al par, la anuncia. Pues que aquella pasión, destinada a salvar la vida, ha sido captada para mantener una historia, la historia misma. El canto del gallo rompe y abre, decisivamente, las puertas, el camino de la historia. Su canto intempestivo en medio de la noche, producto de un error, de un imperdonable error, revela un terrible mandato, que le hace ser portavoz de una precipitada y fallida Aurora. Y así, dentro de la historia que abre, traicionando a la vida, se retirará la escena, y la historia misma, ella que interrumpió la vida, se verá interrumpida siempre que el alba de una naciente Aurora se presente; no se le permitirá que nazca a esta nueva y auroral historia; mas, aun sin cumplirse, seguirá la Aurora alumbrando, en el seno de la historia, inéditas historias, tal vez la prometida historia que nos libere de la historia.

III. El reino del sol

A diferencia del reino de la aurora, cuando aparece el sol, el astro único, el poderoso, potente y decisivo, aparece con él su reino, el reino del poder; del poder que, cuando deja de ser auroral, se convierte en imperativo, en imperante, en el único, sin haberse dado mucha prisa en establecer los prolegómenos de ese poder, de los fundamentales de ese su reino único, sin volverse nunca hacia atrás para mirar su aparición ni su nacimiento. Diríase que el sol *es* sin haber nacido, o, habiéndolo hecho, como caído para ordenar este mundo de abajo que no es suyo. Aparece la propiedad, pues que el sol toma posesión allí donde cae, y hasta en las artes destierra las sombras, y el agua que hay en la pintura, y hasta el sol, que, como reflejo, y diluido en agua, pudiera haber en ella, para establecer preferentemente la proyección de su reino en la escultura, que tiene cuerpo, que es corpórea. La escultura, que encontró su momento de equilibrio en el arte arcaico griego, en la sonrisa de los *Kuroi* de la aurora de Grecia; sonrisa que no es solar, que por el contrario es, como todas las sonrisas señaladas, del reino de la Aurora. Así la misma sonrisa, que llaman ambigua, de la Gioconda, y, sobre todo, la de los ángeles románicos de ciertas catedrales, tal la de aquel ángel de Reims, o del que, en Chartres, ofrece el tan matemático cuadrante solar, con una gracia, como ofrenda, no como imposición, mas sí como un conocimiento. La escultura pretende ocupar, y por desventura a veces lo logra, el mismo espacio que este que hemos de recorrer, el espacio de la realidad que se mide por la distancia que separa a los cuerpos, y que, cuando es abolida, puede formar peligrosamente una masa, arrastrada, creyéndose ir, o marchando con desenfreno, hacia el poder solar, único, sin unicidad.

Mas, por ventura, existen esculturas que no parecen serlo y que trascienden el hecho de estar aquí y de poder ser tocadas.

Imágenes sagradas como el Auriga de Delfos, que tan extrañamente aparece allí, en Delfos, sin que se sepa por qué, el Auriga vencedor en Olimpia, donde propiamente debiera estar. Y el Hermes, una de las pocas estatuas enteras del escultor clásico, punto de encuentro entre la Aurora y el Sol, Praxíteles. Bien es verdad que este Hermes lleva en sus brazos a Dionisos. Y que bajo la luz de París, la Hera casi vegetal respire sin rigidez, viva felizmente, en la pequeña sala en que está rodeada de *Kuroi,* y parezca también cosa donada por el mar a la luz de la tierra, para vivificar, gloriosa y serenamente, su opacidad.

La escultura relata, porque es histórica por mandato, la gloria del poderoso. Quizá antes de la historia no fuese así –que ella, la escultura, también ha sido amaestrada y avasallada para figurar la gloria del poderoso–, y tuviera en realidad ese poder o un poco menos. Siempre el poderoso necesita una huella material, una figura que señoree un espacio. Y así, por instantes –porque el desposeído reino de la aurora descubre al fin todo–, ciertas egregias estatuas (algunas, cimas de la escultura) aparecen como garabatos del poder.

¿Y si el astro sol nos regalase vida y calor, luz, y aun la noche, cuando él está en otra parte, pues que siempre ha de estar en alguna, sin irrumpir en el reino de la Aurora, de la luz primera que ha de estar más cerca del *fiat lux?* No serían su ser y su acción un reino sino el cumplimiento del reino de la Aurora, la flor nacida de su seno. Encendiendo entonces, él, el sol, en la propia luz de la Aurora, inalterable y sensible a inéditos humanos sentidos. Quizá estén alboreando estos sentidos ya desde el comienzo de los tiempos, y con ellos una inédita forma del conocimiento reiteradamente anunciada y aun propuesta a la mente histórica por la mejor filosofía. Mas, hasta el presente, con sólo vislumbrar ese conocimiento, la vida misma del pensar sufre la irrupción del único, al parecer, posible pensamiento: el arquitectónico e insistentemente sistemático –permanente acreedor de sus propias carencias que se yerguen en pura arquitectura de dominación, sea alzándose, sea ensanchándose–. Entre las artes ha quedado la pintura, a cuya esencia no le pertenece el ocupar el lugar del cuerpo; y

así, sirve al pensamiento vivo como un paisaje que trasciende el tiempo usual y sus corpóreas lógicas entidades. Pensamientos hay que pintan un paisaje de ilimitadas dimensiones, y aun fuera del reino de la extensión. La penumbra, la sombra, el claroscuro, el tiempo diferente en que se instala la pintura la acercan a lo intangible, a la música, librándola, tantas veces, de ser garabato.

Sólo en las penumbras, en las sombras, anida la liberación, para el mismo sol, de ese su propio reino que le aprisiona, a él mismo, con su propio poder.

IV. La ocultación: el nombrar

Hubo de darse inmensa ocultación, la que iría reiterándose en el tiempo, historizándolo ya, cuando Adán, el primer hombre, fue encargado por el creador de dar nombre a sus criaturas. El nombre, ¿acaso el mismo creador no podría habérselo dado, ya que el ser se lo dio? El nombrar, pues, fue exigido, pues que opción no tenía Adán, más que donado al primer hombre, es decir, al hombre. ¿Es que acaso la creación no estaba del todo terminada, ni lo estaría nunca, por lo tanto, sin esta función de Adán de nombrar las cosas? ¿Era un mandato o una herencia irrenunciable para Adán ésta de inventar los nombres y así distinguir unas cosas de otras, y al hacerlo así, también numerarlas? Mas, en todo caso, se revela con ello una distancia, una cierta ocultación, no sólo de las cosas, sino, ante todo, del mismo creador. Fue Adán, así, no sólo nuestro primer padre, sino el primer hijo, un tanto desamparado de Dios; sacrificado como hijo a decir que no sabía lo que sólo el padre tenía que saber, sabía. ¿Fue generosidad o castigo del padre este dejarle a Adán el tener toda una lengua, la llamada lengua de Adán, la primera de todas? Fue dejarle la responsabilidad nada menos que de los nombres, sagrados todos ellos y sacrosantos otros. ¿Era posible, acaso, para nuestro padre Adán, el primer hijo de Dios, acertar infaliblemente con los nombres de cada cosa, que era tanto como hacerlas nacer de otro modo, a lo humano, diríamos?

Se nos aparece claro que la presencia de la divinidad no se había por entero ocultado, que hubo de haber una mediación, eso que se llama inspiración, para que Adán no fuera enteramente abandonado en la necesaria tarea de nombrar a cada cosa por su nombre propio, es decir, según su ser, adecuadamente y hasta con su música propia, con su tonalidad y su modo. Y en este caso, más que pensar que en algunas palabras, y hasta en lenguajes sagrados enteros, esté viva la

inspiración, habría que decir que lo esté análogamente en ciertos cánticos poéticos y musicales, y notoriamente en las plegarias que son vehículo invocatorio de una presencia, y aun en ciertos poemas que traspasan el tiempo llamado normal, el sucesivo, y aun el principio de la causalidad. Lo que sucede en algunos parajes, lugares donde ha quedado guardada, en cierta forma, la perfección inicial.

Inspiración divina y humana al par, pues que se infunde en el corazón del hombre mismo, que, aun en llamas, discierne, distingue, entiende directamente lo que se le dice que ha de decir, y también el límite de su decir, el suyo, el del hombre, rebosando como está de cosas por decir, y de vibraciones que amenazan hacer estallar ese su corazón como jaula de palomas que ansían el libre vuelo.

Adán, en su lengua, llegó a hablar por sí mismo, desde sí, desde su ser sobrecargado y al par indefenso. ¿Pudo ser él el profeta de sí mismo, o fue solamente el término de su ser profetizado ya de antemano? El hombre, al nombrar las cosas, hubo de hacerlo, aun sin darse de ello cuenta, de forma que también profetizaba la historia, nunca humana del todo, la historia sagrada caída sobre el hombre. Según la Iglesia Católica, habló de nuevo el creador. La mediación que inspiraba vivificando era ya la tercera persona de la trinidad, *«qui locutus est per profetas»*. Y así, a la lengua de Adán sucedió la lengua profética, la que se posa sobre cada uno de los que conllevan el sacrificio del hijo del hombre. La lengua de Adán perdida fue rescatada por la lengua profética, mas pendiente tan sólo de la fe, y aun de la caridad que adivina y de la esperanza que reclama. Ya se estaba lejos de esa perfección que se daba en el hablar y el sentir unidamente esa juntura, esa no buscada sino hallada identidad. Tras de la ocultación reaparece la aurora mediadora entre la presencia y el abandono, la soledad del hombre, solo y hombre, solo con su sombra: «Voy como si fuera preso; / al lado camina mi sombra; / delante, mi pensamiento». Copla que se canta como anónima, teniendo un cantor, Augusto Ferrán.

V. El reino de la aurora

1. Los rebaños de la aurora

No es aparición fugitiva, aunque reiterada, la Aurora. Ella tiene su reino, como si fuese lo que ha quedado de un mundo perdido, prometido y nunca enteramente habido. Su significación metafórica alude casi de continuo a un comienzo, a una vida nueva, o a un nuevo conocimiento y no enteramente predecible; no es una utopía, ni puede, por tanto, ser un itinerario, un método a desarrollar, a seguir. Su acción es de otro género; seguirla sería, si se pudiera, encontrar una nueva vía al conocimiento. Peregrinamente, en su discontinuidad y su disparidad con la luz solar, se podrían encontrar bajo su reino formas inesperadas de identidad entre los sucesos celestes y los que, sin duda alguna, son de aquí, de la tierra. Al final de ciertas auroras aparecen, como en manada, pequeñas nubes blancas, habitadas, no simples nubes; como rebaños, estas nubes se extienden, se mueven, se recogen hasta el punto de borrar, de superponerse, al disco solar todavía naciente. El rebaño de las nubes está habitado, y en algunos casos se dibuja, de indecible manera, la figura de un animal desconocido, y sagrado, que es llevado en procesión, dejándole un hueco entre ese rebaño de nubes que no está formado así por la cantidad sino por la cualidad, y diríamos que aun por ser un acto. Y no por el color de blancura indecible, ni por la forma, a no ser que se entienda por forma también el aliento que irradia, desde su hueco, ese habitante misterioso. Irresistiblemente, quien lo mira, camina hacia él, no hacia el sol, a quien no se le ocurre ni por un instante sobresalir, sobreser. Es un acto, pues, indeleble y único, que sólo a medias puede entregar su forma y aun su acción, sólo a medias actuar. Al entregarse, aunque sea a medias, impone una cierta analogía consigo de ciertos hechos terrestres, imprime

de alguna manera su sello, sin dar a conocer del todo su ser. Y, sobre todo, produce un abrirse en la mente y en el corazón, o más bien entre la mente y el corazón, entre los sentidos también, que se aguzan y que salen de sí, que afloran en zonas desconocidas que acuden en ansia, se diría, de ser heridas, de ser abiertas, de abrirse también, como si suscitaran el surgir de nuevos sentidos que peregrinan ascendiendo desde las zonas vedadas de la mente y el corazón hacia esos rebaños, anhelantes de adentrarse en ellos, no en el sol.

Y un día, como por azar, aquel que ha mirado largamente los rebaños de la aurora los encuentra, al modo terrestre, ya por un camino que a ninguna parte lleva, entrando ellos por sí mismos, rítmicamente, y como si por primera vez fueran rebaño. Los encuentra teniéndolos que ceder el paso, retrotrayéndose, sin que de ellos emane la menor sombra de amenaza, ni de ansia de ocupar lugar alguno, hasta ir cubriendo con su blancura una explanada que pareciera ir abriéndose a medida que ellas –las blancas cabras– van entrando; y allí forman una misteriosa figura, o al menos difícil de clasificar; pues no es ni círculo, ni triángulo, ni elipse, ni trapecio; ninguna figura de la tópica geometría configura su lugar, sino que, regidas por otras matemáticas, dibujan insólitas figuras, y aun se mueven sin movimiento de traslación. Una vez en el redil por ellas creado, quedan en estado al par naciente y de total seguridad, de certidumbre, se diría a lo humano, en su casa. Este insólito rebaño no puede ser sino una impronta, un regalo, un desprendimiento de los rebaños de la Aurora. Y así ellos mismos, sobre la anónima tierra, o quizá no, quizá sobre un lugar determinado, de esos que cuando son buscados nunca se encuentran, se posan como una aparición real –no como imagen ni representación, ni menos como alegoría– de los rebaños de la aurora. Aparición real, que, naturalmente, el soberano principio de causalidad (de ser alguna de esas dos cosas) no rige, ni la crea, ni la determina. Ninguna de las causas conocidas tiene, con estas apariciones, nada que hacer. Son simplemente la Aurora sobre la tierra. Solamente el ser, que en los cielos iba llevado por los rebaños, en la tierra no aparecía, o al menos por ahora, en este

ahora. Y al caer en la cuenta de esta sustantiva ausencia, el que mira a la vez los rebaños del cielo y de la tierra, se ve forzado, como siempre que se ve algo tan a medias, a preguntarse, a la desdicha de preguntarse, qué era eso, quién era, quién es ése que se da a sentir celándose a dejarse por entero ver; ése que sella a algunas criaturas y las revela sin revelarse apenas él.

2. El espejo de la aurora

En la noche más cerrada y oscura del firmamento que llamamos cielo, sin que se sepa el porqué, se trasforma su lisa negrura en un espejo. Ni luna ni estrellas andan en ello, y no hay que preguntarse, en este caso, por qué esta noche, del alma también, y ante todo, es el espejo, el fondo de un espejo, de una vida, de vida y de ser; espejo ni tan siquiera velado, rasgado velo de la luz que no cesa. Y entonces palabra no hay; aunque fuera en el más hondo abismo de la tierra, en el más afligido corazón, se da el espejo de la luz que no cesa. Y como no permanece, mas ha de volver, es también una aurora allí en el polo, en el centro de la oscuridad y la mudez, del silencio, del olvido del no-ser.

VI. Los seres de la aurora

1. Ortega y Gasset

Se hace evidente que ninguna obra del muy humano pensamiento no tenga de algún modo, aunque sea levemente, una relación con una actitud religiosa, que pueda pasar inadvertida en tanto que tal. Mas, una vez puesta al descubierto, tal actitud se mantiene, en su levedad, como guía de toda una obra y hasta de toda una vida, si con sutileza, tan raramente habida, se estudiara. En el caso del indiscutiblemente más puro y más claro quehacer filosófico español, es decir, en don José Ortega y Gasset, se aparece de inmediato, declarada por él mismo, la contextura íntima de una verdadera religiosidad, con su diosa y todo, la Aurora; de este modo, religión. De un modo singular, pues que no se expresa como tal, al modo como sucede, por ejemplo, en Miguel de Unamuno, su polo opuesto, según dice el insistente tópico. Y lo cierto es que ninguno de estos dos pensadores, que llegaron a ser oponentes en una España de espaldas al filosofar, ofrecen una religión dogmática, sino que, en cuanto a su acción, tienen ambos un carácter auroral. Mas en la obra de Ortega y Gasset aparece declaradamente la aurora como guía; así en el prólogo de *Meditaciones del Quijote.* Allí manifiesta límpidamente su vocación de escritor que sueña y trata de ejercer sin descansar y sin apresuramiento la reforma del ser español, la cual, según nos parece, de lograrse, sería una verdadera trasmutación. Ofrece una oración, la suya, a los españoles todos: «A la mañana, cuando me levanto, recito una brevísima plegaria, vieja de miles de años, un versillo del *Rig-Veda,* que contiene estas pocas palabras aladas: "¡Señor, despiértanos alegres y danos conocimiento!"». Preparado así, se internaba en los múltiples quehaceres de su fecunda vida, su cátedra de Metafísica *«in partibus infidelium»* –según él mismo

declaró–, el periódico, las revistas que fundó, en especial la *Revista de Occidente* y su editorial, sus señaladas actividades políticas, y sus otras diversas actividades bien conocidas, todas ellas bajo el signo de la Aurora. Y en la segunda navegación de su vida, sus actividades penetraron en la estructura del Estado español y de instituciones fundamentales como la Universidad. El catedrático de Metafísica *«in partibus infidelium»* ahora ya organizaba, junto con otros, la nueva facultad de Filosofía y Letras. Su vida misma fue auroral, lo que a veces le hizo ver premonitoriamente ciertos fenómenos sociales con nitidez y precisión tanta, como en *La rebelión de las masas,* tergiversada, eso sí, utilizada, en sentido bien diferente, hasta por países enteros, y, en cualquier caso, por ideologías extrañas tanto a su ser como a su pensar. Para los pseudopensadores, con los que la Europa de ciertos períodos se ha visto gratificada, parece cosa natural que la aurora del pensamiento –en este caso el de Ortega– se convierta en, o sea percibida como, ocaso. Tuve ante la vista, y hasta creo que entre mis manos, un libro de Ortega, ya en capillas, titulado *La aurora de la razón vital.* Nunca lo he visto publicado, ni he podido obtener noticia alguna acerca de su destino; también pienso que, tal vez, haya sido publicado bajo otro título en que la aurora no sea señalada. Mas en mi memoria queda indeleble esta advocación de su obra que él juzgaba central: la Aurora.

Auroral era también el disponerse a descubrir, cual un territorio inédito, como nuevo mundo, el *«logos* del Manzanares». Lugar este –sea dicho– que ha sido para mí decisivo, y perenne para mi mente, en lo que se refiere a mi filiación con Ortega. Y aquel *logos* del Manzanares no era sólo expresión de un especial apego, aunque lo hubiera en alto grado, a Madrid, ni a España misma, sino que era, en cuanto que razón –dicho en palabras del mismo Ortega–, razones de amor. Tal como las circunstancias, que tan diversamente se han evocado, pedían, según él, ser consideradas, integradas al logos, salvadas por lo tanto. Y el ejercicio de la razón, al que siempre fue fiel, en este su origen, es para él, declaradamente, un ejercicio de amor: se imponía, pues, al pensamiento el ofrecer, como razón, razones de amor. Un logos que constituye

un punto de partida indeleble para mi pensamiento, pues que me ha permitido y dado aliento para pensar, ya por mí misma, mi sentir originario acerca de un *logos* que se hiciera cargo de las entrañas, que llegase hasta ellas y fuese cauce de sentido para ellas; que hiciera ascender hasta la razón lo que trabaja y duele sin cesar, rescatando la pasividad y el trabajo, y hasta la humillación, de lo que late sin ser oído, por no tener palabra. Un *logos,* según Empédocles, que hay que repartir bien por las entrañas, que fuese –lo he dicho– voz de las entrañas, luz de la sangre. En un *logos* órfico, aunque Ortega no lo presentara nunca así, y aun rechazase el lamento de Eurídice. La senda que yo he seguido, que no sin verdad puede ser llamada órfico-pitagórica, no debe ser, en modo alguno, atribuida a Ortega. Sin embargo, él, con su concepción del *logos* (expresa en el «*logos* del Manzanares»), me abrió la posibilidad de aventurarme por una tal senda, en la que me encontré con la razón poética; razón, quizá, la única que pudiera hacer, de nuevo, encontrar aliento a la filosofía para salvarse –al modo de una circunstancia– de las tergiversaciones y trampas en que ha sido apresada.

2. Nietzsche

En la sagrada oscuridad de la infancia, clasificada como locura, en la que Nietzsche se sumió en los últimos años, era acunado solamente por la música y por la voz de su madre leyéndole textos de Spinoza que le apaciguaban y le hacían sonreír; se diría que se volvía criatura, librándose de ser persona, máscara. Recordaba sin rencor el haber escrito él también algún libro de filosofía, y, cosa a anotar, nunca dio señales de temer a la muerte, como si la muerte para él no existiera, como si estuviese cierto de una íntima y total trasmutación. Antes de esta su penúltima infancia, había escrito que el cuerpo luminoso queda en su interior oscuro. Sería eso, quizá, lo que le mantenía en esa paz sin riberas, aunque tal como un astro necesitado de una cuna y de una órbita a recorrer; cuna y órbita que le daban la voz de su madre y la música. Sólo

cuando ellas le faltasen habría de recaer en la angustia y el desasosiego del astro luminoso sin cuna, de una criatura cuasi divina que, sometida aún a las leyes de este planeta, si le falta el lugar adecuado a su terrena condición, seguirá siendo luminoso, pero errante, sin sede, perdido en su propia luz. Pues que la luz se cumple aquí cuando alumbra a alguien o a algo, cuando enciende algo opaco, sobre todo si se resiste a la luz, o cuando llega, aun furtivamente, a quien la espera para respirar en ella. Ya que, según se sabe, la verdadera respiración de todo ser viviente se da en la luz.

¡Qué íntima combustión habría de darse en la oscuridad interior de este cuerpo luminoso que se confesaba ser Nietzsche! ¡Qué fuego sutil había de recorrerlo, y que, al no ir encauzado por el río del pensar, golpearía sus sienes, haría arder su frente, temblar sus manos, tal como si aquellas criaturas, desposeídas de la capacidad del pensamiento, concibieran en sí ese fuego sutil que sólo al pensar mueve! Ese pensar que trasforma el sentido originario, inmerso de por sí en ideas siempre limitadas pero de trasparente contenido. Ya es prueba de su no perdida condición auroral el que Nietzsche, a quien tal cosa le sucedió, no se despedazara en el caos, como a tantos sucede, y aun algunos llegan a encontrar indecible posibilidad de encontrarse en el caos mismo como en casa propia.

Es más bien el músico el que, cuando no logra trasformar su caos inicial en orden musical, desvaría y es presa de una tortura sin límites: así le sucedió, a lo que sé, a Schumann, al que el sacrificio de amor que le ofreció su esposa, Clara –que renunció al amor que tenía con Brahms–, no apaciguó su locura, a no ser que lo hiciera más allá de la muerte.

La aurora no rompió a Nietzsche, ni en su ser, ni en su entender, ya que cuando, en esta su infancia, entendía algo de filosofía era sonriendo balbuciente y a través del filósofo al que siempre admiró sobre todos: Spinoza. Había, pues, una continuidad en su locura con su más auténtico sentir y pensar. Esa oscuridad, pues, que conserva la continuidad del pensamiento, está bien lejos de ser la plena oscuridad. Hace pensar, más bien, en un alba que se oculta para enseguida

reaparecer, y seguiría reapareciendo a través de la oscuridad de tantas vidas, si por acaso se le hubieran dado a esa criatura, Nietzsche.

VII. La pura encendida aurora

Se enciende la Aurora en los cielos tal como si fuera cosa de la tierra, flor quizá, que, por su pureza y ardor, ha llegado al confín donde la tierra y el cielo se entreabren y abrazan. Tal como si fuera el abrazo sin par de cielo y tierra, un abrazo que dura y no se desvanece tan fácilmente; no es un espejismo, es una acción, o mejor aún, un acto sin par, y en este caso, un ser. Un ser que vive en ese acto, y al par (en el mismo instante), su nacimiento y su trasfiguración.

El encendido color, llama quieta, cuajada, celestial, se marcha sin dejar ni huella ni nostalgia, como promesa cumplida ya, y que se volverá a cumplir en un eterno retorno, mientras estemos aquí en este Planeta. (Nietzsche, filósofo de la Aurora y del eterno retorno, ¿por qué no los viste unidos? ¿Por qué el eterno retorno cumplido en ti como Aurora no lo fue en tu pensamiento? ¿Por qué no lo enunciaste así? ¿Por qué se sobrepuso tu pensamiento a la definitiva razón del ser que se cumple en sí mismo, aunque pase y esté pasando y vuelva a pasar? Acaso Heráclito lo supo y lo calló. Tú, Nietzsche, más generoso, más niño, lo dijiste a medias, como casi todo en tu vida, a medias sin juntar sus partes, como niño que juega a los dados al borde del mar).

La encendida llama se fija y cae sin apagarse, no hay extinción en esta llama, pero sí en la visibilidad de su arder, porque tiene que dejar lugar, dada la visión luminosa, a la blancura del alba rescatada y renacida por esa llama que la abandona y la deja así, blanca, mas encendida, encendiéndose en la blancura lo que sin pura llama no hubiera podido lograrse, y se hubiera quedado así, simplemente blanca, como una desposada destinada a ser olvidada, cada vez más fría.

La blancura encendida del alba hace sentir que sea un poco del agua hecha visible sólo en instantes, realmente de las aguas primeras sobre las cuales el espíritu se tendía nupcialmente,

signo real de las originarias nupcias de donde proviene toda la creación. Y la Aurora esta que vemos, deshaciéndose así, nos remite al amor que engendra y que fecunda, primer amor del que pende todo el universo que nos envuelve, y que entonces puede ser, existe el peligro de que así sea –según la ambigua condición en que quedamos, tras de la ocultación primera–, la boca misma de la eternidad sin salida, la boca infernal donde la luz no tendría poder de salvación; de una luz, pues, sin poder, y de una oscuridad sin manifestación. La Aurora, con sus alas extendidas, fielmente paseando por cuantas metamorfosis y avatares sean necesarios, por no dejar de estar bajo la sombra del Santo Espíritu; esta Aurora lleva a la luz que redime las tinieblas, inimaginable luz, pero lo único que apacigua y apetece el inquieto corazón de toda criatura.

Esta edición reproduce la fijación del texto que hizo Jesús Moreno Sanz en el Tomo 1 del Vol. IV – Libros (1977-1990) de las OO.CC. de María Zambrano, 2018.

Edición en formato digital: 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-1362-462-4

Conversión a formato digital: REGA